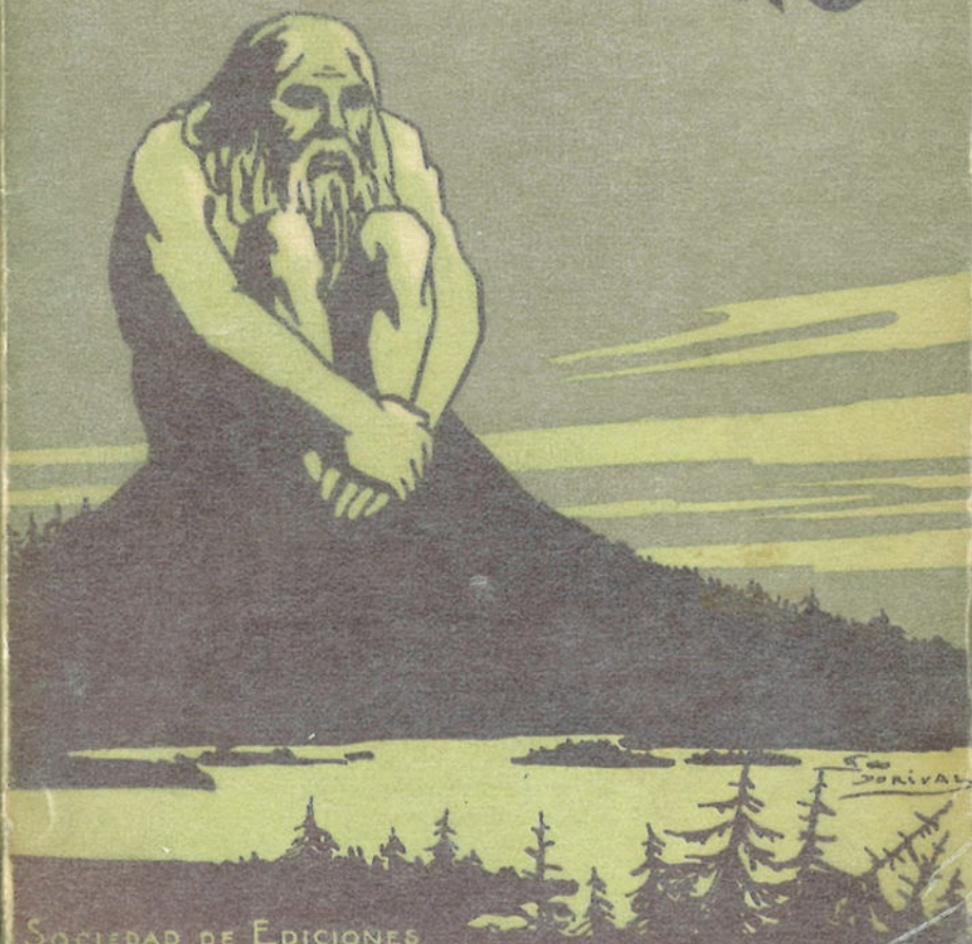


POMPEYO GENER

# DEL PRESENTE DEL PASADO Y DEL FUTURO



SOCIEDAD DE EDICIONES  
LOUIS MICHAUD  
168 BOUL. ST GERMAIN  
PARIS

COLECCION DE ESCRITORES HISPANO-AMERICANOS

POMPEYO GENER



# Del Presente del Pasado y del Futuro

HISTORIAS — CUENTOS — LEYENDAS  
APÓLOGOS — FÁBULAS — BALADAS — SUEÑOS  
SÁTIRAS — FANTASÍAS — Ó LO QUE SE QUIERA



SOCIEDAD DE EDICIONES  
LOUIS - MICHAUD  
168, Boulevard Saint-Germain  
PARIS



Pompeyo Gener

## DEDICATORIA



*Á mis jóvenes amigos, literatos y artistas, entusiastas todos de la antigua Civilización Helénica y del Humanismo del Renacimiento, partidarios de la vida intensa, expansiva y ascendente : Román Jori, Francisco Pujols (Arpol), F. de P. Labarta, Rafael Moragues, Jaime Pahissa, Cav. Peypock, Alejandro Soler Marye, Raymundo Vives Pastor (Kayám), Manuel Planas, du Lyon d'Or, etc. etc.*

P. G.

## PROLOGO

***E**l presente libro está formado por dos series de trabajos literarios, que sólo tienen de común el ser, en la forma, ficciones ó sean obra de mi fantasía, y si bien por lo que toca á la mayoría de ellos, es absolutamente así, hay no obstante, algunos en que mi imaginación ha trabajado sobre el núcleo de una leyenda ó de un hecho real vivido ú observado, embelleciéndolo, modificándolo, dándole desarrollo y carácter y a un deduciendo alguna moral ó alguna consecuencia. Lo mismo las Narraciones dramáticas que las Humoradas son ante todo productos de mi imaginación. Las primeras están escritas para presentar vivientes, costumbres y usos, maneras de pensar y de sentir, de épocas y de civilizaciones pasadas, y por ende, los estilos literarios en que en dichos tiempos se expresaban, tendiendo siempre á levantar el ánimo del lector en un*

*sentido noble y heroico, ó á sugestionarle ideas elevadas.*

*Las segundas, como digo luego en la Apología del buen humor que las precede, son también composiciones imaginativas, pero que tienden siempre á hacer ver el fondo real de los cosas, aunque esto sea bajo formas más ó menos jocosas ó extravagantes, por lo cual las titulo Humoradas.*

*Tal vez en este volumen vaya más un trozo de mi alma, si se me permite la expresión, que en otro de los varios que he escrito, compuestos con un plan premeditado, y dirigidos á un fin ya fijado de antemano. Éste, al contrario, estando escrito con entera libertad de espíritu y en momentos diversos, puede que refleje más mi modo de ver los hombres y los cosas que los otros.*

*Enfin, como he dicho, es una colección de ficciones de diversas formas, que doy al público sin pretensión alguna, y valga por lo que valiere. Si el lector encuentra en ellas algún interés ó solamente distracción amena, me daré por muy bien pagado en mi trabajo.*

París, 21 Marzo de 1912.

POMPEYO GENER.

---

## PRIMERA PARTE

---

### Narraciones dramáticas

---

I

DE COMO LLEGO A SERLO  
EL ULTIMO SACERDOTE DE NEMI

HISTORIA LATINA HIPOTÉTICA, QUE PUEDE  
SERVIR DE PRÓLOGO AL DRAMA FILOSÓFICO  
DE RENAN « LE PRÊTRE DE NEMI ».

**A**NTISTIUS era un filósofo que llegado al sacerdocio de Diana, abolió los sacrificios humanos, en los primitivos tiempos de la República latina.

El templo de la *Diana Nemorensis*, cuyo culto databa de la antigüedad más remota, estaba situado en una altura, á orillas del lago Nemi, y era servido por un Gran Sacerdote y varios adjuntos y siervos del templo, destinados al cuidado del mismo y á la ejecución de los sacrificios de las víctimas humanas ó animales que se ofrecían á la Diosa.

El viajero extraviado, el fugitivo que entraba, eran sacrificados, pues se consideraba que los dioses los conducían á aquel terreno sagrado para ello. El sacerdote debía de salirles al encuentro y atacarles. Si era muerto en el combate, el matador pasaba á ser Gran Sacerdote pues se decía que Diana le había dado la victoria y lo quería para su servicio. Este era el origen de este terrible sacerdocio. Para llegar á ser consagrado se tenía que matar al sacerdote existente. Había de comprarse el puesto con sangre ; no había otro medio.

¿ Cómo Antistius, que abolió los humanos sacrificios, subió al supremo sacerdocio teniendo que teñir sus manos en sangre humana ?

¡ Escuchad !

\*  
\* \*

Antistius era hijo de una de las primeras familias de Alba la Longa, etc ual después de haber fortalecido su cuerpo tal como en aquellos tiempos se exigía á los jóvenes, sintiendo una pa-

sión para fortalecer su espíritu, se marchó, con lo que le dieron sus padres, á Grecia para estudiar la Astronomía, las Matemáticas, la Física, y sobre todo, la Filosofía.

Es fama que en Atenas conoció á Demócrito, que había asistido á las lecciones de la escuela de Elea, y también se decía de él que había sido iniciado en Eleusis.

Al cabo de algunos años, volvió á su casa, para abrazar á sus padres y hacer prosperar sus haciendas aplicando los conocimientos que en el país helénico aprendiera. Pero cuál no fué su sorpresa al llegar y encontrarse con su casa incendiada, el corral y el establo en ruinas, sin los rebaños, ni los bueyes, ni los caballos, y sus padres... sus padres habían sido asesinados por una banda de ladrones que asaltó la finca, llevándose las reses y el dinero.

El dolor de Antistius fué grande, pero pronto al abatimiento sucedió el deseo de venganza.

Enteróse por unos vecinos de que aquellos malhechores habían venido del lado de Roma. El que los mandaba era un bandido terrible, llamado Anicetus. Y Antistius partió buscando el rastro del asesino de sus padres, del que le había sumido en la ruina.

\*  
\* \*

Al llegar la noche, la Vía Appia era el lugar más tranquilo de los alrededores de Roma. Durante todo el día, la recorrían los caminantes, los carros, los jinetes que venían de sus villas, los labradores que iban ó volvían de sus faenas, los mercaderes que llegaban de la Iracania ó de Campania, los que habían desembarcado en el golfo de Nápoles, y en cuadrigios se dirigían á la villa del Tíber, ó los opulentos atraídos por los placeres de Baias y de Capua. Mas una vez puesto el sol, la animación se extinguía, y los muertos que descansaban en los mausoleos que guarnecían ambos lados de la vía, podían dormir en paz, pues ningún ser humano iba á turbar el silencio de sus tumbas.

Sólo una noche al año hacía excepción á esta regla, la de las Idas de Agosto. Entonces desde la puesta del sol hasta el alba, la puerta de Capene daba paso á una muchedumbre innumerable de matronas, de jóvenes, de niños y niñas, que apiñados en carros ó montados en

mulos ó en borricos, iban riendo, cantando, ó hablando, al peregrinaje del templo de Nemi, para llevar sus ofrendas á la diosa Diana é implorar su protección ó su clemencia. Como que tenían que llegar al santuario antes de la salida del sol, partían al anochecer de Roma para hacer de noche, y sin calor, las seis leguas que la separaban de tan famoso templo.

En una de esas noches de las Idas de Agosto, en los primeros tiempos de la República, las devotas de Diana que habían salido de la gran ciudad se hallaban antes de apuntar el alba reunidas en la pequeña ciudad de Aricia, desde donde se dejaba la Vía Appia para tomar un camino, que serpenteando á través de los bosques, conducía al lago sagrado. La peregrinación había invadido las tabernas, los albergues y los pórticos de la población, donde á la luz de las antorchas se servían desayunos y bebidas, mientras se dejaban allí los carros y las cabalgaduras hasta la vuelta. El culto de la diosa cazadora ordenaba que ningún animal de carga ni ningún vehículo pudiera invadir sus sagrados bosques. Así se hacía á pie aquel corto trayecto.

La marcha empezaba al llegar los servidores del templo á la proximidad del alba y dar la señal de formarse la procesión sagrada. Los pere-

grinos llevaban en la mano una antorcha resinosa, los que no, llevaban estatuitas de la diosa, capillas, ex-votos, imágenes de enfermos ó de niños, etc., etc. Entonces la comitiva introduciéndose en un bosque de pinos, llegaba á orillas del lago, é iba dándole la vuelta, pudiendo verse, desde las azoteas de Aricia, como una culebra luminosa que se escurriera por los bordes de la sagrada laguna hasta ganar la altura del templo. Al mismo tiempo se elevaba en coro esta letanía con armonioso acento :

« ¡ Diana, cazadora divina que guardas las montañas, y los bosques, protégenos !

« Diana, tú que con tus flechas alcanzas los ciervos más veloces, y matas los lobos y los linceos, defiéndenos de las desgracias !

« Diana, virgen inviolable é in volada, soberana protectora de los matrimonios, tú que proteges las jóvenes madres, y salvas el fruto de sus entrañas de una muerte prematura, Diana Lucinia, Diana Genitrix, vela sobre nosotras !

« Diana, hermana hermosa del brillante Apolo, reina de los astros, tú cuya dulce claridad pone á raya las tinieblas de la noche, ahuyentando los malhechores que huyen de tus rayos, Diana Selene cúranos y purifícanos ! »

Imientras la procesión marchaba, en lo alto

del Cielo brillaba la luna, la Diana Selene, y su argentado cuarto creciente se reflejaba en el puro espejo del lago, como para estar más cerca de sus adoratrices y responder á sus llamamientos !

\*  
\* \*  
\*

La cerca del templo empezaba á la mitad de la costa, hacia la punta septentrional del lago.

En la roca viva de un montículo, habíase hecho una esplanada de 1.125,000 palmos cuadrados en cuyo centro se elevaba el templo, que era un edificio cuadrangular de unos 150 palmos de lado. Lo formaba una estancia rectangular sobre una escalinata ; una doble línea de columnas, en forma de pórtico, rodeaba el vestibulo. El estuco de que estaban revestidas las columnas, así como el frontón y los muros del templo, todo era policromado con colores brillantes.

Un tejado de doradas tejas de bronce cubría el edificio. Delante de la escalinata que conducía al santuario, estaba el ara del sacrificio.

Circuía el templo una pared elevada, la cual estaba llena, por su cara interior, de los ex-votos que los fieles, desde tiempo inmemorial habían allí depositado. Estos consistían en estatuitas de la diosa ó figuras de sus animales favoritos : ciervos, palomas etc., etc., y eran de tierra cocida, de cera, de bronce y aun de plata y oro.

Otros, eran tablillas pintadas ; otros, objetos de cera representando los niños ó las mujeres sobre los cuales se reclamaba la protección divina. Otros eran sólo las partes enfermas : los pechos, los ojos, las piernas, etc., también había altarcitos y capillas, y hasta reproducciones del propio templo de la diosa.

El Gran Sacerdote en la época de esta peregrinación hacía cerca de quince años que ya ejercía allí su sacerdocio. Habíalo conquistado como todos sus predecesores, por la fuerza de las armas, matando á su antecesor y, como á más de una talla y una musculatura colosal, se decía de él que era un gladiador perfecto, nadie se atrevía á disputarle el cargo. Además, era fama que todos los hombres que habían querido penetrar en el sagrado recinto, morían atravesados de flechas. De su origen nada se sabía ; sólo era notorio qua había admitido y colocado en el templo á varios desconocidos de costumbres fe-

roces. A él le llamaban *Tétricus* por su aspecto sombrío. No se le conocía su verdadero nombre.

\*  
\* \*

La aurora teñía las nubes de color de rosa, las cúspides de los montes Albanos se tornasolaban de reflejos rojizos y violáceos. La peregrinación llegaba ; las mujeres se extendían por el pórtico alrededor del templo ó iban á colocar con la ayuda de los acólitos sus ex-votos en la pared de la cerca. Algunas se paseaban por el bosquecillo de pinos ; varias se bañaban en las piscinas para purificar así su cuerpo, antes de presentarlo á la diosa. Otras bañaban á sus hijos. Muchas invadían las tiendas en que se vendían, alrededor del templo, ex-votos, antorchas, imágenes de Diana y otros objetos del culto. Había marmolistas que tenían lápidas con fórmulas del ritual grabadas, para pedir una gracia, en las que sólo estaba en blanco el nombre de la demandante que grababan en el acto.

Varias jóvenes llenaban las columnas de guirnaldas de rosas de Pæstum.

Por fin salió el sol, y al reflejarse sus primeros rayos sobre las doradas tejas del tejado, cuatro esclavos se adelantaron en lo alto de la escalera y dejaron oír los sones de sus largas trompetas que anunciaban la apertura del templo.

El templo se abrió y salió de él un cortejo sagrado.

Primero, delante de todos, marchaba un grupo de niños vestidos de blanco; llamados *Camilis*, llevando en las manos los incensarios, la sal, la harina y los instrumentos del sacrificio. Seguían en dos hileras, los ministros del culto y los acólitos del Gran Sacerdote. Cuatro de ellos llevaban en andas la estatua de la diosa, antiguo ídolo de madera pintada, que estaba escondido á las miradas de los profanos los demás días del año. La estatua estaba vestida con unas faldas de losanges ajedrezados, de colores brillantes. Tenía cubiertas las espaldas y la parte alta del cuerpo con un peplum de color de grana prendido con preseas y un cinto de oro. Una mitra esmaltada de azul oscuro, llena de estrellas de plata, adornada en la parte frontal con una argentada luna en creciente colocada sobre una triple hilera de cortos bucles que

encuadraban su frente, formaba su tocado. En una mano llevaba un arco de plata, á su espalda pendía un carcaj lleno de flechas. Y, sacudido por la marcha de los que la llevaban, el arco temblaba en su mano, así como el carcaj pendoleaba en sus espaldas. Detrás marchaban los *victimarios*. Uno con un enorme mallette y el otro con un gran cuchillo y un haz de cuerdas.

A la aparición de la Virgen celeste el coro de mujeres volvió á entonar las letanías al unísono.

Acabadas las letanías, el Gran Sacerdote vestido de pontifical con una túnica toda bordada de oro, hizo colocar la estatua en el atrio sobre un pedestal delante de la puerta del templo. Aproximóse al ara, ya encendida, tomó un puñado de incienso que le presentó un *camili* en un cofrecito de oro, lo echó al fuego, y luego tomando una copa cincelada llena de vino, levantóla en alto, la ofreció á la Diosa y vertió una parte de él sobre el fuego, que levantó una humareda blanquecina. Luego le presentaron unas tabletas de bronce en que había antiguas fórmulas de plegarias sólo de él comprendidas. Las recitó al son de flautas y liras, y las mujeres respondieron á coro la letanía de la diosa. Entonces hizo entrar los animales destinados al

sacrificio. Una vaca blanca, marcada en la frente con una media luna negra, y una cabra negra marcada con una luna blanca. Los animales que se sacrificaban á las dioses forzosamente debían ser de su sexo.

Las víctimas estaban llenas de guirnaldas y de cintas y sus cuerpos parecían enormes ramos de flores.

Los *victimarios* condujeron los dos animales al altar.

El gran sacerdote se cubrió la cabeza con un extremo de su capa, como era de uso, é hizo depositar al pie del ara la sal, la harina y el agua lustral. Mas apenas había empezado los aspergis del rito, que el cielo, como si subiera por la parte de oriente una cortina negra, se cubrió de espesas nubes, la atmósfera se obscureció y rugió el trueno. Fué á cortar el pelo á la cabra negra y apenas le había colocado la mano encima, brilló un relámpago seguido de un trueno estrepitoso, y se apagó el ara. Todo el mundo fué sobrecogido de terror; aquello era un mal augurio. Diana no quería ya ser servida por Tétricus.

Al mismo tiempo oyéronse gritos al exterior, y compareció un guerrero armado con su escudo, su coraza y su casco y la espada en mano.

Un relámpago le iluminó, y apareció á los

ojos de las mujeres brillante y hermoso como si fuera un dios.

El gran sacerdote, al verlo, quedóse un momento sobrecogido de espanto, mas pronto quitóse la capa y la túnica, embrazó un escudo que sus sicarios le presentaron, calóse un casco y empuñó una espada. El guerrero le esperaba al pie de la cerca, y le hizo señal con la punta de su gladio de salir al bosque. Tétricus no tuvo más remedio que salir solo, como el ritual marcaba, delante de toda la peregrinación, que estaba en expectación ansiosa.

Ambos combatientes se marcharon al interior del pinar y empezó el combate. Las mujeres subieronse á lo alto del templo y colocáronse en las gradas, los chiquillos encima de la cerca. Todos esperaban impacientes el resultado.

Tétricus se defendía bien y atacaba con destreza, pero su adversario era ligero, saltaba y ninguno de los golpes llegaban á alcanzarle. Parecía que se proponía sólo cansarle, pues era más joven y ágil. Tétricus empezaba á fatigarse; se batía á la defensiva. Entonces su adversario se echó sobre él, privándole de mover el gladio con su escudo. Tétricus quiso saltar atrás, pero se lo impidió un pino; y á la luz de un relámpago vióse al guerrero hundir su gladio en la garganta del sacerdote, resonando en el espacio

un trueno horrible, trueno que hizo temblar los ámbitos del templo.

El ara, se había vuelto á encender por sí sola. Los sacrificadores acudieron ; pusieron el cuerpo del difunto sobre unas andas, lo llevaron al atrio ; hicieron una pira con leña seca, y pusieron el cadáver encima. En esto las nubes se rasgaron, salió el sol, serenóse el cielo y apareció el guerrero en lo alto de la gradería con la espada llena de sangre, sin el casco ni el escudo.

Y dijo con voz firme :

« ¡ Anicetus Tétricus ha vivido ! Qué él sea la última víctima humana que se haya sacrificado en este templo. ¡ Esclavos ! encended la pira. ¡ Sonad trompetas y proclamad á Antistius Gran Sacerdote elegido por la Divina Diana ! »

Y las mujeres entonaron la sacra letanía, al tiempo que Antistius revestíase con la túnica y la capa sacerdotales, y que el cuerpo de Anicetus era devorado por las llamas.

## II

## LA BALADA DE DJUIDI Y ZÉGAL

CUENTO PERSA DEL SIGLO VIII

**M**UJERES hermosas cuya vista enciende el corazón de los hombres más prudentes !  
 ¡ Vosotras, las que con sola una mirada hacéis más daño que mil flechas, ó producís más placer que el encuentro de un río en el desierto !  
 ¡ Escuchad la historia triste de la hermosa Djuidí, que de amor murió allá en la Bactriana !

¡ Bravos guerreros que hacéis temblar al enemigo, al precipitaros sobre él con la impetuosidad de un torrente en la tempestad de secha ! ¡ Vosotros cuyo valor defiende de la servidumbre y la brutalidad de los harenes á

las doncellas ! ; Escuchad la heroica historia del valiente Zégál que murió de amor en la Bactriana !

\*  
\* \*

Bahakari era un gran soberano que reinaba en todo el país de la Bactria. Su nombre era venerado por los habitantes de cien ciudades, y ponía á raya á los enemigos invasores de sus estados, porque tenía á sus órdenes un gran número de valientes guerreros, cuya bravura era irresistible.

El palacio de Bahakari estaba en una gran plaza fuerte, con murallas de pedernal y puertas de bronce. Tenía innumerables esclavos, armas de un temple maravilloso, y oro en abundancia. Porque Bahakari era el rey más poderoso de todo el gran Imperio Persa.

Bahakari poseía todas las riquezas ; pero la de más valor era su hija. La bella Djuidí, la heredera del trono.

¡ Guerrero intrépido ! Tú que jamás temblaste ante la lanza de tu enemigo, tu habrías temblado al mirarte Djuidí si la hubieses visto. Tú habrías seguido su vista para adivinar su

intención. Tú habrías sido el más feliz de los hombres si ella te hubiese sonreído. Tú habrías querido morir si ella te hubiese desdeñado.

¡ Es que Djuidí era hermosa ! Todas las doncellas de la gran ciudad eran también hermosas ; pero cuando Djuidí aparecía, nadie las veía á ellas. Djuidí sola, radiante, era vista por todos. ¡ Nadie ve las estrellas en cuanto sale el sol !

Todos los príncipes del Imperio y de los demás países estaban enamorados de Djuidí ; hasta la había pretendido el primogénito de un emperador de Bizancio.

Todos hubieran querido su amor ; pero Djuidí era severa, y solo quería amar al más bravo, al más apuesto y al más sabio.

Príncipes guerreros, ¿ cuál será el elegido de entre vosotros ?

Djuidí salió un día á sus jardines, radiante de hermosura como el sol naciente, ágil como la gacela, con una mirada tan brillante que hubiera hecho perder la memoria y perturbado el espíritu al hombre más resuelto y más sensato.

Djuidí llevaba su *guzla*, y los pájaros la seguían, y los rosales embalsamaban la atmósfera.

Y Djuidí cantó.

Y cuando cantó, todos cayeron en delirio. Y habló. Y cuando habló, los poetas callaron y los filósofos quedáronse absortos. Sólo las aves la saludaban con sus trinos.

Jóvenes príncipes la seguían.

¿ Quién la enamoró ?

Ninguno.

A quien ama Djuidí es á Zégál. Ella que había temblar de emoción á los demás, ella ya tiembla al encontrarle.

Y Zégál, que es el más bravo, el más hermoso y el más sabio de todos los capitanes, se enamora de ella y la sigue... siempre... invariablemente... como un astro sigue á otro en el espacio...

Sin que su voz le diga nada, sus ojos se lo dicen todo.

Y ambos se miran y sus espíritus se comunican, y se quedan en éxtasis.

Zégál ama á Djuidí ; Djuidí ama á Zégál.

¡ Príncipes guerreros, perded ya toda esperanza : Djuidí será de Zégál, Zégál será de Djuidí ! Por la vida. Por la muerte. Eternamente. ¡ Sus dos almas hacen una !

Sólo se han visto una vez y ya saben el infinito amorá que se destinan.

Y no se han hablado aún.

Nadie les ve comunicarse. Nadie sabe que se conozcan ; y, no obstante, Zégál pasa la noches estrelladas con Djuidí, y Dejuidí con Zégál.

El Amor sabe reunir á los amantes á través de todos los obstáculos, al mismo tiempo que vuelve ciegos y sordos á los que guardan á las doncellas.

Zégál ama á Djuidí, la hija del rey. Pero Zégál es pobre. Zégál es un oscuro hijo del pueblo, y no podrá jamás pretender ser su esposo.

¡ Qué importa ! Zégál y Djuidí no han pensado en esto para amarse. Su amor nació sin que ellos lo supieran. No lo supieron hasta que ambos estuvieron envueltos por la inmensidad de su llama.

Los amantes no sueñan en un porvenir cuando tienen el presente. Cuando están juntos y se poseen no desean nada más. Poseen la eternidad y el infinito. Todo el resto de la creación les es indiferente.

Y Zégál ama á Djuidí, y Djuidí, ama á Zégál, y están juntos.

Están juntos de noche. Bajo el inmenso azul lleno de estrellas palpitantes, que les contemplan emocionadas de su alegría, únicos testigos, ellas, de su amor !

Son dichosos. Nadie más conoce su pasión que los astros, y los astros no se lo dirán á nadie. Nada impide sus transportes. No sueñan en lo que ha de venir. Disfrutan toda la eternidad en cada momento. Y se sienten infinitos. Se dan besos en todo su sér, anulándose el uno en el otro.

Mas ¡ ay ! que el placer dura un instante y el dolor el resto de la vida. La felicidad es momentánea y la desgracia eterna.

¡ Llorá Djuidí ! ¡ Llorá Zégál ! He aquí la desgracia que avanza con sus alas negras. Su sombra se proyecta sobre vosotros ; pero vuestro amor es inmenso, no morirá ; pero os hará morir.

La guerra se ha declarado. El bárbaro del desierto pedregoso invade las fronteras de la Persia. Sus caballos relinchando avanzan ; y arden los pueblos, y matan á los hombres y arrebatan á las mujeres para llenar sus serrallos. Se apoderan de las joyas y de los caudales, de las cosechas y de los ganados. Los buitres les siguen, pues tienen abundante pasto por todas partes donde ellos pasan.

Los árabes invaden todo el país. ¡ Bahakari, alerta ! La muerte se aproxima si no sabes defenderte.

Los árabes son crueles. Matan á los guerreros. Hacen esclavos á los niños. Violan las mujeres. ¡ Alerta Bahakari ! ¡ Forma tu ejército !

Bahakari hace tocar los clarines y redoblar las calderas : ¡ á las armas, jóvenes guerreros ! De todas partes llegan con presura ; con sus cotas de escamas, con sus cascos puntiagudos, con sus caballos veloces, sus largas lanzas, sus arcos y sus flechas. ¡ Capitanes, desenvainad vuestras espadas, rayos de la fuerza de Ormuzd ! ¡ Soldados, llenad vuestros carcajes en abundancia ! ¡ Defended el país ! ¡ Corred á las fronteras !

Los árabes violan las doncellas, pero vosotros sabréis defenderlas. Después serán vuestras esposas, las madres de vuestros hijos.

Los capitanes forman con sus legiones, y el primero que forma es Zégál. Nadie le reconocería. Dulce y amoroso antes, temblando de emoción á los pies de Djuidí, ahora es fiero. Es más alto que todos montado en su caballo. Si antes llevaba bordada y sedosa túnica de color de malva, ahora viste armadura de reflejos de relámpago con un sol en el pecho que á todos deslumbra. Al empuñar su espada parece que blanda un rayo. Zégál es terrible. Mithra le protege. Los Fravarsis, le acompañan de lo alto

con sus alas desplegadas blandiendo espadas igneas.

Pero Zégál es un oscuro hijo del pueblo. Si sus actos son brillantes, su origen es muy humilde. Zégál es jóven, es fuerte, es bravo, es atrevido, y además, es sabio. Y pronto todos le proclaman jefe, jefe supremo.

Montado en su corcel, veloz como el viento marcha con sus amigos al combate; y como es el más sabio, todos le obedecen, y siendo el más atrevido, todos le siguen. Zégál es el mejor general del Imperio Persa.

Djuidí llora, Djuidí tiembla por la vida de Zégál. Se desola y, no obstante, esconde su dolor. Pero su padre un día advierte que está triste. « Dime, Djuidí; ¿ Porqué estás triste? » Y Djuidí calla. Djuidí no dirá á nadie que ama á Zégál.

Y pasan meses. La guerra dura, y Djuidí llora. Tiembla por la vida de Zégál, pero otros males llegan en seguida.

« Djuidí, ponte el brazalete de oro encima del tobillo pues muy pronto serás madre, » le dice una voz de lo alto. « Djuidí, en tu seno llevas un hijo que se parece á Zégál. Cuidado, Djuidí, que tu padre está furioso. »

Bahakari quiere saber quién ha sido el temerario que ha osado llegar hasta su hija.

El temerario ha de morir. El rey ha pronunciado ya el fallo. La hija de un rey no puede pertenecer más que á un príncipe de real estirpe. ¡ Ay del que la haya seducido !

— ¡ Djuidí, hija mía, dime quién te ha seducido, yo te lo mando ! ¡ Quién ha sido el que te ha robado el corazón, que ha de perecer en el tormento? Lo haré buscar por todas partes y morirá el seductor de mi hija.

— Padre mío, aquél que yo amo es hermoso como el sol, bravo como el león, sabio como Zoroastro. Pero no os diré su nombre; No ! No debe morir, que debe ser vuestro querido hijo, y después de vos debe de brillar en vuestro trono.

— ¡ Djuidí, tú me dirás su nombre ! Yo te forzaré á decirlo. Te rodearé de privaciones. Y si no lo dices ni así, lo dirás por la tortura.

Pero Djuidí no dice el nombre. Y cada día repite á su padre : « Mi amante es bello como el sol, bravo como el león, sabio como Zoroastro. »

Djuidí sufre hambre. Djuidí sufre sed. Djuidí no duerme. Djuidí está encerrada en una torre oscura. Djuidí se desespera. Y Djuidí muere repitiendo. : « Mi amante es bello como el sol, bravo como el león, sabio como

Zoroastro. » Pero antes de expirar da á luz un niño resplandeciente de hermosura. Y Djuidí, extendida y blanca como la nieve, es cubierta de rosas, sin haber revelado el nombre del que amaba.

En tanto Zégál hace prodigios de valor. Perseguidos por él con ardor bélico, los árabes huyen. Ha hecho prisioneros cinco *emires*, con todo su séquito, y siete *valies*, con sus huestes.

Zégál es un gran jefe, prudente en el consejo, bravo en la lucha. Siempre sorprende al enemigo, sin que éste jamás logre sorprenderle á él. Zégál ha vencido á los enemigos. Zégál llega al frente del ejército triunfante. La legión de *los mil* le sirve de escolta.

El rey Bahakari sale á su encuentro y le hace noble en el acto. Está loco de gozo y abraza á Zégál, el vencedor de los árabes, de los enemigos de la patria.

— Dime, bravo general, ¿ qué recompensa quieres ? Eres capitán de capitanes. Eres mi igual ; dime lo que deseas, que aunque quieras sucederme en el trono, yo he de concedértelo. Por Mithra te lo juro.

— Gran rey, yo amo á una persona que no veo aquí en tu séquito. Gran rey, yo volveré al combate tantas veces como quieras ; yo des-

truiré todos tus enemigos ; y si quieres otros reinos, yo iré á conquistártelos. Por el brillo de tu nombre yo te haré esclava la gloria. ¡ Gran rey, si quieres hacerme dichoso, dame á tu hija, que quiero ser tu hijo ! á ella sólo yo amo, porque es la más hermosa, la más dulce, la mas buena de entre todas las mujeres. Es como la madera del sándalo, que perfuma hasta el hacha que la parte.

— Que vayan á buscar á mi hija, que la saquen de la torre obscura y que la traigan aquí en triunfo, que quiero dártela por esposa en presencia de todo el ejército.

Ya llega una litera, y en ella Djuidí ; pero Djuidí muerta, toda cubierta de rosas, más blanca que la nieve.

— ¡ Djuidí ha muerto !, cantan las doncellas. Ha muerto al dar á luz un niño. Ha muerto de amor por no revelar el nombre de su amante, que es bello como el sol, bravo como el león, sabio como Zoroastro.

— ¡ Triste de mí, dice el rey, que he hecho morir á mi hija de amor, por no querer revelarme el nombre de su amante ! ¡ De su amante, que es bello como el sol, bravo como el león, sabio como Zoroastro ! ¡ Zégál, Djuidí ha muerto, mientras tú volvías triunfador de los enemigos de la patria y yo venía á espe-

rarte ; yo he hecho morir de amor á Djuidí !  
¡ Mátame, Zégal !

Zégal se desespera; Zégal no quiere ya nada. Rehusa los presentes, tira sus armas, desmonta su caballo y corre á echarse encima del cuerpo de Djuidí, blanco como la nieve, cubierto todo de rosas. Y se abraza á ella y la cubre de besos. Y... y no pueden separarlo de ella porque Zégal ha muerto. Ha muerto de amor sobre el cuerpo de su amada.

El viejo rey Bahakari coge la espada de Zégal. Y exclama :

— Puesto que él no ha querido darme muerte, que me la dé su espada.

Y se la clava en el pecho.

\*  
\* \*

Y un niño resplandeciente de hermosura como un sol, fué puesto en el trono, y cuando le coronaron, pasados veinte años, ordenó que los bardos cantaran esta balada en todas las solemnidades del Imperio Persa.

### III

## LA GRAN PROEZA DEL CONDE BERENGUER DE BARCELONA

LEYENDA CATALANA MEDIOEVAL (1)

**É**RASE un conde Berenguer de Barcelona, apuesto é gentil é leal é cortés é valeroso é de grandes prendas como otro tal non hubiese en todos los reinos cristianos. En los lindes de su marca, había batido á los alarbes, faciéndoles retroceder allende el Ebro, siendo muy amado é muy bienquisto, en toda la Marca Ca-

(1) Hemos escrito esta narración de la Edad Media, como algunas otras que figuran en este libro, en lenguaje castellano antiguo para comunicarles más carácter de crónica de época, dadas las leyendas de los siglos aquellos á que hacen referencia.

thaláunica, ansy que también en Provenza é Tolosa, é fasta en las mesmas tierras del Imperio de los francos.

É fizo una gran proeza, como tal non hayan visto más los siglos ; tanto, que los trovadores la cantaron en mil tonos en discretos *serventesios*, é non había fiesta en castillo, villa, cibdad ó campo, en que non se cantara durante mucho tiempo la tal fazaña de tan esforzado prócer cristiano.

\*  
\* \*

Había en Alemania una Emperatriz hermosa é discreta, honesta é recatada, que tuvo la desgracia de inspirar pasión violenta á uno de los gentiles-homes de la Corte del Emperador su esposo, llamado Wolfrango.

El tal cortesano érase un menguado é á más traidor, malsín, é fellón astuto, aunque bravo, belicoso é diestro en el manejo de todas armas, ansy de mano como de asta, ya fuese á pie, ya á caballo, habiendo gran agilidad en los ejercicios de cuerpo é gran industria en inventar falsedades é patrañas.

La Emperatriz sufrió prudente las deshonestas miradas de tan mal caballero, pero a queste insistió en sus torpes propósitos de modo tal, é de manera tan cruda, que de las miradas pasó á las palabras, é á tanto la honesta señora le viera decidido, que se vió obligada á significarle que se alejara de la imperial corte, si non quería sufrir el merecido castigo del Emperador, su señor é dueño. Por lo cual él fuyó.

É una vez lejos, el malsín fizo correr voces de que se había marchado de la corte por non poder ya aguantar más los amorosos ataques de la reina. É tales fueron las villanas calumnias que ficiera correr, sobre tan excelsa dama, é tan graves é tan precisas fueron las sus acusaciones, que la reputación de la soberana de Alemania empezó á sufrir asaz dello.

En tanto el malsín había prestado pleito homenaje á un rey non sujeto al Emperador, é le servía como capitán ; é ansy evitar pudo el que el Emperador, antes su soberano, un día mandara prenderle é le aplicara ejemplar castigo.

Al principio de haber desaparecido el cortesano, el Emperador non se enteró de nada. Mas non faltaron damas envidiosas de la virtud, donosura é belleza de la su soberana, que hablaran tanto de los supuestas predilecciones amo-

rosas de la Emperatriz por el caballero prófugo, que el Emperador hubo mientes dello, é dudó, é por fin tuvo la debilidad de creer posible aquello que jamás non fuera. Tan fuerte fué el viento de calumnia que desencadenó el malnacido, que pronto pareció á los ojos de todos realidad lo que sólo era mentirosa imputación de un fellón vil é menguado.

Aconsejóse el Emperador, en muy mal hora, con un amigo del absente Wolfrango, é aqueste le indujo á que se resolviera á facer juzgar la su esposa é condenarla á muerte, si es que resultara culpable, según la usanza de aquellos buenos tiempos cristianos.

É el *Juicio de Dios*, fué decidido.

El tribunal nombrado, expidió directo cartel al caballero para que compareciera á formular la acusación en toda regla, prometiéndole la vida salva si resultaba favorecido por el poder de la Divina Providencia en el combate. Llegado el día, el tribunal reunióse é compareció entre guardias la infeliz soberana. El acusador lenguaraz con la ayuda del diablo fué elocuente é contundente. Por malas artes habíase procurado prendas de la infeliz señora, que presentó como prueba de los presentes que ella le ficiera para seducirlo. É aqueste tribunal compuesto de sabios é prudentes varones,

decidió que se emplazara la liza é que el caballero acusador estuviera presente cada tarde en ella durante doce días, á partir de tres meses de la fecha, é si al cabo deste tiempo non se hubiese presentado otro caballero que defendiera la inocencia de la gentil dama acusada, ganando en buena lid é con las armas en la mano la causa della, sería decapitada por adúltera é el su cuerpo echado á un estercolero.

Ficiéronse rogativas en todos los conventos de Alemania é de los demás estados cristianos, é varios emisarios partieron para proclamar el fallo en todas las comarcas tudescas é en las demás Marcas cristianas, ansy de países francos como septentriones ó mediterráneos. É diz que el tal edicto fasta fué fixado en la cibdad alarbe de Córdoba con permiso del califa, home prudente é honesto, aunque non de nuestra ley.

É aquesta nueva sonó por todas partes. Mas como el acusador menguado era un tan feroz guerrero é terrible espadachín, nadie se presentaba.

É pasaron días é más días, sin que ningún gentil prócer, barón ó conde, viniese á tomar la defensa de tan noble é recatada dama. É ya estaba á punto de expirar el plazo de los doce días, cuando llegó un fraile de luengas tierras, que hablaba en latín rústico, é dijo ser porta-

dor de la nueva de que había un esforzado caballero, que estaba, há poco, combatiendo á los infieles muslimes, que ya se había puesto en viaje para defender á la excelsa Emperatriz é demostrar la su inocencia; é pedía prórroga tan sólo de dos días para que el dicho caballero llegase, pues él montado en un mulo, le había precedido. É además pidió al tribunal que le dejara confesar á la alta señora que estaba presa. É el tribunal accedió á tal demanda viendo que el fraile traía pergaminos en regla que lo autorizaban como á experto teólogo, expedidos por el Prior del su convento de San Cucufate del Valle barquionense.

É el tal fraile non era otro que el buen Conde Berenguer, que de tal se había vestido, habiéndole prestado su propio confesor las licencias que él al tribunal presentara.

En cuanto en la prisión húbose entrado, habló á la pobre emperatriz bañada en lágrimas. É la dijo:

— Non temáis, la mi gran señora, que pronto un caballero de marca é pendón viene en vuestra ayuda.

É en tanto la exhortó á la piedad é á la plegería con un tal fervor é unción tanta, que la gentil Emperatriz, tomándolo por un santo, pidió confesión, é contrita é de rodillas se puso

á confesarle todos los sus pecados de que la conciencia le acusaba, que por cierto eran bien escasos é veniales todos ellos.

É así en confesión, pudo cerciorarse el buen Conde de que ella era inocente de todas veras, é cuál era el móvil de calumnia tanta.

Retirádose que fué de la mazmorra, sin haber descubierto á la penitenta quien él fuese, é sí solo haberle encomendado que rezara con fervor por el éxito de la lucha entre el fellón mal-sín é su leal caballero que para llegar estaba, fué á vestir con sus propias ropas, revistiendo la armadura é montando el su caballo embrazando escudo é empuñando lanza é llevando destal é espada en el arzón, á más de la jineta que colgaba de su cintura.

É ya tocaba al su término el último día del nuevo plazo concedido, cuando se presentó á son de clarines é añafiles, con un heraldo que le precedía llevando el su pendón con las cuatro barras rojas sobre campo de oro.

É fué aquesto en el mismo momento en que delante del tribunal formado, é de pie el acusador, el verdugo ya se disponía á ejecutar la sentencia.

En cuanto vió á tan apuesto caballero entrar en liza, el menguado Wolfrango dióse prisa á montar el su caballo, embrazó su adarga é

se aprestó al ataque. La gentil presencia é el bizantino esplendor del traje del buen Berenguer, del su caballo é de sus gentes, ficiéron le sonreír creyendo estar enfrente de adversario poco temible por lo lleno de molicie. Ansy á la somación del heraldo aceptó el acusador el reto, é ambos partieron con las sus lanzas enristradas. Dió Berenguer en el escudo del su adversario, é aqieste en el de Berenguer é saltaron las lanzas rotas en astillas. Echaron mano ambos á las destalés de combate, é Berenguer cortó la del su contrario por el mango al ir éste á parar el golpe con ella ; pero tan tremendo fué el golpe que le diera, que se le desmontó el fierro, cayendo al suelo junto con el del su adversario. Tiraron entonces de las espadas, é la lucha se prolongó por algún tiempo, tánta era la destreza de ambos, hasta que Berenguer, dando una vuelta ligera al caballo pilló á su adversario por detrás del flanco izquierdo é sin darle tiempo para revolverse, le hundió la espada en el costado. É una vez en el suelo, con la espada corta en la garganta le hizo declarar su felonía.

El mal caballero, espirante, fué ahorcado. É la Emperatriz, rehabilitada á son de clarines, entró en triunfo en el imperial palacio.

É cuando el Emperador é la Emperatriz qui-

sieron conocer quién era el bravo caballero que había hecho prevalecer los derechos de la inocencia, Berenguer había ya desaparecido.

Sólo mucho tiempo después supieron que era el noble Conde de Barcelona quien ejecutara tan gran proeza. É ambos vinieron á la Condal Cibdad á darle las gracias siendo recibidos con gran regocijo en el palacio al son de chirimías, añafiles é tambores.

IV

MARIA DE VILAJOLIU

1640-1643

Cataluña estaba en armas contra el poder central del rey don Felipe IV. Las tropelías y los cohechos del Conde Duque, secundado por esbirros feroces, habían exasperado al país, y, lo mismo que Portugal, harto ya de sufrir y de esperar justicia, había decidido tomársela por su mano.

No obstante, no todos los catalanes se habían levantado contra el mal gobierno del Conde Duque. Cataluña estaba dividida en dos bandos, desde fines del 1500 : el de los Narros y el de los Cadells.

Se llamaban Narros los unos, porque á su cabeza marchaba el obispo de Vich, que se lla-

maba don José Narro. Éstos eran partidarios incondicionales del Rey de España y católicos fanáticos. En cambio, llamaban éstos Cadells (*cachorros*) á los otros, en sentido despreciativo de perros, herejes, etcétera, por ser éstos partidarios de la absoluta autonomía de Cataluña, considerando al Rey sólo como Conde de Barcelona — en cuanto cumpliese é hiciese cumplir las leyes que el mismo país se daba — y porque en cuanto á ideas religiosas tenían análogas ideas de independencia política respecto del Papa y de Roma; es decir, que profesaban un cristianismo libre, por el estilo del de los Albigenses ó del de los hermanos del Evangelio Eternal en Italia durante la Edad Media.

Estos elementos los había alentado el Bernés Enrique de Navarra, el que fué luego Enrique IV de Francia, con el fin de formar un reino pirenaico, con la Gascuña, el Languedoc y la Provenza, Navarra, Aragón y Cataluña. Así es, que la sublevación anticeutralista del 1640, estalló, gracias á estos elementos previamente acumulados. Y Richelieu se sirvió de ellos para venir en ayuda de este partido en Cataluña y agregarla á la corona de Francia.

\* \* \*

Era María de Vilajolíu la *pubilla* más hermosa y más distinguida de todo Cataluña. Hija de una familia solariega de la montaña, se la disputaban en las fiestas los jóvenes más gallardos y los caballeros más apuestos de todo el Principado. A todos trataba ella con amabilidad suma, pero á nadie daba esperanza alguna. Su corazón no le pertenecía. Amaba con toda su alma á Juan Margarit, hijo del general del mismo nombre, joven, poeta y militar, que era uno de los jefes del movimiento anticeutralista.

Los padres de María eran unos hidalgos montañeses, montados á la antigua, partidarios acérrimos del Rey de España y del Papa de Roma; en fin, *Narros* á toda prueba; y sin consultar con su hija y por mediación del arzobispo de Vich, que les distinguía como á creyentes fieles, le encontraron un *partido* magnífico. Así, determinaron casarla con don Guillermo de Torregrossa, que era hombre á quien el Rey había distinguido por su celo en la persecución del bando *narro*, gran amigo del Conde Duque, y recién nombrado Conde de Vilacopons por

éste, con cesión de bosques y tierras expropiadas á varios leales defensores de Cataluña. Era éste, un noble de carácter duro, vengativo é implacable, odiado por todos los buenos catalanes y hasta malquisto, por su excesivo celo, por los de su propia causa.

Una vez contratada la boda, se le notificó á María, la cual se negó rotundamente. Su padre, que estaba acostumbrado á no encontrar obstáculo á sus mandatos, se enfureció, la amenazó, pero todo fué inútil. Viendo la terquedad de la joven, y consultado el caso con el obispo de Vich, el viejo Barón de Vilajoliu fuése á ver la superiora del Convento de Carmelitas descalzas de Ripoll, y quedó concertado el encerrarla allí, durante un tiempo, sujetándola á penitencias duras y á grandes ayunos para dominar en ella el demonio del orgullo, con la amenaza de hacerla profesar ó de encerrarla en un *in pace* si antes de un año no cedía.

Una de las cosas que más habían enfurecido al padre era la confesión de la hija de que amaba locamente á Juan Margarit. Un *cadell*, un hereje, el hijo impenitente de un amigo de Enrique IV, ¡ un albigense ! ¡ qué horror ! En ello debía de andar el diablo.

A los pocos días la pobre María era trasladada al convento de Ripoll, y allí sufría los martirios

de la disciplina monástica, agravados por órdenes especiales del señor obispo de la diócesis.

Desde que entró en el convento, la imaginación de María no paró un sólo instante de combinar planes para su evasión y para comunicarse con su galán, del cual sólo sabía que debía de hallarse por el llano de Barcelona, á las órdenes del general Dardeña, organizando, á la manera francesa, un regimiento de mosqueteros montados.

Mostróse sumisa con su superiora, soportó, aparentemente, las privaciones con resignación y fué poco á poco enterándose de las condiciones del convento. Pronto se convenció de que toda tentativa de escapatoria era inútil, lo mismo que toda tentativa de socorro exterior que pudiera prestarle su amante. El convento estaba situado en una altura escarpada y rodeado de fosos, como una fortaleza. Sus habitaciones tenían fuertes rejas. No tenía á mano ningún útil cortante. Ripoll estaba en poder de las tropas reales y de los *Narros* fanáticos. La frontera vigilada, para que no entraran refuerzos de Francia por aquel lado á los sublevados; en fin, que había que renunciar á toda tentativa de evasión posible.

¿ Comunicarse con Margarit ? Esto era más posible, aunque nada fácil. Hé aquí lo que se le

ocurrió : escribir á una amiga suya de Barcelona, casada, la siguiente carta :

« Amiga Rosalía : aquí estoy, en este monasterio de las carmelitas descalzas de Ripoll, sufriendo mil vejaciones y martirios, encerrada por mis padres, por no haber querido casarme con el Conde de Vilacopons. Un favor te pido con toda el alma y en nombre de nuestra amistad antigua : Por no importa qué medios, haz saber á mi adorado Juan, que le quiero más que nunca, que moriré antes que faltarle, y que puesta entre los extremos de salir para casarme con ese monstruo, de profesar, ó de ser encerrada en un *in pace*, que me diga él lo que hacer debo. Adviértele que la huída de aquí es imposible. Sería preciso poner sitio á Ripoll y al convento, y tal vez me hallaría muerta. Para comunicarse conmigo puedo darle dos indicios. Mi celda con fuerte reja da encima del torrente, frente de un montecillo. La tornera se ha hecho amiga mía, y la suya es la única celda que está de este lado. Adiós, y que Dios te lo pague.

« Tu desgraciada amiga,

MARÍA. »

María se había procurado un tintero y papel por medio de la tornera, pretextando que quería

escribir unos gozos á la Virgen. Una vez hecha esta carta, escribió otra que decía :

« Cualquiera que seáis que encontréis estas cartas, si tenéis un alma cristiana y un corazón caritativo, por el que murió en la cruz para redimirnos os ruego que hagáis llegar la misiva adjunta, á doña Rosalía Flordalba, Baronesa de Altafulla, calle de Santa Ana, Barcelona. Es un caso de conciencia, y la que escribe estas líneas solicita su perdón, sin el cual no viviría tranquila. Esta medalla os pagará vuestra buena acción.

UNA POBRE NOVICIA. »

Puso la primera carta dentro de la segunda después de haber sellado ésta con cera de un cirio que ardía ante el Cristo de su celda, y encerrando con ella en la otra una medalla de oro de la Purísima Concepción que llevaba al cuello, puesta por su madre desde pequeña, una vez hecho el paquete, escribió encima y con letra contrahecha : « *El primero que esto hallase, que abra y lea.*

¡ Salud y gracia ! »

Dejó secar el sobrescrito, esperó que no se

oyera ruido alguno en las cercanías, y á través de las gruesa reja de la celda, lanzó el paquete al torrente.

\*  
\* \*

Habían pasado unos veinte días, cuando una tarde á la puesta de sol, á través de la fuerte reja, vió destacarse por negro sobre el rojo brillante del horizonte un hombre que marchaba por un cerrillo que había á unos quince pasos de distancia ; iba envuelto en una capa y miraba fijamente al convento, y en especial á la reja tras de la cual estaba María. De repente desembozóse y sacó una ballesta de cazar pájaros. La montó, apoyando el pie en el gancho, y la cargó con un objeto que á María no le pareció ser ni un viretón, ni una flecha, ni un bodoque. Miró á la reja, hizo seña á la reclusa de que se apartase, apuntó y disparó, entrando con furia en la celda un proyectil extraño. María miró al hombre y le saludó como dándole las gracias. El hombre de la ballesta le devolvió el saludo con respeto, se embozó y desapareció en el horizonte.

Lo que había entrado en la celda era un canuto de caña tapado por ambos extremos. Ma-

ría lo rompió y de dentro sacó un largo papel que decía :

« Mi adorada María :

« Un hermano de la Baronesa de Altafulla me ha contado y entregado tu misiva. Encargo á uno de mis mosqueteros, que ha sido cazador al servicio del Duque de Cardona, que te mande la respuesta por la ventana que tú indicas. Esta te llegará por fuerza, pues lleva varios proyectiles iguales y, además, él no yerra tiro. Si pudiese disponer de mis compañeros, vendría al asalto del convento, pero es imposible. Con el general Dardeña y ayudados por la caballería del Duque de Villars hemos ganado una brillante batalla en los llanos de Vilafranca, haciendo veinte mil prisioneros al ejército de Felipe IV con sólo cuatro mil caballos. El grueso de las tropas castellanas está en Lérida, y nosotros con el Conde de Harcourt marchamos mañana á poner sitio á aquella plaza. Ya ves que la vía es distinta. Pero una vez en campo atrincherado, con cualquier pretexto puedo tomar licencia para unos días y volar á tu socorro. Eres mía y yo soy tuyo. No profeses, que no podrías salir, ni tienes que hacerte encerrar en un *in pace*. El

20 de Marzo estaremos atrincherados frente de Lérida. En esta época, escribe á tu padre que consientes en casarte con el de Vilacopons, y hazme saber con anticipación el lugar y el sitio de la boda. Yo vendré á salvarte ; y, soltera, si llego á tiempo, ó casada, si llego tarde, tú serás mía.

Tuyo hasta la muerte,

JUAN DE MARGARIT. »

\*  
\* \*

Efectivamente, llegado el mes de Marzo, María hizo el cambio de frente. Por conducto de la superiora hizo saber á su padre que estaba dispuesta á obedecerle. A su padre le faltó tiempo para comunicárselo al de Vilacopons, y para escribir á la superiora que desde aquel instante colmara de cuidados á su hija.

La entrevista que el Conde de nuevo cuño tuvo con su padre fué brevísima. Los ejércitos reales eran derrotados por doquier. Ya casi no

quedaban tercios castellanos en Cataluña. Sólo Lérida se defendía con Brito.

Sitiada por catalanes y franceses, los refuerzos que envió Madrid habían sido derrotados en Aragón mismo, en los *cuatro pilares*. Él, sabía que Margarit era el alma de la caballería catalana y podía intentar un golpe de mano. Así, exigió que el matrimonio se verificara en el propio monasterio, y que, una vez casados, irían á pasar unos días á una finca suya de la provincia de Lérida, cerca de Aragón, para pasar después á Benabarre, donde tenía unos amigos y de allí él con su mujer á la Corte, pues preveía la pérdida del Principado y quería establecerse en ella de antemano. Sabía, además, que restos de los tercios que estaban diseminados por la parte fronteriza de Lérida, intentaban reunirse cerca del punto donde él tenía sus propiedades, para ver si intentaban romper el sitio de la ciudad. Y éstos podrían proteger su estancia unos días en su castillo, así como su paso por la frontera de Aragón.

Así, pues, quedó concertado el matrimonio en el propio convento, y una mañana, sin darle tiempo casi á reflexionar, casaron á la pobre María con el de Torregrossa, por sorpresa, sin que hubiese podido advertir á Margarit del punto donde se verificaba el acto. No obstante,

su salida para las posesiones de su marido efectuóse por la tarde, y ella, entrando un momento en la celda de la tornera con pretexto de despedirse de ella, pudo escribir á su amante esta carta :

Ripoll 10, abril.

« Mi querido Juan,

Me han casado por sorpresa, en el propio convento, esta mañana. Esta tarde salimos para Castellví: allí permaneceremos quince días, protegidos por las tropas castellanas que en los alrededores van concentrándose para levantar el cerco de Lérida. Ven á salvarme, y resistiré á mi marido hasta tu venida. A partir del día de mi llegada, todas las noches á las doce en punto iré á pasearme por el bosquecillo de pinos que está enfrente de la casa. Tuya siempre,

MARÍA. »

\*  
\* \*

Margarit acababa de ser nombrado por el

Conde de Harcourt coronel de los mosqueteros montados de San Jorge, y gracias á su talento militar, intervenía ya en todos los consejos de guerra para determinar los planes de la campaña.

Un día, al salir, de su tienda, recibió por un peatón la carta de su amada. En seguida corrió á ver al Conde de Harcourt y le pidió permiso para ir á inspeccionar las cercanías de Castellví pues había tenido una confidencia de que allí se reunían restos de los tercios dispersos. El de Harcourt le dió el permiso y le dijo que tomara los hombres y los caballos que le fuesen necesarios. Margarit tomó un escuadrón, y al llegar cerca del sitio donde se hallaba su amada, dejó sus mosqueteros apostados en los alrededores de una masía, y entrada ya la noche, él sólo con su escudero, dirigióse á caballo al sitio indicado por María que se hallarían. Antes de llegar, puso pie á tierra, y dejando su caballo al cuidado de su escudero, que también se había apeado, se embozó en su capa y se dirigió al sitio. Su corazón latía ; la noche era clara y la luna iluminaba la nueva casa que había construido el de Torregrossa, cerca del viejo y arruinado castillo que levantaba sus desmanteladas torres al cielo. Marchaba poco á poco hacia el lugar indicado, que distaba unos cien pasos de la casa

señorial de Torregrossa. Por fin, llegó al bosquecillo y allí esperó. De pronto oyó que daban las doce en el reloj de una iglesia lejana, y al poco rato oyó ruido de seda que frotaba con los árboles y las plantas. Era María.

Juan corrió hacia ella, y ella reconociéndolo se echó en sus brazos, sin ni siquiera poder articular una palabra.

\*  
\* \*

Largo tiempo permanecieron allí en amoroso coloquio, hasta que Juan, oyendo dar las tres en el reloj del cercano pueblo, dijo á María, ofreciéndole el brazo :

— ¡ Ven ! Allí en el torrente cercano tengo dos caballos preparados, y te llevaré conmigo.

María se apoyó en su brazo y marcharon por entre los pinos. Una secreta inquietud les dominaba ; iban buscando los lugares menos alumbrados por la luna, para no ser vistos en los momentos en que salían del bosque. Por fin, llegaron ya cerca del torrente y, al entrar en él, Margarit gritó á su escudero, « ¡ Pedro ! ¡ los caballos ! », y Pedro no respondía. « ¡ Se habrá

dormido ? » pensó, y adelantóse unos pasos poniendo mano á la espada, cuando se sintió sujeto de pies y manos por varios hombres que se le echaron encima. Al mismo tiempo, oyó un grito de María y una voz ronca que gritaba : « ¡ *Atadle fuerte y al castillo !* ».

Era el de Torregrossa, con un destacamento de un tercio que allí se había dirigido. Habían asesinado al pobre escudero, de una puñalada por la espalda, y esperaban apostados la llegada de los dos amantes. Advertido por una doncella de las salidas de noche de María, la había hecho seguir cada noche á distancia, y así había podido preparar el golpe.

En seguida de haber atado á Margarit, el destacamento le condujo al viejo castillo que dominaba el torrente. Allí fué llevado á la torre más elevada, que estaba como suspendida de una altura inmensa sobre el precipicio, como si estuviera engastada en la roca viva, y metido en la estancia superior, enteramente vacía, con sólo un gran ventanal sobre el torrente, protegido por unos barrotes de hierro enmohecido. La puerta se abrió, entraron con un empujón al prisionero, después de haberle quitado todos sus papeles, sus armas y su banda y haberle desatado, y volvióse á cerrar girando pesadamente sobre sus goznes. El infeliz oyó co-

rrer los cerrojos, girar las llaves y quedóse solo en el calabozo, iluminado por la luna que penetraba por lo alto del ventanal. Miró á través de los hierros y sólo vió el cielo. Esto, y el haberle hecho subir muchos escalones le dió á entender que estaba á una gran distancia del suelo. Sólo oía el rumor del viento, moviendo el ramaje de los árboles del llano. Estaba atónito, no sabía si soñaba... ¿Qué habrá sido de María? se preguntaba... Cuando, de repente, oyó abrirse el ventanillo enrejado que había en la puerta y por el se presentó el visaje repugnante del de Torre rossa. Juan se mesaba los cabellos y no sabía si aquello era una visión de su fantasía.

— « Estás en mi poder, — le dijo, — y voy á castigarte cruelmente ; aquí, encerrado, morirás de hambre y de sed sin que nadie pueda venir á tu socorro. Pero esto es poco. No sólo quiero castigar tu cuerpo sino tu alma, pues tú has poseído en cuerpo y alma á una mujer que es mía de derecho y que se me ha resistido siempre. No te diré lo que es de ella para que así sea mayor tu sufrimiento ; pero, además, pasarás por traidor á Cataluña, por desertor á tus banderas, y morirás aquí ignorado, siendo infamada tu memoria para siempre. Yo haré mandar tu banda de coronel al Condé de Harcourt,

yo haré decirle que por amor á una mujer te has pasado al campo enemigo, y que has revelado sus planes y secretos de guerra, que como premio se te ha mandado de gobernador al Perú. Y desde esta altura oirás tus legiones marchar al combate, pasar tus mosqueteros al son de clarines, y tú tendrás que morirte aquí de rabia sin poder ni siquiera vindicarte. »

Cerróse el ventanillo. Marguarit volvióse como loco. Imprecó al de Torregrossa, maldijole, juró, dió patadas en la puerta ; pero todo en balde. Nada, sólo le respondía el eco. Empezó á dar vueltas por la estancia. Parecía una fiera en su jaula. En esto amaneció ; el horizonte iluminóse con la aurora. Entonces pudo examinar su prisión. Sacando algo la cabeza por entre los barrotes, vió que estaba á una inmensa altura sobre el abismo. Debía de morir allí de hambre, y María... ¿ qué habría sido de María?... tal vez asesinada, tal vez vuelta al convento y encerrada en un *in pace*... Y él allí, sin poder correr á su socorro, debiendo de morir ; y el Conde de Harcourt le esperaría, y al ver volver los suyos sin su jefe, creería la calumnia de su traición.... ; Esto era peor que la muerte ! Así se pasaron unas horas, cuando á Marguerit le pareció oír allá á lo lejos el sonido de clari-

nes. Aplicó la cabeza á la reja y, al cabo de algún tiempo, oyó distintamente la marcha de los mosqueteros montados. No había duda, eran los suyos, los suyos que le andaban buscando, ó que se volvían al campo. Los clarines iban aproximándose, su corazón latía, ya se oía el relinchar de los caballos, y por su trote conoció que eran los suyos los que se aproximaban... Ya estaban en el torrente... é iban á pasar é ignorarían que él estaba allí encerrado... ¿Y si les llamaba?... ¡ De dentro la prisión, imposible ! no le oirían, y tenía la voz apagada por tanto sufrimiento...

De pronto, haciendo un supremo esfuerzo, al oír aproximarse los caballos, agarróse á uno de los barrotes verticales del ventanal, al más carcomido por el moho, y apoyando el pie en su parte baja hizo un supremo esfuerzo. El barrote se torció dejando un espacio por el cual podía pasar la cabeza. Hizo lo mismo con el barrote del otro lado, y el espacio libre se agrandó ya más. Entonces, poniéndose de través, fué pasando primero la cabeza, luego un brazo, el pecho, otro brazo, y así poco á poco, hallóse fuera del ventanal de pie en un ajimez, suspendido sobre el abismo. Nada alrededor, más que la desnuda piedra del muro. Desde allí, vió abajo sus mosqueteros avanzar, to-

cando clarines. Entonces irguiéndose, gritó con toda la fuerza de sus pulmones :

— ¡ Mosqueteros ! ¡ Alto !

El escuadrón, como reconociendo la voz de su jefe, paróse en seco. Miróles, y á él le pareció que todos atónitos le buscaban con la mirada sin verle donde se hallaba. Pasó un momento y se figuró que ya iban á marcharse. Entonces, sintiéndose como atraído hacia ellos por el abismo, les gritó :

— ¡ Soldados de Cataluña ! ¡ Mosqueteros de San Jorge ! Paso á vuestro coronel.

Y se echó al torrente, cayendo entre los clarines y los batidores.

El capitán de la escolta desmontando corrió á abrazar el cuerpo de su amigo aún palpitante.

## LUISA DE FOLVILLE

## ANÉCDOTA PARISIÉN DEL GRAN MUNDO

**E**RA la baronesa de Folville la mujer que más llamaba la atención en París, por su elegancia y su hermosura, allá por los años de 1885.

Había venido de provincias, y era viuda de un noble viejo, un *gentil homme de campagne*, que le había dejado como herencia más deudas que tierras.

Luisa, que así se llamaba, era una mujer de una belleza rara ; alta, de formas esculturales, blanca como el alabastro, con el cabello de un rubio de oro subido, y los ojos de un azul verde, claro, con una mirada misteriosa que denotaba un carácter impenetrable. Su figura era majes-

tuosa, arrogante, y estaba en esa edad en que las mujeres inspiran las grandes pasiones, es decir, á los treinta años.

Era la mujer más elegante y más distinguida de todo París, tanto, que en el *Grand Prix d'Auteuil*, el primer domingo de Junio, todas las elegantes tomaban la moda del vestido y del sombrero que ella estrenaba.

Vivía en su *hotel particulier*, situado en el Parque Monceau, hotel que estaba amueblado con un gusto exquisito. Cada sala estaba decorada de un estilo diferente, y los muebles eran, la mayor parte de ellos, auténticos de las épocas de que estaban decorados los salones.

Contábase que por una *consola* que había pertenecido á madame de Montespan, había pagado veinticinco mil francos, y en sus salones se admiraban cuadros de Watteau, de Poussin y hasta un Rubens, auténtico.

Luisa de Folville era una mujer sin corazón ; nadie le había conocido nunca ningún *amant de cœur*. Los literatos y los artistas más distinguidos, que frecuentaban sus salones, la asediaban con sus galanterías, á las que ella contestaba siempre muy amable y con mucho *esprit*, pero de aquí no pasaba.

Para llevar el alto lujo con que vivía, de coches, joyas, obras de arte, recepciones, ban-

quetes, etc., etc., había tenido varios amantes ricos, que dejaba en cuanto estaban arruinados, como quien tira un gabán pasado de moda ó estropeado. Contábase que había arruinado al marqués de *Clignancourt*, que había hecho quebrar á un banquero norteamericano, y que á la sazón estaba comiéndose las propiedades de un príncipe ruso.

La manera de insinuarse era mandándole una joya de gran valor ; y luego haciéndole el regalo de un *chalet* ó de una propiedad, que ella encontraba no ser de su gusto, al poco tiempo, y la vendía cobrando el importe.

\*  
\* \*

Carlos d'Artal, era un joven ingeniero de unos veinticinco años, que acababa de hacer su carrera en Bélgica, tan inteligente que en el *Creuzot* le llamaban *el sucesor d'Eiffel*.

Era un gran matemático y un mecánico notabilísimo. Además escribía con claridad y elegancia, lo que hacía que las principales revistas

serias solicitaran sus estudios. Como figura era buen mozo, de aspecto varonil, y vestía con elegancia exenta por completo de toda afectación. Era un muchacho todo corazón. En cuanto ocurría algún siniestro, allí estaba él para dar todo su dinero y prestar su auxilio á las víctimas. Siempre era el abogado de los obreros, en sus justas reclamaciones. No tenía más vicio que el de comprar libros.

Sus diversiones eran ir á los estrenos de los teatros, á las exposiciones de pinturas, y á los conciertos clásicos. Algunas veces iba, como por distracción, á las corridas de caballos de Auteuil.

Ocupado en sus estudios técnicos, su corazón no había aún despertado el amor.

Un día de primavera, que fué con varios amigos, en un *breack*, á las carreras de caballos, vió llegar al *pesage* una dama elegantísima con vestido de blondas de Inglaterra color *crème*, guantes negros, que le cubrían hasta medio antebrazo, ancho sombrero lleno de plumas, negro también, como las medias de seda y los escarpines. Esta sabia combinación de varias notas de negro, con el color *crème* de las blondas, y del vestido hacían resaltar la blancura de su tez, y el oro de sus cabellos. Era Luisa de Folville. Carlos se quedó mirándola como hipnotizado.

Luisa, en cambio, ni siquiera reparó en él.

Los amigos de Carlos, que estaban atentos viendo pasar los caballos para ver cuál era el que ganaba, acabaron por notar que él estaba continuamente de pie en el *breack*, vuelto de cara á las tribunas. Tenía los ojos fijos en Luisa y no podía separarlos, como si un poder mágico le atrajera la mirada en tal dirección.

Al cabo de un rato vió que un amigo suyo que pasaba para subir á un asiento de gradería, saludaba á la baronesa, y que ella le contestaba afectuosamente.

En seguida que la campana tocó para pesar los caballos de una nueva carrera, á Carlos le faltó tiempo para saltar de su coche, pasar la valla que separa los carruajes de las graderías, é ir á encontrar á aquel amigo y preguntarle :

— ¿ Tienes amistad con esta señora que has saludado ?

— Es decir, amistad... — contestó el otro.. — amistad íntima, no ; pero frecuento su casa y asisto á sus recepciones...

— ¿ Podrías presentarme á ella ?

— Sí, eso puedo hacerlo sin dificultad alguna. Mira, ella recibe los miércoles : si quieres, este miércoles próximo ven á buscarme á las tres de la tarde y te presentaré. Pero te advierto, — añadió el amigo, — que si te propones conquis-

tarla, pierdes el tiempo, porque es mujer que sólo es asequible á los millonarios.

Carlos sólo le contestó: —« ¡Hasta el miércoles ! » y se volvió á su coche.

\*  
\* \*

Efectivamente, Carlos fué presentado á Luisa de Folville el día que se le había indicado, siendo recibido con gran amabilidad por ella, que le invitó á una de sus próximas fiestas.

Carlos no faltó, mandándole un colosal ramo de flores con su tarjeta. Ella estuvo amabilísima con él, le dió las gracias por sus flores, y en el intermedio del baile le pidió que le diera el brazo para conducirla al *buffet*. Carlos tomó esto por un indicio favorable, creyó que ella le daba pie para que se le declarara, y le pidió que le recibiera sola, un día que no fuera de visita.

Carlos estaba ya enamorado como un loco. Ella no dijo que sí ni que no. Contestóle que más tarde... que vería... que esto era muy comprometido.

Carlos no faltaba á su casa ninguno de los días de recepción. Luisa le recibía siempre muy amable, pero fría. Esa frialdad le volvía loco. Sus amigos le encontraban completamente cambiado. Siempre taciturno y de mal humor, él, antes tan expansivo. Es más, equivocaba los cálculos y tenía que revisárselos y corregírselos un compañero de estudio.

Tanto insistió en pedir á Luisa una cita, que por fin, un día al levantarse, su criado le entregó una carta perfumada, con las iniciales L y F, bajo una corona. « ¡ Es de ella ! » exclamó y la abrió trémulo de emoción. Ésta aumentó, al leer estas palabras :

« *Mañana viernes, á las 6 de la tarde le espero en casa.* »

Carlos estaba como loco de alegría. Aquella noche casi no durmió, y lo poco que durmió, fué soñando en ella.

Por fin, llegan las cinco y media, coge un coche y se dirige al hotel de Luisa. Ésta ya estaba aguardándole, y la puerta se abrió apenas él hubo bajado del coche. Un criado lo anunció, salió una camarera que le condujo al *boudoir* de la señora. Allí estaba ella reclinada en un diván, cubierto de ricos bordados del Renacimiento. Ella vestía una bata de brocado salmón, cubierta de blondas de oro viejo.

Carlos le cogió una mano que ella le abandonó, se la besó varias veces, y entrecortado por la emoción se echó á sus pies, exclamando :

— ¡ Os amo !

Luisa lo miró con mirada fría, se sonrió ligeramente y le dijo :

— Levántese usted y no se emocione. Si llego á saber que usted podía ponerse en este estado, no le hubiera recibido á solas. Tenga usted un poco más de dominio sobre sí mismo. Mire usted ; yo no amo ni he amado á nadie. Nadie aun ha podido conmover mi corazón. Mi corazón no se conmueve con declaraciones ardientes, ni con galanterías fáciles, ni con palabras dulces... no... no... no es eso. Si algo alguna vez puede moverme á amar á un hombre... ¡ sería el heroísmo ! Un hombre que por mí lo sacrificara todo, que luchara bravamente venciendo la suerte, dominándola, esclavizando la fortuna ; este hombre tal vez lograría que yo le amara. No se desespere usted, Carlos ; usted tiene mucho talento y puede muy bien comprenderme. Puede usted venir á mi casa siempre que usted quiera, los días de recepción ; como á mi palco, ó donde yo me halle, á saludarme como un buen amigo, pero no se forme usted ilusiones sobre mí, pues...

— ¡ Y si yo venciera la suerte y dominara

la fortuna ? — exclamó Carlos irguiéndose.

— Entonces... entonces... sería suya.

— Está bien, — dijo, y estampándole un beso en la mano, salió, haciendo una respetuosa reverencia.

\*  
\* \* \*

A los pocos días de esto, Carlos desaparecía de París habiéndose despedido de los directores del *Creuzot* á quienes había dicho que se marchaba á América con una colocación muy bien retribuida. En vano había sido el que le ofrecieran doblarle el sueldo ó asociarle á los beneficios de la casa ; él había contestado que estaba comprometido y que para retroceder, ya era tarde. Antes de partir dejó instalada á su madre, con la cual vivía, en casa de una tía suya, que vivía en el campo, entregándole todos sus ahorros, y prometiéndole volver pronto al terminar una construcción, cuya dirección le había sido encomendada en América.

Ninguno de sus amigos sabía dónde había ido. Unos decían que á Chicago, otros al Brasil,

otros á la Argentina ; en fin, todo eran conjeturas. Solo su madre sabía donde ce hallaba.

En tantó pasaron algunos años, Luisa perdió su príncipe ruso ; luego tuvo un bolsista con fortuna, el cual desapareció después de una liquidación ruinosa ; también acabó con la fortuna de un industrial célebre, y así fué siguiendo ; pero como ella era previsorá, á cada amante acumulaba una nueva suma á su capital ya respetable convertido en fincas urbanas.

Andando el tiempo se ajamonó, engordando demasiado. Ya no era aquella figura esbelta y escultural de otros tiempos. Para evitar la gordura, se sujetó á un régimen riguroso, á fin de enflaquecer, no comiendo más que una vez al día y tomando unas píldoras de un doctor sueco, que le ocasionaron una diarrea. A cada momento se pesaba en las básculas de los sitios de diversión. Había llegado á pesar 92 kilos y esto la desesperaba.

Al medio año de tratamiento, pesaba ya sólo 82 ; pero era aún demasiado. A medida que disminuía en carnes, iba haciéndose retocar los vestidos y apretando los corsés. Por fin, al cabo de año y medio, llegó á pesar sólo 76 kilos ; respiró : había conseguido su primitivo peso. Pero el espejo le reveló otro defecto. La carne había desaparecido, pero la piel le

venía grande y empezaba á colgarle debajo de la barba. Su cara empezaba á arrugarse. Entonces acudió á consultar con médicos célebres de todos los países. Estos le respondían :

— « Señora, coma usted bien ; carnes rojas, beba vino, haga ejercicio, hidroterapia... »

En esto, cogió un día una *influenza* muy fuerte que la puso á punto de morir. Cuando se levantó de la cama, al mirarse al espejo, se hizo horror á sí misma. Tenía el pelo medio blanco, y se le caía. Sus ojos habían perdido aquella antigua brillantez. Su tez ya no era tersa.

Lloró, se desesperó, hasta le pasó por la mente la idea de suicidarse. Pero, al fin, la consoló la siguiente reflexión. « Me iré á pasar el verano al campo, haciendo el tratamiento que los médicos me han prescrito, y luego existen tinturas para el cabello y postizos, y perfumistas que preparan pomadas y otros afeites buenos para restaurar el cutis, y con la ayuda de las modistas, aún brillaré, aún haré efecto... aún me amarán... » En esto, un recuerdo como una ráfaga luminosa, pasó por su mente. « Aquel pobre Carlos... que se marchó en busca de fortuna... ¿ Dónde estará ? ¿ Habrá muerto ? ¿ Qué cruel fui ! — se dijo. — ¿ Hace ya cerca de diez años ! ¿ Cómo pasa el tiempo ! » Y no volvió ya á acordarse del pobre ausente.

A principios del invierno de 1895, Luisa de Folville volvió del campo, más fuerte, y se disponía á una nueva campaña, con la ayuda de los modistos, de los perfumistas y de los peluqueros, cuando, una mañana, al entrarle su camarera el almuerzo, le entregó *Le Figaro* que ella leía todos los días después de haber almorzado.

De repente, dió un grito y su rostro se iluminó de alegría. Había leído lo siguiente : « El distinguido ingeniero Carlos d'Artal, después de diez años de ausencia, ha llegado á Burdeos, hospedándose en el *Hotel de France*, en cuya ciudad tiene un asunto que le retendrá unos días. Después regresará á París, donde le preparan una gran recepción sus antiguos amigos. Ha estado en el Centro América y especialmente en el Brasil, donde ha hecho construcciones maravillosas ; á lo que se dice, esto le ha valido, á más de un gran nombre, una fortuna portentosa ».

— « ¡ Él ! ¡ él ! — exclamó Luisa entusiasmada. — Ya ha vuelto, mi héroe, el que ha realizado por mí esa fortuna. ¡ Vuelve para cumplir su palabra y para que yo cumpla la mía ! ¡ No hay duda !... ¡ Voy á ser feliz ! »

Y por primera vez en su vida Luisa sintió el corazón que se le conmovía.

Le faltó tiempo para dirigirse á su *boudoir* y escribir á Carlos d'Artal, al Hotel de Francia en Burdeos.

« Mi querido Carlos : Sé que has llegado. Eres todo un hombre ; has cumplido tu palabra. Ahora me toca á mí cumplir la mía.

» Ven pronto, que te espera, tu LUISA. »

A los dos días, ella recibió una carta de Carlos anunciándole su llegada y su visita para el sábado, á las 7 de la noche. Acompañaba la carta un estuche con un precioso anillo de brillantes.

Luisa se volvía loca de placer. El día de la cita, se hizo peinar por su peluquero, habiéndose hecho teñir el pelo de rubio de oro. Se había hecho esmaltar la piel, se puso una bata de una riquísima tela oriental bordada con sedas y oro, dos cinturones de placas de filigrana y turquesas que con dos grandes broches la ceñían el cuerpo, y unas medias de seda granate obscuro. En el espejo había estudiado las posiciones más lánguidas y voluptuosas. Se había calzado con unas zapatillas diminutas, caladas y bordadas de oro viejo. Se había perfumado con los perfumes más suaves. Había encargado á Casa Bignon una comida especialísima. Toda la comida sería con *champagne* de las primeras marcas. Nada faltaba ; las ostras,

la *bisque d'ecrevisses*, etc. Todo estaba dispuesto para la seducción del héroe.

Cuando creyó que podía estar á punto de llegar, hizo que su *boudoir* estuviera á media luz, velando las lamparillas eléctricas con pantallas rosadas.

Por fin, sonó la campanilla, apareció la camarera y anunció :

— « ¡ El señor Don Carlos d'Artall ! » Y Carlos entró en el *boudoir* de Luisa. Estaba hermoso. Algo más moreno, con la barba más espesa, recortada en punta y el bigote levantado. Su mirada parecía dominante. Ya no era aquel muchacho tímido; era un hombre acostumbrado á luchar y á vencer.

Luisa se le abalanzó al cuello y le dió un beso. El se sentó tranquilamente en frente de ella.

— « ¡ No, aquí, á mi lado ! » le dijo ; pero él objetó que « luego ». En esto apareció un criado, de librea, anunciando que le mesa estaba puesta. Él se levantó, ofreció el brazo á Luisa y la acompañó al comedor.

La comida era espléndida, pero Carlos fué parco. Comió poco y bebió menos. En el comedor, las luces estaban también veladas por pantallas rosa.

Entonces ella invitó á Carlos á que le con-

tara sus aventuras, después de haberle dado mil y mil gracias por su espléndido regalo. Carlos le contó que había ido á Nueva York primero, luego á San Francisco de California, que allí había hecho algún dinero, pero que se lo habían robado. Que pasó á Méjico, luego al Brasil ; que había sufrido mucho, pero que en fin había logrado formar en la Argentina una gran Sociedad para las construcciones de hierro, y que habían realizado beneficios enormes, habiéndose venido con la liquidación de su parte. Al contarla sus contratiempos, le refirió la noticia de la muerte de su pobre madre, lo cual le afectó tanto de no haber podido recoger su último suspiro, que estuvo casi un año enfermo. Al decir esto, las lágrimas se le caían de los ojos.

Luisa se lo comía con la vista. Él estaba sumamente comedido. Al terminarse la comida, ella le dijo que la acompañara á su cuarto para tomar el café juntos en la intimidad más completa. Carlos le dió el brazo. Al llegar al cuarto de Luisa, cerca de una gran *chaise longue* había una mesita con el café y licores ; todo no lejos de la chimenea que caldeaba la estancia.

Como en el resto de la casa, la luz estaba amortiguada también por las pantallas rosadas.

Luisa se sentó en la *chaise longue*, invitando á Carlos para que se sentara á su lado. Antes,

Carlos apartó la pantalla de la lámpara eléctrica más próxima, y la luz dió de lleno sobre el rostro de Luisa, en el cual él fijó los ojos. Luisa dió un grito y exclamó :

— « ¡ Carlos, por Dios ! estoy nerviosa ; esa luz me hiere, pon la pantalla. »

Carlos obedeció y se sentó á su lado.

Después de haber tomado el café. Luisa se acercó más á Carlos y éste se retiró un poco.

— Pero... qué apocado eres... ¿ me tienes miedo ? — le dijo ella, reprendiéndole dulcemente.

— No, — contestóle él.

— Tutéame y abrázame, Carlos, Carlos mío. ¡ Soy toda tuya, tuya ; me entrego en cuerpo y alma ! — Y se dejó caer encima de los almohadones, en una posición voluptuosa.

Carlos permaneció impasible.

Entonces ella, no sabiendo á qué atribuir tanta cortedad, volvió á incorporarse y abalanzándose á él fué á abrazarle ; pero Carlos con el brazo la rechazó, retirando el cuerpo.

— ¡ Carlos ! ¿ por qué me rechazas ? — le preguntó ella inquieta.

Entonces él, irguiéndose, echando abajo la pantalla y tomando un aire imponente, le respondió :

— ¡ Porque eres vieja, y eres fea !

Y cogiendo el portier salió á la antesala, tomó su gabán de pieles y se marchó precipitadamente, mientras Luisa caía al suelo sin sentido.

\*  
\* \*

Al día siguiente, todos los periódicos *boulevardiers*, llevaban la siguiente noticia :

« *Ayer á media noche murió repentinamente, de la ruptura de una arteria, la Baronesa de Folville.*

*Créese que fué una profunda emoción lo que le causó la muerte. »*

## HISTORIA DRAMATICA

## QUE PARECE UN CUENTO

Voy á contaros una *historia triste* que hace tiempo me refirió un amigo mío.

Este amigo había sido rico, muy rico, y además era noble, hijo de una de las más ilustres familias de España. Estaba casado con mujer hermosa, rica y vanidosa al propio tiempo. Y como perdiera él la fortuna propia en pleitos, su mujer, que siempre había protestado de su amor cuando él era rico, le abandonó al volver de un sitio de aguas, en cuanto tuvo la noticia de que se había vuelto pobre.

Hablándome en París, un día que le invité á comer, de su pasada desgracia, de que se había querido suicidar, sin conseguirlo, pues se echó

por una ventana á la calle, y antes de llegar al suelo, tropezó con un farol y sólo se rompió un brazo ; de que, después de curado en el Hospital, encontró una buena alma que, viendo en él un joven instruído y un perfecto caballero, le procuró un medio honrado de ganar su subsistencia, colocándole como secretario del sobrecargo de uno de los STEAMERS que van de Amberes á América ; hablando, pues, de todo eso, y como yo me compadeciera de su pasada suerte.

— « Aún hay quien la ha tenido peor » — me dijo. Y me contó la siguiente historia :

Yendo él de empleado en dicho buque, tomó pasaje de primera en un camarote reservado, un inglés de unos 35 años de edad, alto, guapo y distinguido como un verdadero *gentleman*, pero taciturno como un misántropo. Cierta día, en alta mar, en medio de una tormenta espantosa, se encontraron solos con la tripulación sobre la cubierta del buque, mi amigo y el inglés, ambos desafiando la tempestad, no haciendo caso de los consejos del capitán que les rogaba que se retiraran á sus camarotes.

— ¿ Y qué nos importa la vida ? — le respondieron ambos.

El capitán, entonces, les mandó que se retirasen, si no los haría conducir por fuerza á sus alojamientos. Y no tuvieron más remedio que

bajar al *fumoir* del vapor. La respuesta espontánea de ambos les había hecho amigos.

— « ¿ Tan poco os importa la vida ? — preguntó el milord, á nuestro amigo. — « ¿ Considero la muerte como un bien ! He intentado una vez suicidarme, sin lograr más que aumentar mis padecimientos, » — le respondió éste. Y aquí le refirió su verdadera historia.

— « Ya me había parecido á mí, — le respondió el inglés, — que bajo vuestro humilde uniforme de simple funcionario administrativo de la *Compañía trasatlántica de Amberes*, se escondía un verdadero *gentleman*, pero ahora veo en vos más, un hermano de sufrimiento. Mi historia es tanto ó más triste que la vuestra, y os la voy á contar, — le dijo, — puesto que vos me habéis contado la vuestra.

» Yo soy hijo de lord F., de Escocia, y coronel en propiedad del 4º regimiento de *highlanders* que fué destinado á la India. Hace unos siete años me casé con lady P., una de las hijas de un banquero de la *City*, hermosa, instruída, inteligente, de la cual me enamoré como un loco perdido. Hemos vivido juntos dos años, amándonos como dos enamorados... sin tener hijos por fortuna. Tanto me quería mi esposa, que cuando fuí destinado á la India con mi regimiento, ella quiso acompañarme, sin atender á las refle-

xiones que le hice de los peligros que podía correr en aquel país malsano, y entonces, casi en continua revuelta. Todo fué inútil. Se embarcó conmigo, y llegados á Ceilán, quiso acompañarme en mis expediciones militares al interior de la Península indostánica. Esto, aunque me azaraba, por los peligros que podía correr, me entusiasmaba. El amor había convertido á mi mujer en una heroína legendaria. ¡ Yo era feliz !

» Pero llegó un día en que fuimos atacados por fuerzas indígenas muy superiores á las nuestras. La vanguardia se replegó, la caballería no podía maniobrar por lo accidentado del terreno. No llevábamos artillería. Y no me quedó más remedio, á mí, como jefe de la expedición, que el de hacer formar el cuadro.

» Tras una heroica defensa, una de las líneas vaciló, se rompió ésta, y yo me vi rodeado de mi escolta ya diezmada, en el centro, con mi mujer al lado. Entonces, pensé en morir dignamente, tal cual debe un verdadero *gentleman* de mi linaje. Cogí mi revólver, y dije á mi mujer, que estaba rezando con su biblia en la mano : » — Abrazémonos por la última vez en la vida. Cuando veas que caigo en el suelo atravesado por una bala, pide perdón á Dios, y pégate un tiro. No quiero que seas profanada

por esos salvajes y que te vendan en un mercado de carne humana para un harén. — Entonces ella, muy seria, me miró, y me dijo :

» ¿ A qué matarme ? ¡ Sea lo que Dios quiera !

» — ¿ No tienes valor ? pues te pagaré yo el tiro.

» — ¡ Ah, no, no ! repuso horrorizada. — Mi religión me impide el suicidio.

» Tiré el revólver al suelo, descorazonado. El alfanje indio que me hirió dos minutos después, no me hizo tanto daño como la respuesta de mi mujer en aquel momento. Cuando recobré el sentido, me encontré en un hospital de campaña, con la cabeza vendada, y rodeado de algunos amigos de mi regimiento, de otros oficiales ingleses y de dos enfermeros, y un médico mayor, que estaba en un ángulo de la estancia conversando con mi mujer. A lo que me contaron, el general Danner, había llegado á tiempo de derrotar á los indios, antes de que mis últimos bravos escoceses sucumbieran. Mi convalecencia fué larga. Duró dos meses. Mi mujer estaba en mi tienda todo el tiempo, pero yo hubiera preferido no verla.

» Un día, al cabo de unos tres meses, le dije á mi esposa que tenía que ir á Londres para ver á un amigo que había llegado de Australia. Y

con un maletín de mano, me fuí, llegué, me embarqué para el continente, mudando de nombre, y no he vuelto más. Desde Londres dirigí un pliego á mi notario con mi testamento, dejándolo todo : mis fincas, mis casas, mis caballos, á los pocos sobrevivientes de mi escolta.

» En mi maleta me llevé mis títulos al portador, que negocié en París, convirtiéndolos en billetes de Banco. He viajado por todo el continente europeo, y ahora... ahora me voy á América... al azar... »

— ¿ Y ha olvidado usted ya á la ingrata ? — preguntó mi amigo.

— No, y esta es mi pena : no puedo vivir con ella, porque la detesto por su cobardía bíblica, y no puedo vivir sin ella ; la vida sin amor me parece un día sin sol, es decir, una noche oscura. »

Mi amigo y el lord, habían quedado tan íntimos que parecían dos hermanos. Una tarde, al ponerse el sol, mi amigo observó desde la *caseta* en que estaba escribiendo con el sobrecargo, que el escocés se paseaba á proa por encima del bordillo de la barandilla, como haciendo equilibrios. Nuestro amigo, no pudo contenerse y, levantándose, salió á cubierta y le gritó :

— « ¡ Cuidado, que se va usted á caer al agua ! »

— « ¿ Y qué ? — le respondió. — A mí me gusta el peligro. »

Pero, á los ruegos de mi amigo, bajó.

Al anochecer, cuando ya todo el mundo estaba retirándose, se oyeron gritos de « ¡ Hombre al agua ! »

Y en seguida se paró el buque, pero por más que se hizo, nada se pudo encontrar.

Era el escocés, que había desaparecido, desplomándose desde el bordillo de proa.

¿ Se habría suicidado ?...

Al siguiente día, el capitán del buque llamó á mi amigo y le enseñó una carta que había encontrado en el camarote del lord. Esta decía así :

« Instituyo heredero de todo lo que me queda y está contenido en mi maleta, á mi buen amigo don T. A. Además, le lego mis sortijas, mi reloj y mi cadena, que están en el cajón de la mesa de noche. »

El capitán, en presencia de los testigos de costumbre, entregó lo dicho á mi amigo, con la llave del mundo, que estaba dentro de la carta. Al abrirlo, éste se encontró encima de la ropa un paquete con un letrero que decía, REMEMBER. Dentro había diez mil libras esterlinas en billetes del Banco de Londres y un precioso retrato, vestido de mayor de higlanders. Mi

amigo, desde aquel día, no se separa ni un momento del retrato de aquel lord generoso, al que debe la subsistencia.

Y lo que he contado es absolutamente verdad; la verdad pura. No he hecho más que omitir los nombres y arreglar los diálogos.

## VII

## UN CUENTO

## QUE RESULTA UNA HISTORIA

**E**N uno de los pueblos de la costa de Levante había ido á instalarse por algún tiempo un joven ingeniero encargado de la construcción de un puente sobre una ría que desembocaba al mar.

El pueblo estaba, por su posición topográfica, como dividido en dos mitades.

La parte alta que se apoyaba en la vertiente de una montaña en la que habitaban los campesinos, obreros, comerciantes, algunas familias nobles, etc., y la parte baja la formaban las casas de la gente de mar y de todas aquellas personas dedicadas á oficios ú ocupa-

ciones relativos á la nevagación y á la pesca.

A ambos lados de la parte baja de la población y casi tocando á la costa, había unos pinares frondosos, en los cuales habían construído preciosas quintas los potentados de la gran ciudad más próxima.

Comunicábase la parte alta con la parte baja de la población por un sendero cerca del cual había un santuario de la Virgen del Camino, como le llamaban los marineros de la parroquia.

En una de las quintas antes indicadas pasaba los veranos una señora viuda, de gran fortuna y de mucha más discreción y hermosura.

El joven ingeniero, que á lo que se decía la había conocido en una de las primeras casas de la ciudad próxima, la visitaba, y á fuerza de trato, vino el cariño y por fin contrajeron relaciones amorosas. Obstáculos de familia impedían á la viuda el casarse por el momento, y nuestro ingeniero estaba loco por ella, y, lo que es más, ella por él sentía una pasión análoga. Un día él la pidió una cita, en sitio y hora en que no pudieran ser vistos. Y ella, después de mucho resistir, se la otorgó bajo palabra de honor, que ni viéndose amenazado de muerte se lo revelaría á nadie.

— A esta condición, — le dijo, — mañana á las diez de la noche os esperaré en el jardín de mi casa. La verja estará entornada y podréis entrar. Pero disfrazaos para que no os conozcan, y, sobre todo, evitad el ser visto, entrando por la espesura del pinar contiguo.

Al día siguiente el enamorado ejecutó el plan al pie de la letra. Púsose la blusa de uno de sus obreros, calzó alpargatas para amortiguar el ruido de sus pasos, y embozóse en una manta que cogió al mozo de su oficina. Y como eran ya los últimos días de septiembre y soplaban un aire bastante húmedo, embozóse en la manta y calóse un gorro hasta los ojos, quedando transformada en un obrero de la brigada.

Y así que dió la media para las diez salió de su casa con cautela para no ser visto de nadie, y dando un rodeo á la población alta, en la cual vivía, se dirigió á la quinta de su amada tomando el camino que conduce al puerto, dejándolo para entrar en el pinar en cuanto estuvo cerca. Efectivamente, ella lo esperaba detrás de la verja, la cual empujó él echándose en los brazos de su amiga.

\*  
\* \*

Un poco antes de las tres de la madrugada el feliz amante salía de la quinta de la hermosa viuda despidiéndole ella con tres abrazos antes de cerrar la verja.

El cielo estaba encapotado: soplaba un viento de lluvia atroz. El ingeniero se embozó en su manta, y echó á andar más que de prisa. Poco antes de llegar á la *Virgen del Camino* descargó un aguacero, y él apretó el paso para guarecerse debajo del pórtico. Al poco rato de estar allí pasó el chubasco, y antes de volver á emprender el camino de su casa registróse los bolsillos para ver si llevaba fósforos ó se los había olvidado. Por fin, los encontró en la faltriquera del pantalón y echó á andar. Al volver á coger el camino llano le pareció como si metiese los pies en un charco, pero siguió adelante á pesar de que sus pies se hundían en el barro. Llegado que fué á su casa, subió por la escalera interior que conducía al segundo piso, sin pasar por el primero en que estaba situada la oficina, y dormían dos delineantes en un cuartito anejo. Al entrar en su cuarto tiró la

manta sobre una silla, encendió una vela, quitóse el traje que depositó sobre otra silla, y metiéndose en su alcoba, se acostó durmiéndose al poco rato.

\*  
\* \*

A las ocho de la mañana el mozo de la oficina golpeaba la puerta del cuarto del ingeniero.

— ¿Qué hay? — gritó éste despertándose.

— Abra usted, que viene la guardia civil acompañando al señor juez para prenderle.

A nuestro ingeniero se le figuraba estar soñando.

— ¡Abra usted en nombre de la ley! — gritóle el juez, y al mismo tiempo los guardias civiles golpearon la puerta con las culatas de sus carabinas.

Ya no le cabía duda, aquello era la realidad; y poniéndose aprisa unos pantalones y unas zapatillas, abrió los postigos de una ventana para que entrara la luz, y luego abrió de par en par la puerta del cuarto.

Los guardias, acompañando al juez y al escribiente del juzgado, entraron en la estancia.

— ¡Dése usted preso! — le gritaron, y él se entregó sin la menor resistencia, pues estaba

seguro de no haber cometido ningún crimen.

— ¿Pero de qué se me acusa? — dijo una vez estuvo ya entre los guardias.

— De haber asesinado esta noche pasada á don Salustio Requena, hermano del señor alcalde — respondióle el Juez.

— ¡Yo! — repuso admirado.

— Sí, señor, — contestóle el cabo de la guardia civil. — Esta mañana le hemos encontrado cadáver en el camino cerca del santuario, con un puñal clavado en el corazón, hecho con una lima de las que usan sus obreros de usted, los que están construyendo el puente. Y un reguero de sangre y las pisadas conducían hasta esta casa, y aun están marcadas en la escalera hasta esta puerta ¡ Oh! y continúan aquí dentro, — añadió señalando el suelo.

En esto, el escribiente, que no hacía más que mirar por todos lados, exclamó:

— Vea usted, señor juez, aquí en esta silla hay una manta cuyo fleco está manchado de sangre. Y allá veo unas alpargatas todas llenas, y una blusa... y una gorra.

El juez mandó recoger todas aquellas prendas, y preguntó al ingeniero que estaba como loco:

— ¿Estas prendas son de usted?

El infeliz balbuceó una palabra ininteligible.

— Supongo que no son de usted, pues un caballero no lleva manta, ni blusa, ni alpargatas; pero usted las habrá tomado á un obrero la noche pasada para disfrazarse.

— ¡Sí, señor! — murmuró el pobre más muerto que vivo.

Y el juez dió orden al escribiente de ir apuntando.

Luego le presentó un sobre de carta con su nombre, diciéndole:

— Esto, que se le caería á usted, se ha encontrado junto al cadáver. De modo, que todo prueba que usted es el asesino, tanto más cuando que se sabe que ustedes se tenían un odio profundo, pues usted capitaneó los republicanos en las pasadas elecciones, y él era el jefe del partido conservador de la comarca.

— Pero si yo no he muerto á nadie, señor juez... yo...

— Diga usted ¿ De dónde venía por el camino del mar á las tres de la madrugada embozado en esta manta? Hay quien le vió á usted á la luz de un relámpago no lejos del santuario, al pie del cual se halla el cadáver.

El ingeniero palideció. Se acordó del juramento que había hecho á su amada de no revelar á nadie que aquella noche había estado con ella, y no contestó.

— Es claro, — dijo el juez haciendo instruir la sumaria, — como que usted le esperó en aquel sitio por donde él había de pasar á las dos, al salir del café del puerto.

Y sin querer saber más por el momento, y permitiéndole solo que acabara de vestirse, ordenó á la guardia civil que, atado codo con codo, lo llevara á la cárcel del pueblo.

Lo que había pasado era lo siguiente :

Don Salustio Requena, era el cacique de la comarca, uno de los hombres más malos que se conocían. Al que no se doblegaba á su voluntad lo maltrataba, le pegaba con un látigo que siempre llevaba para ir por el campo, y si el otro intentaba resistírsele, le hacía prender y formar causa. Un día dió un fuerte latigazo en la cara á un individuo expresidario que tenía fama de cobrar el barato en el café del puerto. Y además hizo que lo despacharan. Este se calló, se fué á pedir trabajo al puente ; y nuestro ingeniero, que colocaba á todo el mundo, hizo que lo emplearan como mozo en los talleres ; y éste fué el que afilando una lima, la convirtió en un puñal, y al cabo de unos meses, cuando el otro volvía por la noche del café del puerto, se fué á esperarlo cerca del santuario, y de una sola puñalada en el corazón lo dejó seco.

Al poco pasó por allí nuestro ingeniero, se

detuvo á causa de la lluvia, volvió á emprender el camino, y metió los pies en el charco de la sangre del cacique que al morir se había desangrado. Se le cayó el sobre de una carta al buscar los fósforos, se le marcaron las pisadas, etc., etc. y de aquí el que se le prendiese como asesino.

De la cárcel del pueblo, pasó á la de la capital, y allí pidió nombrar defensor, eligiendo un íntimo amigo suyo abogado, joven de gran ingenio. Pero todas las apariencias le condenaban, y á pesar de que el abogado creyó á su amigo inocente bajo palabra de honor, pues no quiso contarle de dónde venía aquella noche, éste no podía hacer una defensa brillante, sin datos ni pruebas.

El fiscal pedía pena de muerte. El presidente de la sala, contestó al defensor que le interrogó privadamente, que creía la cosa perdida.

Pero un día, al anochecer, estando en su despacho, el abogado recibió la visita de una señora. Era la viuda. Sabiendo lo que le pasaba á su amante, y que iban á condenarlo á muerte, se presentaba para salvarlo.

Empezó por declararle lo que su amigo no había hecho, por cumplir el juramento. A más, ella se había informado por medio de un criado suyo de la gente que faltaba del pueblo desde la prisión del ingeniero.

Efectivamente, al día siguiente había huído en una barca de las que se sospechaban que hacían el contrabando, el que había cobrado el barato en el café del puerto. Y ella había averiguado por el patrón del mismo buque que se había hecho conducir á Argel. Y no sabía más, pero no le cabía duda alguna, dados los antecedentes de aquel hombre, que aquél era el asesino.

Nuestro abogado reflexionó, meditó, y por fin se le ocurrió, ante todo, pedir una revisión del proceso, para ganar tiempo, y luego trasladarse á Argel para ver si hallaba al asesino.

— No. ¡ Usted quédese aquí aguardando para impedir que se falle la causa antes de tener la prueba plena, y la que va á Argel soy yo !

— ¿ Usted, señora ?

— ¡ Sí ! Yo, acompañada de criados fieles y valientes, y de todo el dinero necesario, y fletaré una embarcación para traerme al culpable.

— ¿ Pero usted podrá ?...

— ¡ Sí, podré ! Tratándose de salvar al hombre á quien adoro, yo he de traer al culpable al tribunal, atado, aunque se esconda debajo de la tierra.

Y así fué.

\*  
\* \*  
\*

Apenas habían transcurrido veinte días, fondeaba una embarcación procedente de Argel en el puerto de la gran ciudad, y era llamado el abogado á bordo. Al entrar en el bergantín vió á la dama sobre la cubierta del buque que le esperaba.

— ¡ Ya le traigo á usted el asesino ! — exclamó al verle. — Está abajo, amarrado á la barra.

Y añadió :

— Ahora vaya usted á avisar para que la guardia civil venga á buscarlo y lo trasladen á la cárcel, y luego iremos á ver al presidente del tribunal, y yo le contaré dónde pasó la noche el ingeniero mientras se cometía el crimen. Y luego, que liberten á mi amigo, pues quiero casarme con él.

— Y cómo ha capturado usted á ese pillastre ?

— Pues, desembarcando en Argel con mis criados, que averiguaron su paradero. Allí hacía de *crupier* en un cafetucho. Ellos, disfrazados de marineros, fueron á jugar, se dejaron ganar,

se hicieron amigos, y al cabo de unos días le invitaron á bordo á comer un arroz y á tallar una banca, y él cayó en el garlito. En el vino que él bebió había un narcótico, una vez atontado se le ató, se le puso en la barra, y aquí se lo traigo á usted como prueba.

— ¿Y usted dirigió toda esa maniobra ?

— Sí, yo misma.

\*  
\* \*

A los pocos días salía en libertad el ingeniero y se casaba con su hermosa libertadora.

Y esto que parece un cuento, es una historia real y verdadera. Y es que la realidad supera á todo lo que pueda concebir la fantasía.

## VIII

### EL ADIOS DE LA CONDESA

#### HISTORIA TELEPATICA

**H**abitaba el castillo de Montsol, en los Pirineos Orientales, una Condesa del mismo nombre. Era una mujer de unos 28 años, tan hermosa como inteligente. Habiendo contraído matrimonio con un noble, del cual ella estaba enamorada, vióse obligada á divorciarse, porque su marido no sólo la había malgastado la hacienda en el juego y con las queridas, sino que una vez que ella resistióse á firmarle los pagarés que él le presentaba, la amenazó de muerte, llegando al extremo de levantarle la mano y de querer arrastrala por los cabellos. Afortunadamente se hallaba cerca Gastón d'Ademar, su médico, que impidió acción tan villana, acudiendo y echando en cara al infiel consorte su conducta indigna de un caballero. El

esposo herido en lo más vivo de su orgullo, desafió al d'Ademar, y éste, una vez en el terreno, desarmó á su contrario, perdonándole la vida y sí sólo marcándole la faz con un rasguño, como recuerdo de su felonía.

Como el acontecimiento pasó en París, toda la *high-life* se enteró del asunto, y de aquí el divorcio de Ana con su marido y el que viviera retirada en el Pirineo.

Gastón d'Ademar era un joven doctor en medicina, de una gran inteligencia y de conocimientos vastísimos. Hijo de una buena familia de Provenza, había recibido una educación esmeradísima, que él había procurado aumentar con sus constantes estudios científicos y literarios. Gracias á una recomendación de un tío suyo, el Barón des Essards, había sido recibido en casa de la Condesa Ana de Montsol, la cual tomóle por médico.

Tan instruído y tan simpático era el joven doctor d'Ademar, que pronto llegó á ser el consejero, el amigo íntimo de Ana. Para ella vino á ser como un hermano, y ella como á tal le quería, pues que no podía quererle de otra manera estando, como estaba, enamorada de su marido.

Pero en este género de cariño, casto, desinteresado, llegaba al límite. Le recibía como á mé-

dico en la mayor intimidad y no tenía para él secreto alguno.

En, tanto nuestro buen doctor se había enamorado de la Condesa como un loco, pero nada le había dicho para no ofenderla.

Un día que en París estaban hablando íntimamente, ella le dijo :

— Creed, Gastón, que vos sois el mejor amigo que tengo en este mundo, y que mi amistad es tan grande para con vos, como mi agradecimiento ; tanto que si un día yo muriese, sin que vos estuviérais á mi lado, mi último pensamiento sería para vos. Y si en nosotros hay algo que trasmigra ó se irradia, ese algo vendría á deciros ; adiós ! allí donde os encontráseis.

— No hablemos de cosas tristes — le respondió Gastón.

Y dándole un beso en la mano añadió :

— Pero de todos modos, mil gracias, mi buena amiga, por vuestro cariño.

\*  
\* \*

Pasaron unos años, y la Condesa, como hemos dicho, se había retirado á su castillo del Pirineo.

Gastón d'Ademar llamaba la atención en París por su talento. Era redactor de una de las primeras revistas científicas, y publicaba de cuando en cuando algún libro, muy apreciado por los inteligentes. Como era joven, gallardo y elegante, frecuentaba los altos círculos, y no había fiesta en el gran mundo á la cual no asistiera. Hasta se murmuraba sobre si tenía gran fortuna con las damas de la aristocracia.

Habitaba un entresuelo en la Plaza de la Opera y tenía por ayudante y secretario, un joven estudiante de medicina, al cual él dictaba sus escritos.

Una noche de Carnaval, en que París se entregaba al festín y al baile, él quedóse en casa para concluir un trabajo científico que debía presentar á la Sociedad de Antropología. Así, después de cenar con su secretario, se encerraron ambos en el gabinete de estudio. Era éste una estancia amueblada con tapices antiguos, *bibelots* y cuadros, con una gran librería, y una ancha mesa de trabajo, estancia que comunicaba con las habitaciones por medio de otra más reducida, en cuyo fondo había una arquilla, un tapiz con un escudo cardenalicio y un gran sillón de cuero de Venecia. Por eso la llamaban el *cuarto del Cardenal*. Levantando el tapiz se pasaba al comedor y á los cuartos de dormir.

El doctor, sentado enfrente de la gran mesa y revolviendo sus apuntes, dictaba á su amigo, el cual estaba completamente penetrado de su idea. Al cabo de cinco horas y media de esta tensión de espíritu y en el más profundo silencio, á la sola luz de un quinqué con una pantalla que la proyectaba únicamente sobre la mesa, á Gastón le pareció como si una blanca ráfaga luminosa pasara por su izquierda viniendo de la puerta y dando una vuelta hacia el punto de comunicación con las habitaciones. Al mismo tiempo su secretario dió un grito y soltó la pluma. Un momento estuvieron ambos sin hablar hasta que por fin el secretario le dijo :

— Si tenía usted una cita con alguna dama, para la salida de los bailes, podía usted haberme dicho, y yo me hubiera retirado antes.

— Pero ¿ de qué dama habla usted ? Si aquí no ha entrado nadie, ni yo tenía cita dada ni...

— Vamos, no lo niegue usted ; si acaba de pasar una señora vestida de baile, aprisa, muy aprisa, y ha entrado por aquella puerta — y señaló la que daba á la escalera, — y se ha metido allí en el *cuarto del Cardenal*, que ahora ya debe de estar en la habitación de usted.

— Efectivamente, — le dijo d'Ademar — he vislumbrado como si algo blanco se deslizara por este lado, — y señaló hacia la izquierda. —

Pero como yo no he dado cita á nadie... vamos á ver.

Y se levantó, se fué á la puerta que comunicaba con la escalera, describió el portier y vió el cerrojo tirado y la llave puesta en la cerradura.

— ¡ Ve usted ! exclamo dirigiéndose á su secretario. — Está cerrado y la llave dentro. Así por aquí no ha entrado nadie. ¡ Nada, una ilusión !

— ¡ Sí, ilusión ! — repuso el otro dudando. — Es que habrá cerrado por dentro dejándose la llave en la cerradura. Vea usted allí en el *cuarto del Cardenal*. Yo bien la he visto entrar, y que era una gran señora vestida toda de raso blanco y blondas.

Gastón cogió una palmatoria, la encendió, tiró de una pistola de arzón que había en una panoplia, y dando la luz á su secretario le dijo :

— Sígame y alumbre !

El otro temblaba como un azogado.

— Ya iré, yo solo — dijo el doctor con ánimo firme.

Y tomó la luz con la izquierda y la pistola amartillada con la derecha y se precipitó al *cuarto del Cardenal*.

Nada. Todo estaba igual, y no había nadie.

— ¿ Ve usted ? — le dijo al otro, que asomaba

la cabeza tembloroso, detrás de él — ¡ Nadie !

— ¡ Oh ! replicó éste, — es que debe de haber levantado el tapiz y ahora estará en el cuarto de usted.

Gastón levantó el tapiz, pasó al comedor, lo registró ; registró su cuarto, y á nadie halló.

— ¿ Mire usted ? — le dijo á su tímido secretario, volviendo atrás — avance, y venga ahora á ver ; cerciórese por sus propios ojos. Aquí no ha entrado mujer ni hombre alguno.

Y revisó también el cuarto de su amigo, levantando hasta la manta de la cama.

— ¡ Ve usted ! Ha sido una alucinación producida por el trabajo nocturno. ¡ Ea ! vámonos á la cama. Y volviendo al estudio, apagó el quinqué y se dirigió á su cuarto seguido del secretario, que aún temblaba.

— Vamos, retírese usted. Buenas noches y hasta mañana.

— ¡ Quisiera pedirle... que... que... que me dejara dormir en su cuarto de usted, en el sofá !

— Bueno. Traígase usted las sábanas y almohadas y hágase usted la cama aquí.

Y, efectivamente, ambos se acostaron en el mismo cuarto, encerrándose por dentro y despertándose al día siguiente al medio día, cuando el criado, les llamó para el almuerzo.

— ¿ Cree usted ahora que todo fué una ilu-

sión? — le decía Gastón á su amigo. Y ambos se rieron del miedo de la noche pasada.

\*  
\* \*

Al día siguiente á la hora de comer, y al ir á sentarse á la mesa, el criado entró el correo de provincias. Entre otras había una carta de luto. Gastón rompió el sobre y leyó :

« Castillo de Montsol. — Mi distinguido señor : Esta madrugada, á eso de las 4-30, la señora Condesa Ana ha fallecido repentinamente en su habitación, al retirarse de una fiesta que se daba en el castillo. Mañana será depositada en el mausoleo de la capilla ; Rogad por ella !

El intendente.

Celestino. »

Gastón emocionado, se fué al estudio al tiempo que su secretario le decía :

— El reloj está parado desde ayer, á las cuatro y media de la madrugada.

## IX

### LA CORONADA VILLA TENTACULAR

#### PESADILLA APOCALIPTICA

**Y**o sueño muy á menudo : tanto, que hasta hay quien dice que á veces sueño despierto. Y ayer soñé.

Soñé cosas terribles que eran una verdadera pesadilla.

Soñé que me hallaba en una villa grande, y que esta villa era coronada y tentacular, como si fuera un pulpo, estando situada en una elevada meseta. Rodeábanla estepas y terrenos yermos y breñas, y desde allí tendía sus largos tentáculos para chupar el jugo vital á las fértiles comarcas de las riberas de dos mares : el mar grande y el mar latino.

Esta villa que antes era solitario castillo, había

ido creciendo y prosperando á la sombra de una corona, con la poderosa ayuda de sus tentáculos chupadores.

En ella había Rey ó Reina. Estos reinaban, mas no gobernaban, según la fórmula dictada por algunos leguleyos ; mas no faltaba quien mandara desde allí en su nombre.

Los hombres que allí imperaban y bullían llegaban de todas partes, y eran duros y vacíos y sonaban á falso, cual cacharros resquebrajados. Y tenían las uñas largas y las ideas cortas, cuando tenían alguna. Sus almas eran lacias, sus pechos estrechos, sus corazones helados, y sus palabras dulces y empalagosas como arroyo rancio. Muchos de ellos tenían una diarrea de palabras producida por la poca retentiva de su intelecto.

En los sitios más elevados sentaba allí á los muertos, y les prodigaban el incienso, y casi todos aplaudían y empujaban á los acróbatas para que alcanzaran las alturas. Los Fenicios, llegados de los grandes puertos de mar con la ayuda de los saltimbanquis que ya habían subido, acuñaban moneda con la cual les pagaban.

Los grandes pensamientos ardientes eran allí ahogados, ó los chafaban echándolos encima plomo helado.

Los fuertes en ese centro se asfixiaban, cuando no huían, ó no querían ir.

Las conciencias eran sucias estropajos de mesón, las inteligencias, muelles y vacías como tripas horadadas, las aprovechaban allí donde imprimían, y con miajas de serrín de ingenio, con ello hacían diarios. Y de esta pasta que ni para hacer bacines hubiera sido buena, salían diputados y ministros y gobernantes de todos los matices.

El vapor de los espíritus abatidos y el sudor de los parias alimentaba y conservaba á los grandes del Poder y de los Fortuna.

Todos los grandes sentimientos eran castigados ó desaparecían. Sólo los sentimientos mezquinos vivían allí á sueldo ; y las pequeñas virtudes eran hábiles y tenían ocupación lucrativa.

Todo era falso, hasta el oro de la palabra, que allí era latón puro.

La alegría era allí falta de seso y no expansión de plenitud de vida.

Todo se hacía mediante fórmulas. Había recetas para ser bueno, para ser sabio, para resolver la cuestión social, para hacer la felicidad de la patria, etcétera, etc.

Veíase mucha piedad beata y mucha concupiscencia devota. El Dios crucificado rei-

naba sobre todas las bajezas. Al pie del Calvario se arrastraban serpientes, sapos, lagartos y víboras.

Los ricos pedían limosna en coche. Muchos judíos iban á misa después de haber cobrado el ciento por ciento de sus usuras. Y eran saludados respetuosamente de todo el mundo, y á veces, se les concedían títulos de nobleza, como á los Fenicios que llegaban de los grandes puertos, para acatar á los que estaban sentados en las alturas.

A muchos que por la mañana salían enhiestos y bizarros de la sombra del árbol de la Libertad, marchando á grandes pasos hacia las alturas del conocimiento, se les veía por la tarde deshaciendo lo andado, encorvándose hasta arrastrarse á los pies de una cruz y de un trono, tras de los cuales se divisaba un pan.

Para ser alguien, uno debía de agruparse á otros é ingresar en unas partidas que llamaban partidos. Solo existían rebaños mandados por lobos, ó por pastores sin cabeza.

En esta villa, á pesar de sentirse el bochorno, su ambiente era de hielo, aun en pleno estío. El verano jamás llegaba allí al alma.

Los del pueblo, cuando eran buenos, resultaban vegetativos, uniformes y pequeños, y cuando no, eran acres, corrompidos y descom-

puestos. La crueldad y la sangre eran su única voluptuosidad posible; y lo que condenaba á ese pueblo no eran sus pecados sino su resignación, la satisfacción de su bajeza crónica, el aceptar la nulidad presente como irremediable y aun á veces como superior, y defenderla con énfasis imperial. Eran un híbrido de planta y de espectro. Valientes materiales lo eran todos; cobardes en ideas la mayoría. Los convicciones de adelanto, las escondían como si fueran crímenes.

Algunos para lucirse se vestían de hermafrodita. Eran imitadores; desconocían el amor grandioso, la sublevación heroica, la creación genial. Todo era chico allí, incluso la Crítica y el Teatro: — « *Nadie sabe nada. Nadie puede nada. Nadie vale nada. Todo es igual* ». — Hé aquí el Evangelio de su escepticismo. La virtud era miedo al presidio ó impotencia para el vicio.

A muchos de los que sobresalían, su propia cara les servía de careta. Otros iban disfrazados todo el año.

Y vi pasar unos sacos de palabras, henchidos de letras muertas, á los que todo el mundo saludaba con gran respeto. Otros venían que eran reapariciones muertas del pasado é iban envueltos en textos cuyo sentido se había

ya evaporado cual flores secas que han perdido su perfume. Así desfilaron á mis ojos una caterva de sabios de aquella metrópoli, tiesos y serios como grandes asnos.

Otros aún, comparecían, cubiertos con anchas y hermosas capas, símbolos de poder ó de nobleza, pero esas capas cubrían sólo repugnantes momias de las que se escapaba un espíritu muerto de conciencia negra ó un humo espeso de ignorancia crasa. Y gritaban detrás unos pigmeos : « Somos los mejores, los reales, los positivos. » Y solo eran pequeños, bajos, y parados.

A esta procesión seguía una multitud con el rostro pálido, exangüe, sin expresión, que cantaba pateando epilépticamente, haciendo contorsiones y dibujando con las manos figuras en el aire ; mientras entonaba al son de unas guitarras un canto plañidero, triste, como el de los Nazarenos en Viernes Santo, ó el de los *candalas* de la India. Y no comían ; bebían solamente, y de vez en cuando, se daban de puñaladas, ó pegaban á las mujeres.

¡ Que horror ! ¡ Me asfixiaba ! Quería huír, volar en plena Naturaleza ! Un hedor de cementerio me atrofiaba los sentidos... ¡ Oh, qué angustia !

Y como una nube se deslizó, borrándolo

todo, una oleada de gente que perseguía no sé qué. Eran hombres enjutos de carnes, demacrados, hambrientos, mal vestidos, con levitas que fueron negras un tiempo, con sombreros de copa que ya amarilleaban : — « ¡ Queremos la actividad ! » — clamaban ; pero no era la actividad creadora, lo que pedían, sino la de algún empleo que habían tenido.

Y aquella turba pasó á empellones, atropellándose, dejando como rastro sólo algunos harapos y algunas papeletas de empeño.

\* \* \*

Y á esta visión sucedió otra que me llenó el alma de espanto y la mente de tristes meditaciones.

Vi un monstruo gigantesco tendido en el suelo, de terrorífico aspecto, obscuro como la noche, de frente estrecha, cara estúpida é indolente y mirada codiciosa.

Y creí divisar sobre él unas palabras escritas en caracteres que me parecieron originarios de la Arabia y que no pude leer. Su cuerpo estaba tendido en el alto llano, pero tenía apo-

yados los pies en el sur del territorio y la cabeza ocupaba un lugar frente á una puerta que impedía que el sol llegase. Hé aquí por qué era tan obscuro el monstruo.

Tenía las orejas largas y colgantes como para escuchar los rumores que de abajo subieran, y extendía sus brazos como para rodear y constreñir á una figura de hombre fornido que aun no sé si tenía alma.

Este hombre estaba de pie con la cabeza caída, como hipnotizado por el repugnante monstruo. Y este hombre estaba maniatado con cadenas que le dejaban sólo libre la acción necesaria para las funciones indispensables. Estaba inmóvil, con los brazos caídos.

Todo en él tendía hacia la tierra. Y á pesar de ser bien musculada esta figura, estaba sujeta, más por la fascinación del monstruo que por las pesadas cadenas que la ataban.

Si hubiese querido, podía romperlas y huir por la parte de Levante, única que estaba aun algo libre, y con aquellas mismas cadenas podía hasta atar al monstruo... pero no se movía.

— ¿ Qué ? ¿ Estás muerto ? — le grité.

Y no me respondió.

— ¿ Qué es lo que haces ahí plantado ? ; Sé cual San Jorge ; mata la fiera !

Por toda respuesta me miró como enojado

de que le propusiera un imposible. Gruñó el monstruo con áspero lenguaje y me clavó sus ojos téticos.

Y desvaneciése esta visión. Entonces se me presentó un mercado donde se vendía todo, hasta la justicia y la conciencia. Y yo exclamé :  
— ¡ Rayos y truenos ! ¿ Dónde está la tempestad tremenda, evocada por un nuevo profeta, que venga á purificar esta atmósfera ?

Y dicho ésto sentí una gran pena... y me desperté. Mas lo peor de todo fué que al despertar de tan terrible pesadilla, pude observar después, que todo aquello era verdad, ¡ la verdad pura !

IX

EL SUENO DEL DIABLO

FANTASÍA FILOSÓFICA

ÉRASE una noche tempestuosa del mes de Marzo. El estado del tiempo convidaba á quedarse en casa y determiné no moverme de la mía. Encerréme en mi estudio para investigar algunos puntos de los libros primitivos de los pueblos del antiguo Oriente, y en especial aquellas de sus teogonías que se relacionan más directamente con la idea del Mal y sus personificaciones. Estaba escribiendo la segunda parte de mi libro : *La Muerte y el Diablo*, y todos los datos que pudieran referirse á la idea que del Mal habían tenido los pueblos antiguos me interesaba en gran manera.

¿ De qué provendrá el Mal? — decíame yo profundamente preocupado, después de haber leído el origen que le señalan *El libro de Enoch*, el de *La sabiduría* y los principales textos de los Padres de la Iglesia. Nadie admite hoy lo de que el alma sea un espíritu caído por haberse separado de Dios, al querer tener individualidad propia, bajando hasta encerrarse en un cuerpo de vil materia que el propio Dios le opuso, compasivo, para que no se perdiera en el vacío del infinito, y así tuviera tiempo para purgar su culpa y volver á Él. Esta definición de los Padres alejandrinos no pasa de ser un puro juego de imaginación. El origen que al mal señalan ciertas teogonías orientales haciéndole derivar de un ejército de seres malvados que combate con otro de seres benéficos no pasa de ser un drama teológico propio para inspirar á algún poeta arcaico. »

« ¡ El pecado original! ¿ Y quién cree hoy en lo de que la responsabilidad moral de los antepasados pueda caer sobre los presentes? ¿ Qué culpa tenemos de que pecaran ellos? En todo caso lo que hay es que los hábitos adquiridos por un individuo se transmiten al hijo, nieto, biznieto etc., como instintos, ó que el gasto nervioso que aquél hubiere hecho en sus vicios, en sus trabajos ó en sus sufrimientos sea causa de

que estos tengan de menos todas las energías que él derrochara. Sí, una organización pobre en los descendientes, es siempre la consecuencia de los excesos humanos. Herencia continua ó atavismo: esto es lo que hay; Pero responsabilidad moral, ninguna! Sólo ésta puede caber en los sucesores de un criminal ó de un disipado en cuanto no reaccionen para destruir la herencia malvada que llevan en su organismo ó no hagan todo lo posible para reparar las fuerzas que sus antepasados les sustrayeron, pero no por el mero hecho de venir al mundo con la dicha herencia fisiológica. ¡ La Fisiología! Hé aquí lo que debe de reformar la moral. Sólo una filosofía que se base en las ciencias de observación podría regir las sociedades con justicia. ¡ Ah! ¡ Cuánto no ha divagado la filosofía hasta que ha venido á fijarse sobre la base de las ciencias naturales! Para ser la *razón de las razones*, la que explique lo más general, como decía Aristóteles, debe de apoyarse sobre todas las demás ciencias las cuales le dan los *porqués parciales*, subordinando las unos á las otras, partiendo de las más simples para llegar á las más complicadas: Matemáticas, Mecánica, Física, Química, Biología, Psicología, Sociología, y por fin Filosofía, abrazándolas todas; este es el plan del edificio del saber humano,

esta es la vía para penetrar en los secretos procedimientos de la Naturaleza, en cuyo seno todo vive, todo varía, donde la muerte no existe, sino como á cambio de forma de la vida, donde lo finito nos revela que el en sí de ella nunca será de nuestro dominio. »

« Sí, en la Naturaleza no hay más que oleadas de vida, que torbellinos de acción, más ó menos luz, más ó menos calor, más ó menos movimiento, más ó menos bien. La quietud la muerte, el mal, no existen en sí ; no son más que menores cantidades de lo otro, metas del término positivo contrario. Schopenhauer y Hartmann se equivocaron ; su malhumor puramente subjetivo les lleva á la exageración del misticismo budhista, cuando dicen que sólo existe el dolor en el Universo, que el mal crece de día en día y que, no ya la Humanidad, sino todos los mundos existentes, lo mejor que podrían hacer sería anularse para siempre. »

« ¡ Qué idea ! El suicidio cósmico. ¡ Alemán tenía que ser el que lo concibiera ! »

Aquí había llegado yo de mí monólogo interno cuando me abstraí tan profundamente, que desapareció para mí todo lo que me rodeaba : libros, papeles, muebles, estatuas, ídolos, *fayances* etc. etc. Mi mente se perdía tras del procedimiento inconsciente que podía

haber conducido á los hombres á las diversas explicaciones y personificaciones que del Mal se habían dado.

Pero al trabajo cerebral sucedió el cansancio. Y tanta concentración fatigando fuertemente mi cerebro prodújome el sueño, el cual fué apoderándose de mí por momentos, hasta que me quedé profundamente dormido sobre la mesa en que escribía.

\*  
\* \*

Ignoro cuánto tiempo haría que estaba durmiendo cuando volví á verme en mi gabinete de estudio.

Sentado en mi claveteado sillón antiguo de guadalquivitales cordobeses, estaba atónito contemplando todo lo que me rodeaba pues todo presentaba un aspecto extraño. Los emplomados vidrios del ventanal que da encima de la mesa en que trabajo, estaban iluminados al trasluz por un fulgor rojizo como el de una puesta de sol, cuya radiación espejándose en los platos repujados, en las mayólicas, en los

cristales de Venecia y en las armas de las dos panoplias, comunicábales reflejos de fuego. Las hojas de las espadas habíanse vuelto ondulantes, y tanto brillaban, que parecían las flámigeras de los arcángeles. Los personajes históricos esmaltados en la vidriera, tenían los rostros encendidos y me lanzaban miradas aterradoras. Uno de de ellos, Arnaldo de Besalú, se cogía á la columna que dividía la ventana. El otro, don Pedro III de Aragón, sacó la espada y se disponía á la defensa. Las figuras mitológicas de los tapices que cubren las paredes estaban todas trastornadas.

Ceres había dejado caer al suelo el manajo de espigas que llevaba en la mano; Flora había soltado su ramo de blancos lirios y rosas pálidas; y Pomona arrojaba uno tras otro los frutos de que iba coronada. Los demás personajes parecía que se encontraban mal allí, é iban á saltar poniendo el pie fuera de la orla, cuyas flores se habían vuelto espinosos cardos, y las cintas culebras. Las caretas japonesas, antes risueñas y grotescas, fruncían el ceño con aire siniestro. Un cráneo de encima de una estantería reía sarcásticamente de una cara de *Dianira bella*, que pálida de espanto, asomábase á su derecha por un plato de esmalte veneciano azul del siglo XV. Las columnas salo-

mónicas de la mesa que sostiene la esfera armilar, giraban rápidamente en sentido contrario unas de otras. Las esculturas de nogal tallado de la librería de estilo Renacimiento movíanse como si fueran vivas; las cabezas de león sacudían sus melenas. El muñeco chino á quien yo llamo Confucio, escondíase entre dos almohadones persas del canapé oriental, y hasta la estatua de bronce de Averroes, tirando al suelo el matraz que llevaba en la mano, se había sentado en su pedestal para presenciar algún acontecimiento.

En esto la vidriera del ventanal en que está Don Pedro de Aragón, el enemigo del poder del Papa, se abrió como si una ráfaga de viento la hubiera empujado. Y una especie de humo, un vapor oscuro, una sombra negra empezó á entrar, y luego la ventana volvió á cerrarse por sí sola, y los personajes se quedaron tranquilos en sus anteriores posturas.

Aquella sombra amorfa en un principio, empezó á condensarse, tomó cuerpo y dibujóse por fin, distinguiéndose una figura hercúlea de hombre, pero una figura que tenía algo de impalpable, algo de vaga, algo de flotante, cuyos contornos trémulos no la precisaban muy bien.

Sus ojos lucían oscilando como dos peque-

ños fuegos fatuos. Su boca sonreía, pero con una sonrisa llena de amargura.

— ¿Quién eres? — preguntéle.

— Soy Satán, el Diablo, el Espíritu del Mal — respondiome la sombra. Y añadió: — Es decir soy, era, porque hoy estoy traspasando los límites del sér al no sér. Las Ciencias naturales, demostrando lo que es, lo que puede ser y lo que no puede ser, han desvanecido la atmósfera en que yo vivía. La crítica de la Historia, investigando el origen de los dogmas, á través de los tiempos, por ver de qué estaba compuesto, me anatomizó y me descompuso. ¡Y ahora me muero! El poco tiempo que de vida me queda se lo debo á mis contrarios, pues los únicos que me dan albergue y alimentan son los cerebros ortodoxos. Pero antes de desaparecer para siempre con los dioses del pasado en las brumas de la Historia, quiero revelarte mi origen, cómo me he formado, y cómo he ido transformándome en la conciencia de los pueblos, único punto en que he vivido hasta hoy, en que herido por la duda de ayer, me desvanece la Ciencia con sus afirmaciones atrevidas.

« Yo soy hijo de Dios, del Dios de Israel, del Señor Dios de los ejércitos. »

« Pero antes de nacer de Él, como Palas Ateenea de la inteligencia de Zeus, formé parte de

Él; fui su carácter terrible, feroz, implacable. Preexistiendo en Lawenh, en germen en su seno, ordené degüellos, produje incendios, inundaciones envié hambres, pestes, tinieblas, plagas rayos, moscas, langostas, víboras y mil otras calamidades. Determiné la muerte de los primogénitos, la inmolación de los viejos y de los adolescentes, la violación de las hijas y de los hijos del vencido, el pillaje de los tesoros. Yo hice que Jehová pusiera los malvados sobre el suelo, les permitiera arraigarse, crecer y prosperar. Yo hice que donde reinaba el dolor, añadiera la tristeza. Tal importancia tomé en Jehová, que por fin me separé de él y fui su hijo.

— ¡Su hijo! — exclamé admirado.

— Sí, — constestó la sombra, — el libro de Job me llama Benioloim.

— ¿Y cuándo fué eso? — añadí curioso.

— Ni yo lo recuerdo, ni la Ciencia lo sabe. La Ciencia no estaba presente para anotar mi fe de bautismo, pues nací en la imaginación de un pueblo ignorante, y nadie se acuerda de cuando nació. Sólo sé que soy hebreo de nacimiento y que fui recriado en Babel por los levitas que me alimentaron allí con dogmas persas. Mi linaje es muy alto, pues soy el primogénito de Jehová, el hermano mayor del Cristo.

— ¿ Del Cristo ? repliqué asómbrado.

— Sí, del Cristo. En Jehová coexistíamos juntos en germen.

De Él nacimos los dos ; yo primero y el Cristo después. O sino, mira cómo empieza el Evangelio de San Juan.

Maquinalmente mis dedos volvieron las hojas de una Biblia en folio que estaba encima de la mesa, y se me presentó á la vista un párrafo que decía :

« *In principio erat Verbum et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum.*

.....

.....  
*Et Verbum caro factum est, et habitabit in nobis. »*

— Ya ves, continuó la sombra — el Verbo salió como yo de Dios ; es su segunda emanación que se encarnó al bajar á la Tierra para disputármela.

— ¿ La tenías tú ? — le pregunté al fantasma.

— Toda — me respondió —. Mira más lejos en el mismo Evangelio cómo el propio Juan me llama *El príncipe del Mundo*.

— ¡ Es verdad !

Y prosiguió :

— Desde el momento en que tuve existencia propia, por delegación de Jehová, empecé á

ejercer las funciones maléficas que antes ejercía Él por sí solo. Yo recibía sus mandatos de destrucción y de muerte. Yo fiscalizaba á los hombres delante de Él. En las acciones de todos ellos siempre vi móviles egoístas.

Hasta á Job, el sér más justo, halléle interesado, y pedí permiso á Jehová para tentarle afligiéndole en todas sus calamidades.

Y Jehová me lo dió — y levanté un ejército de Sabeanos, hice caer el fuego del cielo, desencadené el huracán del Desierto, produje la lepra.

— ¡ Cuánto poder ! — pensé.

A lo cual me respondió la sombra adivinando mi idea :

— Sí, mucho poder tuve ya desde un principio. Por permisión del Creador, manéje la máquina mundial y goberné la Naturaleza á mi antojo, hasta que un día, ya con bastante individualidad propia, obedeciendo á la ley de todos los organismos, resolví separarme por completo de Dios y me emancipé de Él. Del primer empuje, llevémele la tercera parte de las estrellas del firmamento. Y luego toda la Tierra quedó por mía. Es verdad que en mi caída fui á parar más lejos de lo que creí, pero desde el abismo dominé el Mundo. En esto no hice más que seguir el ejemplo de Arimán,

otro yo, que de toda eternidad combate con Ormuzd, el Dios de los Parsis.

Después de mi caída encontréme ya frente á frente con el Cristo sobre la Tierra. Y comenzamos á librarnos cruentas batallas. Desde entonces Jehová ya para nada intervino en la lucha. Habiéndonos engendrado á los dos, estaba vacío. Sólo allá en lo alto conservaba su antigua majestad, pero sin acción. Conmigo se había desprendido de Él todo el Mal; con el Cristo todo el Bien. Él habíase quedado en la cúspide de los cielos el Dios impasible.

Desde mi caída, la Naturaleza, la Materia, me pertenecían y pasé á ser su motor, su alma. El Cristo fué el Rey de lo espiritual y venía á redimir las almas. Los hombres estaban fluctuando entre nuestros dos poderes. Promulgó su ley, dejó discípulos que formaron Iglesia y subióse al cielo á reinar desde allí, al lado del Padre Eterno.

Desde el momento en que me hallé solo sobre la Tierra, mis obras superaron las del Cristo. Por de pronto, pertenecíame todo el Paganismo, con sus dioses fuertes y bellos, los cuales fueron mis servidores; con todo su Arte, inspiración mía. Sí, por mí Fidias y Praxiteles habían dado formas carnales á los mármoles de Paros. Por mí Homero, Virgilio y Ovidio habían cantado en

estrofas inmortales. Por mí la escuela de Elea y la Jónica habían tenido su Filosofía, cuyas conclusiones han sido ratificadas por los modernos. Por mí las hetairas tenían todas las sabias languideces de la Jonia.

La vida entera con todas sus riquezas me pertenecía; yo engendraba en los animales y en los hombres; yo florecía y fructificaba en las plantas; yo creaba en la mente de los artistas y comunicaba magnificencias inmortales á sus obras; yo raciocinaba en la inteligencia de los filósofos.

Algunos de los partidarios del Cristo quisieron reconocer los derechos de la Filosofía anteponiéndola á la Fe. Él los rechazó y pasaron á serlo míos; uno de ellos había intentado nuestra reconciliación. Quería que al fin de los tiempos, el Cristo y yo volviéramos á unirnos en el seno de Dios, del cual ambos habíamos partido, y se le excomulgó como si yo le hubiera inspirado. Se equivocaba. Sólo podíamos unirnos en el seno de la Nada con los demás dioses muertos.

Mis victorias fueron grandes. Reiné en Roma y en Alejandría, hasta entre sus partidarios. Así lo ha declarado su Iglesia. Los gnósticos fueron todos hijos míos; por querer conocer la esencia de Dios lo descomponían en hipóstasis.

Un día, por un golpe de Estado dado en Nicea,

con el apoyo de un Emperador, triunfó el Cristo. Una mayoría judaica declaró la humanidad de éste en Jesús de Nazareth, y la cruz fué el estandarte del Imperio. Inútil me fué el intentar una reacción con Juliano. Mis adeptos pronto fueron exterminados por el hierro y por el fuego, y en Alejandría ardió la Biblioteca en que había tanto documento que me era favorable. Pero me vengué descomponiendo el cerebro de los santos de la Tebaida. Desde entonces no hubo forma orgánica en la cual no me pereirieran. Los árboles que se balanceaban á impulsos del viento del desierto les parecían sacudidos por los demonios del huracán; las rocas se despeñaban por mi impulso. El horrísono del trueno era mi gruñido, la rojiza luz de la puesta de sol ó el fulgor azulado del relámpago, mis reflejos; la noche yo la producía desencadenando los espíritus de las tinieblas para oscurecer la luz del Cristo, que brillando en el sol nos producía el día.

Y les murmuraba á los oídos palabras insinuantes, suaves, melodiosas, ó se los torturaba con ayes, relinchos, graznidos, ladridos, ahullidos, mugidos, gritos, imprecaciones y blasfemias. En sus delirios aparecíameles presentándome bajo las formas más monstruosas ó las más bellas para hacerles caer en el pecado

de lujuria. A veces pasaba á su vista, transformado en los objetos excitantes de los siete pecados capitales.

Y en Occidente impulsé los bárbaros sobre la Roma cristiana, y aquella Roma cayó hecha polvo.

Muertos mis dioses, los campos quedáronse incultos, pues ellos los fertilizaban. Pero llamé en mi auxilio los espíritus del Norte para que vinieran á poblarlos. Y los *trollds, kobolds, lutins duendes, gnomos, y hadas* fueron á habitar los árboles y las rocas, las riberas, las cuevas y las aguas, saliendo solo con los murciélagos al salir la pálida luna á alumbrar las selvas.

Convirtiéronse los Bárbaros, pero yo me encargué de sugerirles heregias de un lado y de otro. Y llevé á España á los musulmanes, á esos adoradores de la media luna, cuyos cuernos son los míos.

— ¡Los tuyos! — repliquéle algo extrañado.

— Sí. — Los heredé del Molok de Biblos y de la Astarté Fenicia.

« Desde Andalucía hice la guerra á mi rival resucitando á Aristóteles entre los árabes, el cual fué vestido á la morisca en Córdoba, é introducido oculto bajo el sayal y el capuchón del franciscano en los países católicos de Europa.

Bajo la dirección mía Averroes, Avicbron y Avempace, hicieron los comentarios del peripatécismo en Arabe, que Gundisalvo de Toledo y otros, pusieron en latín, infestando de ellos las aulas.

No contento con eso, corrompí las gentes de Iglesia por la mujer. Sólo un Hildebrando pudo hacerme frente.

Entre la gente de las Aulas infiltré con la Razón, y ésta se extendió tanto, que hasta en los campos surgieron mil heregías. Entonces aparecieron Mesías humanos que coronados de flores, ungidos los cabellos, proclamaban, en espléndidos festines la comunidad de goces y el reinado del Santo Espíritu. Arnaldo de Brescia y Pedro de Bruis levantaron ejércitos que crecieron, libraron batallas, destruyeron iglesias, derribaron cruces, se extendieron de Milán á Marsella por las crestas de los Alpes y por las riberas del Ródano. Y hablaron y escribieron filósofos como Vilgar, Abelardo, Roscelín de Compiègne, Arnaldo de Vilanova, y otros que hicieron enmudecer á los teólogos de la Iglesia. Contra Abelardo, San Bernardo sólo pudo fulminar anatemas, pues no encontró razones.

También armé contra el Vicario de Cristo á príncipes famosos, Condes y Reyes. Si los cruzados me mataron á Don Pedro II de Aragón,

yo hice grande á don Pedro III, el cual con sus carabelas destruyó las naves del Pontífice en el Mediterráneo y con sus ballesteros los ejércitos de la Cruz en en los Pirineos.

La Iglesia se espantó de mis progresos é instituyó una policía que husmeara donde yo me albergaba á fin de desalojarme por el fuego, y se instituyeron los Dominicos, esos perros de Dios.

— ¿ Qué ?

— Sí, perros de Dios, este era el nombre que ellos mismos se daban ; y si lo dudas, mira las insignias y el lema de su escudo.

Y me señaló encima de la mesa un libro de disquisiciones sobre las heregías, en cuya portada había un grabado representado un lebrele blanco y negro, con una antorcha en la boca, debajo del cual se leía : *Domini canes*. — Y continuó : — A partir de aquí, la sociedad católica tomó un carácter pobre y menesteroso. Yo acrecenté sus necesidades. Todos me pidieron oro. Y en busca de él se hicieron pactos con judíos, se alumbraron hornillos y se calentaron mil mezclas heterogéneas en retortas y en matraces, invocando á Astaroth á Kaulakan ó al Dragón rojo. Pero el oro no salía sino de las cuevas de los mercaderes ó de las cajas de los judíos ; y las Juderías fueron saqueadas por los cristianos, é incendiadas después para que no

parecieran cuentas ni comprobantes de deudas por ellos contraídas. Un papa puso una tarifa para la absolución de todos los pecados, hasta de los más horrendos. El cielo se abrió con llaves de oro forjadas en el infierno.

En pos del oro se despertó el espíritu de análisis y con éste el de la investigación. Esto produjo fatales resultados para la iglesia. Un monje, á quien yo inspiraba, había proclamado la investigación como base de todo conocimiento, y con ella inventó el telescopio y predijo el vapor como medio de la locomoción por mar y tierra. Bacón fué condenado con sus escritos, pero otros sabios continuaron su obra y la Ciencia fué tomando importancia y no tardó en formar cuerpos de doctrina. A de más tuve otra clase de adeptos. Los que la Iglesia llamó brujos.

— ¿ Dices llamó ?

— Sí, porque la hechicería no ha tenido más realidad que la que le han querido prestar los que han creído en ella. Sus prodigios sólo han sido alucinaciones de sus adeptos, producidas por excitantes y narcóticos, cuando no groseras fábulas ó leyendas de un pueblo crédulo.

— Pero ¿ y los aquelarres ? ¿ esas reuniones en los bosques las noches del sábado de que dan fe mil cronistas ?

— Estas eran asambleas reales y efectivas, pero no de hechiceros, sino de siervos que para preparar su emancipación, se juntaban en el interior del bosque, al amor de la lumbre de una hoguera, disfrazados con la piel del carnero, que aún conservaba sus cuernos, ó con la cara tiznada para no ser reconocidos. Me invocaban como el Antecristo, puesto que el Cristo era el dios del Señor y de la Iglesia, que los oprimía y yo debía ser su libertador. Inútiles decir que si alcanzaron su libertad fué por sus esfuerzos, secundados á veces por los reyes, no por mediación mía de ninguna clase.

A partir de aquí, mil hogueras esterilizaron el suelo de las comarcas más católicas de Europa, á pesar de lo cual yo seguía ganando, de un lado con la Ciencia, por otro con las insurrecciones populares. Los Taburitas, los Anabaptistas, Juan de Leyden, los Remenses se levantaron á mi impulso, pero esto era poco, y determiné resucitar el Paganismo.

Y el Paganismo, que el Cristo creía haber enterrado para siempre, resucitó mejorado. Hasta los Papas le adoraron. Uno de ellos llegó á pasearme bajo palio en forma de ídolo antiguo ; ¡ Qué grandeza la mía y qué triunfo !

Las estatuas antes lánguidas, demacradas y tristes bajo doseletes góticos, cobraron vida y

harmonía en sus formas. La pintura, rebo-  
sando color, hizo la apoteosis de la carne. La  
belleza fué adorada por todos.

El palacio se elevó y se hundió el castillo ;  
hice surgir un Nuevo Mundo lleno de prodigios  
allende los mares ; apliqué á la guerra la mix-  
tura del rayo ; desestancué el libro del con-  
vento con la Imprenta ; aunque esta inven-  
ción, si bien me sirvió, no fué obra mía, como  
dicen las leyendas.

— ¿ Pues de quién ?

— De la necesidad, como todo invento hu-  
mano. La escolástica había desarrollado el  
raciocinio ; los Cruzados habían dado á conocer  
el Oriente ; los árabes habían enseñado ver-  
dades desconocidas de los cristianos, encerradas  
en los antiguos textos griegos ; las gentes necesi-  
taban leer, se abreviaban los nombres en los  
manuscritos, los rasgos eran más apresurados y  
nerviosos, urgía copiar á prisa, y uno ó varios  
hallaron el medio de acelerar esas copias por  
medio de caracteres grabados que antes sólo se  
usaban para sellar documentos, ó poner el milé-  
simo en las campanas.

Y mi resurrección de lo antiguo trajo un mo-  
vimiento fatal también para la Iglesia. Para  
oponerse al Paganismo unos, para emanciparse  
de la autoridad Papal otros, protestaron y eri-

gieron como principio el libre examen. ¡ El libre  
exámen, que había de conducir á la disolución  
del dogma !

Fué tan grande la Protesta, que dominó casi  
por completo en el Norte y en el centro de Eu-  
ropa. Y surgió un Servet que contra la Pro-  
testa y contra la Iglesia, disolvió los dogmas,  
inmovilizadores del espíritu, demostrando  
que en el Univeso todo se mueve, todo cir-  
cula, desde la sangre hasta los astros.

Luego continué introduciéndome entre los  
eclesiásticos por la lujuria, y poseí sacerdotes  
como Gauffridi y Juan de la Vega y religiosas  
como las de Loudun, Magdalena Bavent, y Sor  
Agueda.

Mientras tal sucedía entre las gentes de Igle-  
sia, inspirando á la Ciencia ya completamente  
laica, formaba cuerpos de doctrina, los que ha-  
bían de probar la vanidad de mi existencia. Con  
la Enciclopedia desarrollé el espíritu de digni-  
dad, y ayudado por el hambre y los vejámenes  
de una administración criminal y de una corte  
corrompida hice estallar la Revolución y pro-  
clamar los Derechos humanos, y extenarlos á  
todos los países civilizados después que un Em-  
perador republicano hubo herido de muerte las  
monarquías seculares. Y hoy, después de haber  
formado las Ciencias y de haber hecho brotar de

ellas la nueva Filosofía, como la flor que exhala la esencia de los humanos conocimientos, ésta me desaloja hasta de mi último refugio, la España, este país que la Iglesia había mantenido cerrado á toda innovación con las vallas naturales y con las artificiales que le había elevado.

Y yo, hijo de Jehová, que he sido Paganismo, Belleza, Naturaleza, Gnosis, Arrianismo, Irrupción Bárbara, Islám, Averroísmo, Nominalismo, Muger, Heregía, Alquimia, Hechicería, Renacimiento, Reforma, Revoución y Ciencia; yo que he sido la razón de ler de la progresión constante de la raza indosuropea; yo que he tenido más formas que Proteo, más encarnaciones que Visnú, más nombres que la Vénus mirionima, y más súbditos que el Emperador Carlos V, me desvanezco ante la observación exacta, la cual demuestra que sólo he sido un ser subjetivo, fantasma de la imaginación de los que han ignorado los procedimientos de la Vida en el Universo, fantasma químico, cuyas formas han sido sólo las que me han prestado la fantasía de los que me han concebido.

Y al decir esto apagóse su voz, desdibujáronse sus contornos, volvióse vapor, y éste fué disipándose hasta desaparecer por completo cual nube tenue que se disuelve en la atmósfera.

\*  
\*  
\*

Al querer levantarme para ver por dónde se había marchado, un rayo de sol que pasaba á través de los pequeños vidrios de mi ventana me hizo abrir los ojos.

Los personajes en ella esmaltados estaban impasibles. Las esculturas de la librería inmóviles, así como todos los muebles. Las copas, vasos y demás afiligranados cristales de Venecia, presentaban á la vista sus irisaciones suaves; las armas destacábanse de las panoplias con ese brillo mate propio del hierro forjado. Los platos tenían el color de su barniz respectivo ó esmalte. Las estatuas y demás figuras, estaban todas en sus puestos.

Las columnas del trípode ya no giraban, y encima, levantábase majestuosa, la esfera armilar, imagen del Cosmos.

Abrí la ventana y un ramo de claveles que en el ajimez había en un vaso de fayenza persa azul y blanca, hizome sentir su perfume embriagador; y oí el canto de los pájaros que saludaban la salida del sol con sus trinos armoniosos.

! Todo lo había soñado !

---

## SEGUNDA PARTE

---

Humoradas

---

## APOLOGIA DEL BUEN HUMOR

QUE PUEDE SERVIR DE INTRODUCCIÓN  
A LO QUE SIGUE

**S**ALUD, lector amigo !  
Aquí te presento una serie de humoradas mías que he escrito en diversos países y en diferentes épocas. Entre ellas las hallarás intencionadas y espontáneas, y hasta verás que las hay extravagantes y aun incoherentes; Si alguna de ellas te hace pensar ó te sugiere alguna idea ; mejor para ti !

Estos escritos solamente son una colección de esparcimientos que me he permitido en lo que podríamos llamar intermedios de los actos serios ó de los grandes trabajos de mi vida.

Como el que encerrado en su estudio, taller ó laboratorio, después de haber trabajado con gran concentración y prolongados esfuerzos á

la luz de la lámpara que solamente le ilumina la mesa de trabajo, necesita aire y luz y abre de par en par las ventanas para respirar con todos sus pulmones, ó sale á pasear buscando jardines y árboles en plena naturaleza para esparcirse, así me ocurre á mí cada vez que he escrito algún libro ó drama ó producción importante, pues he sentido necesidad de distender mis nervios y de dar libre curso á mi espíritu para que se explayase, sin fijarle motivos, deberes ni trabas de ningún género.

Y tal como lo digo, al pie de la letra, también muchas veces me ha ocurrido al salir de mi estudio, de una biblioteca, de un museo ó de un laboratorio, yéndome á paseo ó sentándome en un jardín, ó tomando el tren para hacer un viaje de recreo. En estos entreactos de la acción formal é intensa de mi vida, la inspiración me ha venido siempre alegre y humorística. Al contemplar los hombres y las cosas, muy á menudo me ha sido imposible aguantar las ganas de reírme á carcajadas que me han venido, viendo la importancia que se daba á lo que no valía la pena, la adoración que se tenía por las formas vacías, cual botellas de las cuales se había evaporado la esencia, ó cáscaras de frutos que ya no contenían nada de la substancia que les había dado la forma que presen-

taban. La adoración de las momias, como si aun fuesen seres vivos, siempre me ha hecho la mar de gracia.

También me han hecho sonreír ciertos hombres que hacen como el rústico del cuento, el cual delante de un gran espejo se paró á saludar á uno á quien veía venir y que no era sino su propia imagen reflejada por aquella luna. Así muchos adoran á entidades sobrenaturales que no son sino su propio reflejo.

No se escandalice el lector porque hayamos escrito en broma ésto y lo publiquemos después de trabajos serios. En nuestro país, donde todavía hay bastantes hipócritas cobardes que no tienen el valor de sus convicciones, dos cualidades diferentes en la misma persona, en vez de sumar restan. Todavía se desconfía de un médico alegre, de un abogado poeta ó de un ingeniero músico. Y como para ciertas personas se ha hecho á la alegría enemiga del pensamiento, — gracias á que aquí los que se decían sabios no eran sino unos dogmáticos tiesos y circunspectos, siempre de mal humor, pensando siempre en la muerte, incapaces de comprender la alegría de vivir, considerando el placer como sinónimo de pecado; — por esto se duda de la ciencia de todo sabio alegre y vital, ó por lo menos se le llama chiflado.

¡ Pero no ! Es necesario invertir los valores, — como ha dicho Nietzsche — ó, mejor, hay que volverlos á la natural tradición de los buenos tiempos antiguos de la gran Hólada, de aquella Grecia de antes de Jesucristo, y á la de aquellos gentiles trovadores de Provenza.

Los hijos de las costas de Levante precisamente hemos nacido en la gran patria de la Gaya Ciencia, pues la Provenza, el Languedoc Cataluña, Valencia, y Mallorca tenían las primicias de tal tendencia. Ya en plena Edad Media, en esos países se estaba convencido de eso de que el saber y el pensar no estaban divorciados de la alegría de la vida y de la risa con la carcajada sana y olímpica de los dioses de Grecia. Fueron necesarios tiempos negros como los que trajeron los cruzados de Montfort á Francia y el misántropo de Felipe II á España, para que se borrara este concepto.

Solamente han sabido reír las razas superiores. Ni los árabes, ni los moros, ni los tártaros rieron nunca ni rien todavía, mientras los antiguos griegos, los romanos y todos los pueblos Arios, desde los anglo-sajones hasta los grecolatinos, han reído y de mil maneras. Han comprendido aquello de *Utile Dulci*, de Horacio, y el *Castigat ridendo mores*, que un divertido médico amigo mío escribía así en la fachada del

teatro de un sanatorio : *Castigat ridendo humores* (1).

Cree, lector amigo, que el más serio de los animales de la creación es el asno. El buho, que parece que piensa, no piensa en nada, ó por lo menos en nada que valga la pena. En cambio, el perro, fiel compañero del hombre, tan bueno é inteligente ; él si que es alegre ! ¿ Y los pájaros, que siempre cantan, y el loro, de tan divertida charlatanería ? Pues hay que estar alegre, como dice aquel personaje de la *Bella Elena* :

Soyez gais,  
je suis gai.  
Il le faut,  
je le veux.

Y esto no os rebajará en nada el enaltecimiento del pensar ni la fuerza del sentir. El arte dramático griego tenía dos máscaras ó carátulas, como queráis ; la trágica y la cómica. Así, en Atenas se apreciaba á Aristófanes tanto como á Sófocles, y quizás un poco más que á Eurípides. Y no sólo la nota jocosa ó humorística nunca rebajó en nada la grandeza de alma de los escritores, sino que los verdaderos genios

(1) Doctor Vidart, en su gran establecimiento de hidroterapia de Divonne-es-Bains, cerca de Ginebra.

jamás fueron monocordes. La lira de los grandes poetas tuvo siempre todas las cuerdas ; en la obra de los grandes literatos se hallan todos los tonos. Homero escribió la *Batracomiomaquia*, y Esquilo está lleno de lo que hoy en francés se llaman *boutades*. Aquel Amufiaraos de *los Siete delante de Tebas*, aquel guerrero tan brillante y con tanto esplendor vestido y armado, decía la siguiente hipérbole al enseñar su escudo lleno de batallas en él grabadas : *Encima, están todas las que en el mundo ha habido, y debajo todas las que habrá.* ¿ Queréis una andaluzada mayor ?

No hablemos ya del gran Aristófanes, cuya risa olímpica ridiculizó á los absolutos dioses asiáticos retrasando así por muchos años la decadencia griega. ¡ La presentación de aquel Baco, dios solar, caballero en un asno y pediéndose, cuán filosófica es, y cuánto desacreditó aquel mito Solar orgiástico, que amenazaba corromper al pueblo helénico !

En plena Edad Media se ríe en los *Fabliaux*, en *La misa de los locos*, en *la del asno en la fiesta de los Inocentes*, y todo dentro de las iglesias. El público principalmente se reía del diablo, y en aquellas fiestas ingenuas, y en las farsas de la época, el mal, derrotado siempre, venía personificado en *el pobre diablo* que con solo pre-

sentarse en los misterios ya hacía desternillar de risa á los buenos creyentes.

Y cuando la iglesia triunfante dominaba á príncipes y á reyes, fray Anselmo Turmeda, riése de ella, y de los concilios en *la Disputa del asno*, después de haber empleado no poco humorismo en sus *Consejos*, preludiando á los reformadores en lo de revelar los vicios de la Iglesia y sus ministros, sin perdonar al Papa. ¡ Qué filosófico es aquel *asno*, sobre todo cuando critica la sociedad cristiana ! A su lado resultan asnos todos los teólogos y definidores de la ortodoxia católica.

Y ¿ qué diremos de Bocaccio, que se reía y hacía reír á las damas Florentinas en medio de una peste ?

En el Renacimiento, en toda Europa casi todos ríen, y por todas partes. A Inglaterra se la llamó la *merry England*, por lo contenta y satisfecha que estaba. Hasta el trágico Shakespeare, en sus dramas terribles nos ofrece chispas de humorismo ; y no pocas ! Y no hablemos del *Sueño de una noche de verano*, ni de *Como ustedes quieran*. Y ahora llegamos á dos grandes genios, de los mayores que haya habido : Rabelais y Cervantes. *Pantagruel* y *Gargantúa* en Francia, *don Quijote* y *Sancho* en España, y en todo el mundo, han dicho, haciendo reír á la

humanidad, las cosas más grandes que jamás se dijieran. Las dos citadas obras, estos dos monumentos gigantescos del genio humano, han sido dos colosales bufonadas que contienen más filosofía que todos los *in folios* de los indigestos metafísicos y los filósofos absolutos de las escuelas tristes.

¿ Y Quevedo ? ¿ Y Cirano de Bergerac ? Estos dos humoristas son mucho más sabios que los tan decantados *Siete sabios de Grecia*, cuya ciencia todavía no ha sido averiguada, si es que la tenían. Aquel *Sueño de las Calaveras*, aquel *Alguacil endemoniado* y el *Diablo alguacilado*, sus *Cartas del caballero de la Tenaza*, especialmente *A las mujeres*, y todas sus obras que á los superficiales les parecerán sólo hechas para que se rían, tienen una base mucho más seria que todos los libros de todos los doctores de Salamanca !

¿ Y Cirano de Bergerac, que comenzaba por reirse de su nombre y de su nariz ? ¿ Qué otro bromista mas profundo ! Profeta ó inventor de los aerostatos y del fonógrafo, tiene más filosofía en su *Viaje á la luna y al sol* y en sus *Sátiras*, que todos los filósofos enciclopedistas juntos del siglo XVIII en Francia y los pensadores de Alemania. Véase en su tratado de Física su concepción del dinamismo del Uni-

verso, y cómo prevé ya la unidad de fuerzas y el modernísimo concepto de la materia ! Y todo eso, haciendo zaragatas, con aquella cuadrilla de divertidos compañeros suyos, los célebres *Cadetes de Gascuña*, que se hacían matar diciendo chistes y recitando versos !

Otro nos descuidábamos ; y de los más grandes ! Miguel Servet, descubridor de la circulación de la sangre y autor de varios sublimes volúmenes, tiene una obra humorística, tal vez la mejor : *Siruporum Universa ratio*, en la cual, partiendo del *Utile dulci* de Horacio, se burla de los médicos ramplones de su tiempo, especies de doctores Sangredos, que hacían más daño con sus tratamientos de ventosas, cataplasmas, jeringazos, purgas y sangrías, que las mismas enfermedades que querían combatir ; y llega á establecer que la medicina ha de curar contando siempre con la naturaleza, y evitando el sufrimiento al enfermo, ya que el enfermo tiene sobrada pena con su enfermedad ; deshaciendo al mismo tiempo la creencia supersticiosa de que el enfermo ha merecido su mal como castigo de sus culpas y pecados.

Aun hoy se conoce en Francia, entre los bibliófilos curiosos, un libro rarísimo atribuido á casi todos los grandes hombres del 1600 firmado por\*\*\* cuyo título es *Des Grands Hommes qui*

*sont morts en plaisantant*, y su tesis es la de que cuando se ha vivido plenamente y con la conciencia tranquila, ya puede cada uno reírse de la muerte; y en tal libro se ven ejemplos de grandes Emperadores, de ciudadanos de Grecia y Roma y de personajes ilustres de todos tiempos.

Y si de Francia pasamos á *la grave Alemania* (como se dice hoy en Madrid), hemos de encontrar á uno de los más colosales humoristas que jamás haya habido, al mismo tiempo que un héroe en toda la extensión de la palabra. Tal es Ulrich de Hutten, noble al par que doctor, perfecto caballero y profundo filósofo, que escribió *Nemo* contra los universitarios de su país y de su tiempo, que en las aulas y fuera de ellas se llenaban la cabeza con palabras vacías de sentido, acabando por decirles: *Vale más ser docto que doctor de los que Vds. hacen*. Él fué quien, armado de todas armas debajo de la toga doctoral, se presentó en un concilio y cuando los teólogos discutían bizantinismos á cerca del Verbo Divino, les presentó la siguiente cuestión: *¿ Qué le habría pasado al género humano si el Verbo en vez de hacerse carne, como dice el Evangelio de san Juan, se hubiera hecho pescado?*

¿ Queréis una bufonada más colosal y de mayor valor? Como que hubo de abrirse paso

á estocada limpia con su espada flamígera reventado á unos cuantos *lands-quenets* que le cortaban el paso con sus alabardas.

Pues, este gran humorista de la villa de Stekelberg, después de haberse burlado con toda su alma de los papas en su diálogo de *Julio II y san Pedro* y en las *Cartas de los Varones Oscuros*, riñó con Lutero por poco radical y demasiado formalista, y escribió aquella célebre *Carta á los caballeros de Alemania* exhortándolos á no decidirse ni por el Papa ni por la Reforma, sino por el Hombre, acabando con un magnífico grito de *¡ Viva la Libertad!* Y eso; trescientos años antes de Riego! Y por fin acabó haciendo guerra, armas en mano, por campos y montañas al Papado, á la Reforma y al Imperio. ¿ Hubo nunca un valiente en serio que lo haya sido más que este insigne bromista?

Erasmo de Rotterdam, el gran helenista, amigo íntimo del pensador inglés Tomas Morus, del autor del *País de Utopia*, tomó parte con gran entusiasmo en favor del Humanismo contra la Reforma y el Papado, y después de otras mil cosas muy serias, y de viajar por toda Europa, publicó su célebre *Elogio de la Locura*, obra jocosa llena de sana crítica, de fina ironía, de un aticismo elegante y de una filosofía superhumana en la cual ataca con fuerza todas

las preocupaciones y todos los fanatismos que tanto mal han hecho y siguen haciendo á la Humanidad. Después de lo cual escribe una serie de diálogos en los cuales no se sabe qué hay que admirar más, si el humorismo elegante con que están escritos ó la atrevida y profunda intuición filosófica que contienen.

Y en tiempos posteriores, véase quién ha hecho más bien á los hombres y á la verdadera civilización, si Voltaire, bromeando con unos dogmas ya evaporados, ó el malhumorado é imperativo Rousseau, con sus conceptos de un hombre sistemático, del estado salvaje, y de la proclamación del Sér Supremo. El primero ha producido un gran espíritu de libertad y ha destruído muchas supersticiones y trabas morales, mientras el otro, con sus fanáticos discípulos *los jacobinos*, dió como fruto *el Terror, la Guillotina* la proclamación de una igualdad de munición como hoy la entienden ciertas democracias que elevan á los más elevados puestos á los más ineptos de los arrivistas. Pues bien ¿quién fué el más serio de entrambos ?

En cuanto á Inglaterra, no hay que hablar de Swift, y después de Carlyle, uno de los filósofos más geniales de la segunda mitad del siglo diez y nueve, una de cuyas mejores obras es una incomparable humorada : el *Sartor Resartus*,

en la cual representa á la divina providencia como á una infinita sastra que siempre va cortando nuevos trajes para el mundo para reemplazarle los que se le van gastado. Y esos trajes de la Humanidad son las tendencias, las ideas, las instituciones, los dogmas, que sucesivamente van gastándose. Y á su vez, el Espíritu Santo que inspira los genios, es el espíritu sastrero de las modas del pensamiento.

Y no ha sido tan solo en sus obras y durante su vida donde los grandes hombres han conservado el buen humor, sino que también en el momento ó poco antes de su muerte.

Sabida es la respuesta de Leónidas al disponerse á defender las Termópilas : cuando uno le advirtió que los persas venían en tan gran número que las flechas que arrojaban ocultaban el sol, respondió : — ¡ *Mejor ; así peharemos á la sombra !*

Antes de morir, Augusto se hizo rizar el pelo y poner una diadema por su peluquero, y envuelto en el manto imperial dijo á sus cortesanos : — ¿ *Verdad que soy un gran cómico ?*

Vespasiano dijo á los que le rodeaban al sentirse morir : — ¡ *Me parece que pronto seré un dios.*

Demócrito, Suetonio, Pomponio Atico, Valerio Máximo y otros hombres ilustres de la antigüedad hacen *esprit*, como dicen los fran-

ceses, hasta en el mismo momento de morir.

En la Edad Media, que es una época triste al par que una triste época, casi nadie bromea al partir para el otro mundo, por cuya razón hemos de pasar al Renacimiento, en cuya época hallamos en Francia al poeta Ronsard, quien antes de morir se dedicó unos versos á su querida. Una vez llegados al siglo XVI reaparece el buen humor de los antiguos en tales momentos. El gran Rabelais cuando sintió que se moría envió á buscar á su buen amigo el cardenal de Bellay y le dijo: — *Señor, me voy á buscar el gran acaso.* » Y señalando las cortinas, de la alcoba añadió: — « *Corred el telón, si os place, que ya se acabó la comedia.* »

Obbes, otro que veía venir la muerte con tranquilidad, antes de irse de este mundo quiso consultar con sus amigos el epitafio que había de hacerse poner, y escogió el siguiente, que encargó fuese grabado en la losa de su tumba: *Esta es la piedra filosofal.* Y al sentir que ya se moría, exclamó: — *Ahora voy á dar el gran salto mortal..... ¡ Y basta !*

El filósofo Julio Vanini, que fué quemado en Tolosa por hereje, respondió á un capuchino que le exhortaba á tomar ejemplo de Jesucristo: — *¿ De Jesucristo ? Jesucristo temió la muerte; yo no la temo.*

El mariscal de Grammond que, como buen gascón que era, siempre estaba de buen humor, poco antes de morir, al ver á Monseñor D'Angeau que entraba, dijo á su mujer: — *Condesa, si no os espabiláis, este tío os va á escamotear mi conversión.*

Saint Evremont, otro que tal, quiso al morir que tocasen una zarabanda para poder irse alegre de este mundo.

El abate Bourdelot, en sus últimos momentos, al confesor que le recitaba trozos de San Agustín preguntóle: — *Y este africano ¿ también fué al cielo ?* Y como el otro le contestara afirmativamente le respondió: — *Pues me parece que hace tiempo que han debido ya de haberle echado, á causa de su insoportable y bárbara retórica.*

Y por fin, creo que se me permitirá que cuente una anécdota de mi abuelo, que era comandante de navío, un marino muy ilustrado al par que muy valiente, y sobre todo, un hombre de un gran corazón. Como yo le preguntase poco antes de morir cómo se hallaba, me respondió: — *Ya todo lo tengo preparado para el gran viaje. Bueno, adiós, chico, que ya me han untado con aceite para que me vaya mas ligero. De este viaje no volveré (1).*

(1) En los puertos del Mediterráneo antiguamente, al salir un buque de vela, si había mala mar echaban aceite alrededor para que pudiera romper el oleaje.

\*  
\* \*

Otros mil ejemplos podría citarte ; oh lector ! para demostrarte que el buen humor no está reñido con el temple heroico del espíritu, con los sentimientos elevados, con el pensar profundo. Hace pocos años, el gran filósofo Herbert Spencer probó que el solo hecho de saber reir y de comunicar la alegría franca y sin hiel, es de una alta moralidad, pues el estar alegre, puedes creerte ; oh lector ! es signo de salud y de plenitud de vida, mientras que los tristes son todos personas que no se hallan sanas de cuerpo ó de alma, y muchas veces tienen enfermas ambas cosas.

¡Se acabó ya la moral malhumorada ! ; Viva la Gaya Ciencia ! No comuniquemos á nadie pesares ni amarguras, y de los que nos atañan curémonos. Que cada uno lave en su casa su ropa sucia y no vaya á infestar á los demás con sus emanaciones malsanas. Y por lo tanto, procura estar buenos, vivid bien, comed y bebed de lo mejor, si se puede, riendo mucho , y seguid la antigua divisa de aquella heroica Tarragona que fué la segunda capital del Imperio latino .  
*Tranquilidad y buenos alimentos...*

¡ SALVÉ !

## II

### EL CONSEJO DEL ERMITANO DE SIVA

#### LEYENDA ÍNDICA

**E**N el país del Saptá Sindu había un hombre muy rico, que acostumbraba á viajar con frecuencia. Estaba cargado de oro, de perlas, de piedras preciosas, tanto que hasta llegaba á despreciar la plata como cosa de poco más ó menos.

Era el más opulento y poderoso de Kapilavasthu, en el Ayodiya.

Temiendo que los ladrones le robaran sus innumerables riquezas se proporcionó armas maravillosas : espadas que partían un pelo en el aire, arcos cuya cuerda lanzaba las flechas á distancias que no alcanzaba la vista hu-

mana, cuchillas que cortaban un cuello sin que la cabeza cayera del tronco antes de que se cayera el cuerpo, lanzas que atravesaban el acero y el bronce, hachas que dividían las rocas como si fueran de cera. Y se rodeó de todos los servidores más fieles y más leales de toda la Rajania y de los más valientes entre los valientes: los que cazaban tigres con puñales, los que destripaban leones, llevando sólo guantes de piel de cocodrilo, los que combatían á pie y á caballo con unas cuerdas, una maza y sin armadura. Y su hijo primogénito, recién elevado á Rajah, triunfador en cien combates, fué á capitanearlos.

Tantos defensores tenía y tan bien los pagaba, que llegaron á superar en número á los muchos bandidos que en el territorio había, y hasta á los que podía haber, dado el número y las costumbres de sus habitantes.

Tan bien equipados estaban y tan bien disciplinados, que ni un numeroso ejército enemigo hubiera podido asaltarles y apoderarse de una sola de las cajas del tesoro que custodiaban.

Y con tal acompañamiento viajaba. Con su hijo que velaba cuando él dormía.

Y más que un hombre pacífico, parecía en sus viajes un conquistador de todos los

países conocidos y por descubrir. Y siempre llevaba sus caudales consigo.

Mas unos cuantos bandidos estúpidos, un día que atravesaba un bosque, se atrevieron á atacarle. Y bien se hubieran arrepentido de ello, á no haber sido triturados por la formidable caravana, como fueron; tal que ninguno quedó para contarle. ¡ Ni uno !

Mas otro bandido de mayor experiencia y más prudencia, al saber la triste suerte de sus compañeros, fuése á consultar el caso con un sacerdote de Siva, el dios de la Muerte, cuyo renombre llenaba todo el vasto país del Himalaya. El tal Jaina sivaíta era un solitario que habitaba un agujero de la montaña, sin más compañía que unos cuantos muertos, ayunando y meditando días y noches, y por que no se alimentaba y habitaba pobremente entre los muertos, y era feo y viejo, de cuerpo y de alma, le llamaban sabio y no poseía saber alguno sino todas las astucias de los débiles, de los impotentes, de los ignorantes y de los esclavos.

Y el bandolero llegó una noche, en cuarto menguante, á la entrada de la covacha, y después de haber hecho las genuflexiones y reverencias de rigor, y las invocaciones rituales á la mortífera Luna, el santo ermitaño lo recibió, y el bandido le dijo :

— En nombre de Siva, el dios de la Muerte del cual tú eres gran sacerdote y al cual yo también sirvo, te conjuro para que me reveles qué es lo que tengo que hacer para apoderarme de los tesoros del más rico de los hombres.

— El medio es bien sencillo, hijo mío — le dijo el gran sacerdote sivaíta. Ve á su encuentro, completamente desarmado, los ojos bajos, el andar lento, con aire de mansedumbre perfecta. Aprende á hablar melifluo y á hacer genuflexiones, que por lo que he visto, bien las haces. Y trata de intimar con él, y — añadió dándole un velo, — hazle regalo de este velo brillante, rogándole que se envuelva con él la cabeza, pues da la salvación, la inmortalidad, la vida eterna. En cuanto se lo haya puesto, la luz viva de la Naturaleza desaparecerá de sus ojos, y él creará llevar en sí una luz mayor.

Y no hagas nada más.

— ¿Y... luego? — preguntó extrañado aquel bandido cogiendo el velo que le daba el ermitaño, sin que pudiese comprender nada. — Creerá que me burlo de él y me hará degollar, — añadió temeroso.

— Después ese hombre tan rico será tuyo, y con él todas sus riquezas, — respondió sentenciosamente el ermitaño — y has de saber hijo mío, que este velo duro y deslumbrador que

él tomará por una luz magnífica, la mayor de todas las luces, ni es velo, ni es luz.

— ¿Pues qué es?

— Un nudo corredizo. Cuando se lo haya puesto, se hallará sujeto á ti, él, sus riquezas, sus mujeres, sus hijos, y todos sus servidores, los cuales te entregarán todo lo que tú quieras y harán todo lo que les ordenes en nombre de la luz que creerán ver, y de la cual tú habrás sido el portador. Y además te defenderán de todos los demás ladrones y hasta de los que no lo son, y ¡ay del que te toque! Porque tú para ellos serás sagrado. Y todos se prosternarán delante de ti. Y te abrirán paso. Y les mandarás á todos.

— Y yo sacrificaré á tu dios de la Muerte tantos hombres como pueda, haciendo hacer en nombre de la luz del velo grandes matanzas, quemas al por mayor, y carnicerías monstruosas — respondió el bandido.

Y se fué á cumplir la orden del gran sacerdote de Siva.

Y, efectivamente, todo sucedió como el santo ermitaño había predicho. Y el gran rico hasta se halló muy contento de ser subyugado por el bandido astuto; así como sus mujeres, sus hijos y todos los suyos.

\*  
\* \*

Y aquel velo que todos creyeron luz y que no era luz ni era velo, sino nudo corredizo, se supo más tarde por un Brahmán muy entendido, que se llamaba Fe.

Y era tan duro y tan bien tejido, que ha conservado toda su eficacia hasta nuestros días. Y esto aún en otros sitios que no son la India.

## III

DE COMO LA HUMILDAD VINO A SER  
LA GRAN VIRTUD

## APÓLOGO HELÉNICO

**E**N los tiempos de los falsos dioses del Olimpo, Pigmeo era muy corto de talla.

Y no obstante, le gustaba mirar por encima de los demás.

Y no podía. ¡ Era tan pequeño !

Y llegó á Grecia, á orillas del Mediterráneo, donde los hombres eran grandes, hermosos y fuertes, y miraban á las alturas. En cuanto tenían uso de razón, tan altos eran, que ya miraban por encima la cabeza de su padre, y aun por encima la de su maestro.

Y á Pigmeo esto no le gustó. Para él lo hubiera querido, ¡ pero, era tan corto de talla !

Y se desesperaba, y en su desesperación se le ocurrió un medio para lograr su objeto.

Se cargó de paciencia y esperó. Esperó á que llegaran unos tiempos en los cuales predominaran los habladores, los charlatanes, los oradores de la plaza pública, los hombres verbales, y á que se hablara mucho de Virtud por los que no tuvieran ninguna.

Y entonces Pigmeo inventó una nueva virtud que estuviese á su altura, y con la ayuda del verbo la proclamó virtud soberana y principio fundamental de toda sociedad posible, regla de Moral y salvación del Hombre. Y dijo :

— « Todo el que sea mayor que Pigmeo, debe rebajarse hasta no tener más que su escasa talla y llegar justo á su línea visual. El sobresalir, el ver más alto, el ser más grande, es ya una demasía, un pecado, un crimen, y un ataque al derecho de otro. La igualdad debe de nivelarlo todo, y la talla de Pigmeo ha de servir de nivel. La verdadera virtud consiste en no sobresalir de tal medida, en figurarse que uno no es nada, aunque uno se crea ser apto para todo, sin serlo, las más de las veces. »

A partir de tal proclamación, todos se encor-

varon por la fuerza de una tan gran virtud que Humildad fué llamada.

Y á nadie le fué permitido el levantar la cabeza sobre la pequeña virtud de los que le rodeaban. Y al que levantaba la cabeza, todos se le echaban encima, y lo clavaban en la picota de la vergüenza pública con un cartel que decía :

— « Por crimen de soberbia. »

Lo cual quería decir, en lenguaje natural humano :

— ¡ Este estorba á Pigmeo !

Y un tal crimen, se llamaba antes, en los buenos tiempos de Pericles, y después, aún hoy día, pasado ya el gran poder de la Iglesia y la Gran Revolución, se llama Dignidad.

\* \*

— ¿ Sabéis nadar ? — preguntaba un día Pigmeo á un marinero de las costas de Jonia.

— Psé ¡ así, así ! — respondióle éste que era un virtuoso de la pequeña virtud ; es decir, un humilde á pesar de ser el primer nadador de las costas helénicas.

— ¡ Tenéis talento ? — preguntó otra vez Pigmeo á uno que se pasaba las horas estu-

diando la Naturaleza en la escuela de Jonia é induciendo leyes generales.

— Sí, — le respondió el otro que tenía conciencia de su propio valer, y que por tanto decía la verdad tal como hubiera podido decir: Soy moreno ó soy rubio. Mas un virtuoso de la pequeña virtud, un pariente de Pigmeo, un humilde que pasaba, exclamó:

— ¡ Este desgraciado es un presuntuoso! Y un sofista que lo oyó, demostró en seguida á todos en la plaza pública, que este sistema de virtud tiene tres ventajas prácticas.

Primera: En diciendo, ¡ Así, así! la gente ya entiende que uno tiene mérito, sin que uno tenga que decirlo. Segunda: Esta respuesta virtuosa, siendo humilde, transforma á Pigmeo en amigo, de enemigo implacable que hubiera sido en caso de afirmar con verdad nuestro valer. Tercera: Tal manera de hablar á uno no le compromete á nada. Si uno nada vale, ó vale muy poco, nadie puede echárselo en cara, ya que él no ha dicho que valga.

Y Pigmeo está contento y os alaba y ensalza siempre y por todas partes.

Y se cumple la Santa ley de la Igualdad, que muchos toman por justicia, y que tanto agrada á *Demos*.

Y con ella *Demos*, se vuelve pariente de Pig-

meo. Y no es un peligro para los tiranos. Y nadie crece, ni se diferencia. Y...

Así se pasa la vida  
Y así se viene la muerte  
tan callando.

exclamó al cabo de muchos siglos un trovador desde el centro de España, llamado Jorge Manrique.

## LA FIDELIDAD DE UNA VIUDA

CUENTO JAPONÉS

**E**N el antiguo Japón y en la ciudad de Tokio, el cual estaba casado con una señora de lo más principal de la ciudad. Era ésta una joven de todas prendas, llamada Kima Maka, hermosa, elegante, discreta y virtuosa en extremo. Ambos se querían entrañablemente, tanto, que en la capital del Japón eran citados con frecuencia como modelo de esposos.

Al cabo de algunos años de matrimonio, sin que hubieran aún tenido hijos, Laku Fu empezó á ponerse demacrado y fiebroso, por lo cual se fué á consultar sobre su enfermedad con todos los médicos más sabios del imperio.

Por más remedios que le ordenaban, ninguno le curaba y sólo muy pocos le aliviaban, pero

era para caer luego en un estado peor que antes de tomarlos. Por fin se fué á consultar su dolencia con el gran sabio Toka Son que era el médico mayor del Taikún. Éste lo examinó, le tomó el pulso á media noche, miró los astros, y concluyó diciéndole en tono solemne :

— Vuestro mal no tiene cura; habéis vertido todo vuestro espíritu vital en vuestros libros, y una mala constelación os ha tocado en otoño, y por tanto sólo os queda de vida hasta la primavera.

Laku Fu se fué á su casa, y como era un gran filósofo, tomó la cosa sin desesperarse. Desde aquel día empezó á poner en orden sus papeles; terminó una obra que estaba escribiendo sobre las mariposas irisadas del Tibet, puso en limpio sus cuadernos de viajes á la China, y al País del gran Mogol; liquidó su hacienda lo mejor que pudo, y una vez hecho esto, un día después de comer, llamó á su esposa y le dijo :

« Mira, yo estoy enfermo, muy enfermo; sé que sin remedio voy á morir dentro de pocos días, al entrar la primavera. En aquella arquilla que hay dentro de mi estudio están todos mis papeles. Encima de todo, hallarás dos legajos atados con cordones de seda. El que está atado con seda amarilla, es un tratado sobre las mariposas del Tibet, el que está atado

con cordones verdes es el libro de mis viajes. Cuando yo haya muerto, publícalos, con la ayuda de Kiku Ku Ru, mi mejor discípulo. Dentro de aquél cofre de laca incrustado de nácar, — y le señaló uno que había encima de un trípode — hay la liquidación de mis bienes. Eso te pertenece, y como tú eres joven y hermosa te volverás á casar, y yo te aconsejo que te cases con Kiku Ku Ru, el cual es mi primer discípulo. Ocupará mi cátedra después de mí; y yo he notado que á él no le eres indiferente, y tú me has hecho muchas veces su elogio. Además, es joven, robusto y bien parecido, de un color amarillo verdoso, que enamora, y podrás tener hijos con él ya que no los has tenido conmigo. »

La joven esposa escuchó este discurso conmovida y al final rompió en un llanto inconsolable.

— No, no me casaré jamás después de tu muerte — decía entre sollozos. — ¡ Primero moriré de pena ! ¡ Mi luto será eterno !

— Nada de eso — replicó Laku Fu — con tal de que lleves luto, y no te cases, hasta que se seque el montículo de tierra que pondrán encima de mi sepultura, ya es lo bastante. Luego cástate con Kiku Ku Ru, ó con otro, si mejor te place.

Es de advertir que en el antiguo Japón se acostumbraba á poner un montón de tierra de kaolín húmeda encima del lugar en que se enterraba un muerto, cuya tierra secándose, al cabo de días, se petrificaba, y así quedaba cerrada herméticamente la tumba. Luego le ponían una placa de porcelana con el nombre y cualidades del difunto en esmalte.

La mujer protestó, y el sabio no hizo caso de sus protestas.

Al cabo de pocos días, Lahu Fu falleció, al entrar la primavera, como había dicho el médico del Taikún. La viuda estaba inconsolable, tanto, que tuvieron que vigilarla para que no se suicidara.

El día del entierro se formó una comitiva fúnebre que marchaba al son del *tam tam* y del *gong gong*, en la cual figuraba todo lo más selecto de Tokio.

La viuda iba cubierta con un velo de seda y acompañada de sus camareras. Al terminar la ceremonia del entierro y al amontonar la tierra sagrada en forma de pirámide sobre la tumba de su marido, se desmayó, y tuvieron que llevarla á casa en un palanquín.

De lejos seguía la fúnebre comitiva el fiel discípulo Kiku Ku Ru, todo compungido.

\* \* \*

A los diez días de muerto el maestro, Kiku Ku Ru se fué á hacer una visita á la viuda.

La criada le dijo que hacía ya dos días que por la tarde salía con dirección al cementerio donde estaba enterrado su marido. Kiku Ku Ru tomó aquella dirección y una vez hubo penetrado en los fúnebres jardines, divisó cerca de un grupo de crisantemos enormes, á la viuda en el suelo agitando un gran abanico; con tanta prisa lo volteaba, que de lejos parecía una enorme mariposa que revoloteara sobre una tumba.

Se acercó, y vió que efectivamente era ella, que estaba haciendo aire, alrededor de la pirámide funeraria.

— ¿Qué hacéis aquí, señora? — le preguntó el discípulo de su difunto esposo.

— ¡ Ah! ¿ sois vos? — exclamó ella lanzándole una tierna mirada.

— ¿ Por qué abanicáis así ese montón de tierra?

— Para que se seque más pronto.

FIRDUSY  
Y SU BALADA DE AÑO NUEVO

HISTORIA PÉRSICO-ISLAMITA

**H**ABÍA en la Persia islamita y en la provincia de Tus, un hortelano muy virtuoso, que tuvo el año 320 de la Egira un hijo al que puso por nombre Abul Caseni-El-Manzor. Diz que al nacer cantaron los cisnes del lago cercano ; y, según la leyenda, á los pocos días de nacido, en el momento del plenilunio, incorporóse en su cama, miró á Occidente, y dió un grito armonioso al que contestaron en coro los ecos de las montañas vecinas y los cantos de las aves, á pesar de ser media noche, como si la Naturaleza saludara el primer acento de un genio.

Desde su más tierna edad fué educado como convenía á su gran talento. Acostumbraba á pasarse horas y más horas meditando y deján-

dose llevar de su imaginación á orillas de un arroyo. Así compuso un poema, siendo aún niño, sobre las guerras de Zoak y Jeridum hasta que un día oyó una voz del cielo que le decía : « Anda y canta, que tú serás resplandeciente de poesía cual la luna llena. »

El joven poeta fuése á contar lo que le había pasado al Gobernador de aquella región y éste le aconsejó que se presentara en la corte. Él emprendió el camino á pie y solo. Al acercarse á Gazna, cansado, y cubierto de polvo, encontró en un jardín, bajo un parral, á tres hombres que estaban bebiendo. Eran los tres poetas de la corte ; Ansarís, Asguindi y Ierokí, los cuades al verle mal vestido y lleno de polvo le dijeron :

— Si no eres poeta, vete de aquí y vuélvete á tu pueblo.

— Poeta soy y de gran aliento — respondióles el joven.

— En este caso, — replicó el primero, — hagamos la prueba. Cada uno de nosotros compondrá un verso de la misma rima, y tú hallarás el cuarto.

Y escogieron una terminación de la cual sólo había tres palabras en lengua *parsi*. Mas él acordóse del nombre de un héroe antiguo, que rimaba tan bien con los otros tres, que al hacer

su verso, fué aclamado como vencedor por todos los que le estaban escuchando sentados en el césped.

La fama corrió por toda la corte y el soberano Mahamud lo recibió espléndidamente y le dijo :

— Tus versos, joven poeta, difunden en mi alcázar el esplendor del paraíso.

Y desde aquel día todos le llamaron Firdusy, esto es, *Paradisiaco*. Y habitó con el soberano.

Pero como el talento es causa de envidia y odio entre los hombres, tanto como la hermosura entre las mujeres, varios envidiosos — porque Mahamud le había encargado la redacción del poema *El Schah Nameh*, — lo acusaron de demoleedor y blasfemo, afiliado á la secta de los *siítas*, y bien pronto tuvo que abandonar el real alcázar y su magnífica biblioteca, para marchar de noche, hacia otra tierra más hospitalaria.

\*  
\* \*

A cada etapa de su viaje daba un nuevo canto, cada uno mejor que el precedente, pero la envidia de sus rivales impotentes, seguía acusándole. Wusseím Mahucandor favorito del

soberano mandó perseguirle, y él montó á caballo, puso al lado de la silla una buena espada y una hacha, calóse el casco, embrazó una rodela, y se fué galopando á Bagdad, abandonando la Persia.

Kader Billiah, el gran califa, lo recibió como un amigo y rehusó entregarlo á los emisarios de Mahamud que lo reclamaban. Pero le aconsejó que se internara, y Firdusy montó en un caballo del propio califa y fuése al Tabaristan, y de allí al Cobistan, siempre haciendo nuevos cantos, cada vez más brillantes.

Nazir, califa del Cobistan, lo instaló en su propio alcazar, y mandó una carta á Mahamud, en la cual le decía, reconviniéndole por su ingratitude con Firdusy :

— « Hay muchos Eolofas en el siglo, pero no hay más que un solo Firdusy ».

Yacababa con estas frases :

« El genio ofendido es una recriminación que dura hasta el día del final juicio. Tu alma será anulada por el fuego de la indignación ; la suya será refulgente en el cielo como un astro. »

Y convocó toda la Corte y todo el pueblo para el primero del año, al empezar el nuevo día ; por que como era de costumbre saludar al Año nuevo con un canto, fuese él quien lo saludase con una balada.

Y así fué. Y diz que era en plenilunio en una noche serena y apacible, en que las estrellas palpitaban en el azul inmenso y la luna estaba en lo alto como presidiendo la fiesta. Y Firdusy avanzó en la terraza, y cantó al son de guzlas añafiles, címbalos, arpas y crótalos, esta balada alusiva á su vida, titulada :

#### LA LUNA Y LOS PERROS

« La ciudad está á oscuras.

« El sol se ha puesto.

« Los minarettes, las cúpulas y los puntos culminantes de los edificios, se destacan apenas vagamente, cual difuminadas manchas negras sobre el cielo azul oscuro de la noche.

« Sólo alguna lucecita se divisa á través de alguna ventana, dando un leve resplandor.

« Nada tiene relieve ni contorno preciso.

« Y la Luna sale.

« Sale roja como una ascua y sale rozando los tejados y derramando fuego sobre ellos, tal, que parece incendiarlos.

« Y la gente se espanta y busca al incendiario. Y ven que es la Luna con sus resplandores ígneos.

« Y los perros ladran. Ladran á la Luna.

« Y la Luna sube.

\* \*

Los perros ladran y la Luna sube. Y empieza á irradiar rayos menos siniestros y más brillantes. Pero su luz es aún rojiza aunque más clara; luz de incendio que tiñe las cúpulas y los tejados de encarnado. Se la ve por encima de una torre y parece una esfera de fuego.

« Y los perros ladran.

« Y la Luna sube.

\* \*

« Y la Luna sube, y ya está por encima de los minaretes más altos, y por encima de lo más encumbrado de la ciudad á la cual manda rayos azafranados que todo lo doran.

« Parece una brillante rodela de oro.

« Y los perros ladran.

\* \*

« Ladran los perros y la Luna va subiendo siempre, poco á poco, majestuosa, impasible, ajena al ladrido de los perros, y á todo lo que

en la tierra digan de ella, volviéndose cada vez más blanca y más radiante.

« Su luz clara é intensa lo ilumina todo.

« Y los perros aún ahullan.

\* \*

« La Luna está en el zenit. De lo alto del cielo todo lo aclara, á todo da relieve, á todo infiltra poesía.

Ilumina el Cielo y la Tierra; y hasta á los mismos perros que la ladran, los favorece con su luz haciéndoles ver los desperdicios y los restos que hay por el suelo, lo que ha sobrado de las comidas de los magnates, para que ellos los roan y se alimenten.

« Y brilla serena y hermosa, y está en lo alto del cielo á pesar de los ladridos de los perros.

« Y ¡ cuán dulce es el amor que á todos su luz inspira la brillante Luna !

## EL RAPAZ INDISCRETO

CRÓNICA CASTELLANA ANTIGUA

**A**QUESTO se pasaba en los piadosos tiempos del glorioso Rey San Fernando, cuando en tierras de Castilla non había más que fieles, é non herejes, ni malsines insabatatos.

É acaesció que un cierto día un rapaz indiscreto preguntó al su padre, home asaz prudente é temeroso de nuestro Señor Dios San Jesucristo:

— Padre ¿por qué mientras los homes están vivos andan erguidos é derecheros, mas cuando mueren ó los matan en tierra caen é non se mueven é permanescen en tal positura sin que levantarse puedan ?

É respondióle el su padre :

— Porque sostiénelos en tal manera el ánima que de Dios nos viene, é al cielo tiende.

É replicóle el niño :

— É los gorriones, é los buitres, é las águilas que tan alto vuelan, é dejan tierra para llegar

al cielo, decid, Padre ¿ tendrán ánima, é mejor, ya que van más alto ?

É el su padre, confuso non sabiendo cosa responder, porque teólogo non era, castigó al rapaz cruelmente, ya que atrevido se había en materia tal que non era de buenos creyentes el tratarla. É le dijo que non se podían demandar tales cosas, que secretos eran de Don Dios que todo lo fizo é que haciendo tal, en mortal pecado se caía.

É a questo infante, temeroso del castigo, non preguntó más nada. É todo atrevimiento de la natural razón gran pecado le parecía inspirado por maese Satanás que perder ánimas ansía.

É dende que a questo acaesció, el tal niño non ha sabido más nada, é jamás á ser home ha llegado, por más que muchas centurias se hayan pasado de a questo en mantenenencia de Fe.

É aún hoy non sabe nada, ni atrevimientos de razón tiene, lo mismo que cuando a questo acaeciera, porque los juzga perversos é non complideros.

É los buenos clérigos é los benditos frailes, le siguen predicando que TIMOR DEI INITIUM SAPIENTIA EST !

Todos los que a questo leyéredes ó oyéredes leer, decides :

AMÉN.

## VII

### DE COMO HUBO NOMBRE LA CIBDAD DE LION É CIERTO GOLFO ANSY LLAMADO

CUENTO PROVENZAL DEL SIGLO XII

SEGÚN cuentan los corónicas del tiempo de las Cruzadas, había en la Provenza un noble caballero llamado *Godofredo de la Torre*, el cual era gentil en sus maneras é de grandes conocimientos ayudado, é muy humano, é muy compasivo, é prudente en el consejo, é socorría á los pobres é cuidaba á los enfermos ansy que defendía á los débiles contra los forzudos.

É acaesció que un día supo por un venerable ermitaño que el Santo Sepulcro de nuestro Se-

ñor Don Jesucristo estaba en manos de infieles, alarbes malsines, partidarios del Meco, enemigos de Dios é de su Santa Iglesia. É de seguida fué al su castillo mandando aparejar sus armas, é vistió cota con calzas de mallas, y sobre-vesta con la santa Cruz, é calzó acicates é se caló el yelmo en la cabeza, poniéndose espada gineta al cinto é gran montante en la silla, con la maza de chafar. É montó un corcel blanco é embrazó adarga, enristrando aguda lanza con banderola, en la que la sagrada Cruz estaba pintada con color de sangre.

É partió para la Tierra Santa, é llegado á ella, entró en combate desdeñando de cubrirse é de ir en formación de ringlera, marchando el primero de todos, derecho contra los infieles con la lanza en ristre, triunfando siempre, gracias á la su valentía é al Señor Don Jesuchristo é á Doña Santa María, que por ser tan bueno le protegían de todas veras.

É los infieles tenían ya de él tan gran pavura que en viéndole de lejos huían á toda priesa é la victoria era de la Cruz antes ya de combatir. É diz que un Santo Obispo de Trajanópolis, sabiendo aquesto quiso conocello, é le dijo : « Vos sois gran cristiano, caballero del Señor Santo Espíritu, el cual va delante de vos abatiendo los infieles antes que la vuestra lanza

los alcance, é por ello é los méritos de las vuestras fazañas, vuestro castillo será cibdad famosa, é el golfo del puerto en el cual desembarcaredes tendrá nombre igual á vuestra cibdad, é ese tal nombre será símbolo de vuestro corazón leal é por demás esforzado. » É el santo Obispo non dijo más.

É el caballero provenzal quedóse pensativo diciendo para sí : « ¡ *Oh Deus, si vos vvilhetz é aixis vos plauper mi non hauretz pas mancança !* »

É aconteció que un día que cabalgaba por los campos andando en busca de fellones sarracenos enemigos de la santa Cruz, comandando compañía brava de hombres de armas fieles, oyera rugidos pavorosos, como los de león que se apresta para atacar al viandante.

É todo el mundo fué helado de espanto é sólo el señor don Godofredo de la Torre non tembló ni el su escudero, que era de tierras catalanas, de un pueblo llamado Bezaudún, ó Besalú por los naturales. É el dicho escudero dijo : « Por nuestro Señor Don Jesuchristo que temblar no habemos, pues vale más león, que es criatura de Dios é animalia noble, aunque fiera, que sarraceno mal nacido, de color de tizón é hijo del infierno. » É ambos se dirigieron al lugar del cual salían los rugidos é advirtieron presto que de unos matorrales salía un león magno,

enlazado con una infernal serpiente, cuyo león quejábase de angustia, porque la serpiente circuido le tenía todo el cuerpo é lo estrangulaba é constreñía con gran dolor, para ahogarlo é comérselo á la postre.

É el león, que así estaba de colérico é humillado por sucumbir á la presión de una tan vil alimaña que por el fango se arrastra, dirigió una mirada al caballero como pidiéndole que lo matara, prefiriendo recibir la muerte de nobles manos cristianas que acabar ansy oprimido por reptil inmundado. É fué entonces que el escudero le dijo al prócer Godofredo: « Ved Señor aqueste león que es presa de vil alimaña, é por la Santísima Virgen María que habéis de matar é concluir con la culebra del pecado, antes de librar batalla con tan noble enemigo como aqueste león gigantesco, que non por ser grande ha de ser malo, que yo he visto gigantes muy bondadosos, é chiquitines que son de la mismísima piel del diablo. »

É el caballero ansy lo fizo; é ayudado del buen escudero que volteó al león con las su mañas, é del buen león que se dejó voltear fácilmente, siguiendo al escudero, cortó el Godofredo, de un solo tajo de la su espada, la cabeza de la vil serpiente, é deseguida desenroscóse toda cayendo al suelo, que daba miedo el verla,

É a questo fecho, caballero é escudero pusiéronse distantes. El escudero guareciéndose con gran broquel é su pisto en la diestra, dispuesto á rajar el vientre dela bestia fiera en caso de avance; é el caballero detrás, montado, con el montante levantado en alto para dividirla en dos, caso de que diera el salto; y así esperaron al león ya libertado que los atacase, pero... ¡ oh, sorpresa ! El león avanzó humildemente, poco á poco, con ojos de bestia agradecida, é por divina permisión fabló desta manera : « Yo he de seguirte, esforzado Godofredo, é de dar nombre á las tus tierras é á las tus aguas, pues Dios me manda que sea el tu esclavo fasta que fenezca. »

É non fabló mas.

É Don Godofredo con el escudero, maravillados, depusieron la suya actitud defensiva é desde entonces marcharon con el león que les siguió cual obediente can domesticado.

É diz que en llegando á Tolemayda todos los cruzados vieron con asombro la mansedumbre del león é creyeron que era un milagro de Don Jesuchristo en pro de un tan gran conquistador del su sepulcro. É á partir de este día el león iba á combatir con el caballero é el escudero Jofre, que ansy se llamaba, é con éste dormían juntos como buenos amigos que eran. É en los com-

bates el león atacaba á los infieles causando en las sus huestes más estragos que toda una gran mesnada.

É cuando la Santa Cruzada fué finida é el buen caballero con el su fiel escudero é otros provenzales, marselleses é catalanes, volviéronse á las sus tierras, el capitán de la galera, que era un maltés de mal tratar é de peor hablar, dijoles que en la su nave non se transportaban alimañas sino homes, é non quiso al león, é dejó la pobre bestia en el puerto. Mas ésta viendo partir en la galera al caballero su amo é al escudero su amigo, lloraba como criatura que la abandonan, é cuando se percató que la galera ya desaparecía en lontananza, echóse al agua é empezó á nadar siguiendo á nado, de muy lejos, á la nave. É en cuanto ésta fué llegada á Marsella, desembarcaron los cruzados, é el señor Don Godofredo con el su escudero Jofre se marcharon á las sus tierras del Ródano, donde tenía el dicho señor el castillo, é iban andando muy contristados de no tener en la su compañía al buen león.

En tanto éste llegaba al dicho puerto é non viendo á su señor en tierra fué siguiendo á nado el río é remontólo hasta que se unió al su amo ya en las sus propiedades, saltando á tierra no lejos del su castillo é allí la alegría fué grande,

de parte del león é de parte del caballero é del buen escudero Jofre é de la condesa esposa del caballero, que lo alojó en la su antecámara. É el caballero tuvo mucha descendencia, tanta que formó una cibdad, que se llamó *Lyon*, que en lengua franca quiere decir León, é el golfo en el cual vió tierra se le denominó golfo del León, é aqueste es el que está en frente de Marsella, á las bocas del Ródano mesmo, acabando en el condado de Besaudún, en Cataunia, tierra del buen escudero Joffre.

Tal lo refieren las crónicas, que dicen que éste fué el premio que dió Nuestró Señor San Jesuchristo al caballero, al escudero é al león, por las sus fazañas é á más por ser todos, santos é buenos. É ahora todos están en la gloria habiendo el buen León fecho grande amistad con el de San Marcos Evangelista, que allí encontrara.

## EL MILAGRO

LEYENDA DEL REINO DE ARAGÓN

ÉRANSE dos amigos, al decir. El uno era valeroso é esforzado é hidalgo. É había estudiado latín é era gran rimador de versos. É componía endechas á las damas. É por ende é por lo bien pares cido era muy amado dellas. Tan entendido como en amor diz que era en guerra, é non había señor que non le requiriese para comandar los sus ballesteros en cuanto determinase levantarse en armas. É tal aconteció una vez que el rey de Aragón armó sus mesnadas contra el rey de Castilla que quería invadir los sus dominios.

El otro érase el hijo de un mercader, é ejercía el arte de la platería, é fabricaba cálices, é

custodias, é patenas, é cruces, é imágenes benditas de santos, con gran primor, aunque todo esto aprendido lo hobiese en la isla de Maylhorca en casa de judíos, non amigos de Nuestro Señor San Jesuchristo.

É ambos amigos eran muy piadosos é asistían á los divinos oficios que se celebraban en una Abadía de las cercanías por lo cual eran muy bien quistos del abad é de los frailes que en el convento con él moraban.

É como aconteciese que el caballero se fuese á la guerra llamado por su señor el rey de Aragón, fué á casa del su amigo el platero é le dijo :

— Que Él Señor sea en vuestra compañía. A lo que le respondió el joyero :

— Que Él os guarde de todo mal é de desgracia, que bien de menesterlo habrédes, pues tan armado os veo que non parece sino que váis á entrar en descomunal é tremenda batalla !

— Ansy es, — respondióle el caballero, — pues voyme á la guerra con mi señor el rey de Aragón, é antes faceros quiero un encargo de gran confianza, puesto que sois mi amigo é hombre devoto é buen cristiano. Aquí os traigo, maese Juan, un cofrecito lleno de piedras que me lo legaron mis padres, que gloria gocen. É nadie mejor que vos puede guardármelo,

puesto que para la guerra parto. Y si non volviere por causa de muerte, entregadlo á la doncella que os lo reclamare de parte de doña Ermesendis, fija del Conde de Ribagorza, que ella de mostraros há, como prueba, la otra mitad de esta cadena.

É aquesto diciendo le entregó á maese Juan la otra mitad de un collar de plata.

— É si yo volviere de la guerra reclamároslo hé, é vos de devolvérmelo habrédes tal como justo es.

É el platero, dijo abriendo un gran mueble de nogal tallado :

— Colocadlo vos mismo, don Gualtero, en este arcón, que en el mismo sitio que lo colocáredes, de hallarlo habéis.

É el caballero puso el cofre en un rincón del arca ; é el platero la cerró é le dijo :

— Vos mismo guardad esta llave que este arcón non se ha de abrir fasta que vos volváis, é por vos mismo ó por la persona que la llave me presentare.

É el caballero metió la llave en la su escarcela, abrazó al platero su amigo é se fué deseándole salud, más toda suerte de bienandanzas, é que al volver de la guerra, si volvía triunfante, de llevarle había un rico presente del botín que ficiese.

\*  
\* \*

Pasáronse dos largos años, é aconteció que el platero casóse con la fija de un judío, aunque habiéndola antes hecho convertir é baptizar, como de costumbre es en tierra de cristianos. É tuvo della un fijo, é después de haberlo baptizado se le ocurrió un día al platero abrir el arcón con otra llave que él tenía igual á la que le diera al caballero su amigo, é cogiendo el cofre lo levantó é cognosció que tenía gran peso, é dijo para sí : — Aquí habrá pedrería por muchos doblones de oro. — É tentado por el demonio de la cobdicia, agarró un manojo de otras llaves que tenía escondidas en un cajón de la trastienda, é forcejeando con una dellas, asaz llena de ganchos que parecía garra de diablo, logró abrir el cofre.

Al ver la riqueza allí encerrada, los ojos se le pusieron chispeantes é comenzó á extender sobre un paño aquel tesoro de pedrería. Las perlas, los topacios, las esmeraldas, los brillantes, los carbunclos, ópalos é zafiros, iban saltando como una cascada mágica. Una vez húbolos todos puestos en el paño, é bien medurado é pesado, envolviólos, é se fué á escon-

derlos en la parte alta de la casa, debajo el tejado. É luego, cogiendo unos pedruzcos é escorias, rellenó dellos el pequeño cofre, que volvió á cerrar con la llave de ganchos, é colocólo en el propio sitio, dentro del arca, tal cual el caballero su amigo dejado lo había, é cerró el arca escondiendo la llave.

\*  
\* \*

Al cabo de poco esparcióse la noticia de que llegaban las mesnadas con los caballeros del señor rey de Aragón, de vuelta de la guerra, en la cual vencido habían, ayudados del conde de Moncada, del de Castillo Emporitano, é del Duque de Sobrarbe.

É vino el día en que llegaron, con gran contento del pueblo, todos llenos del polvo de los combates, al son de trompas, añafles é timbales, é el caballero llegó con ellos, todo tostado del sol con barbas asaz luengas, é descabalgando fuése en seguida á casa del joyero su amigo, seguido del su escudero.

— ¡ Loado sea el Señor Don Jesuchristo é la su divina Madre Doña Santa María ! que ansy os veo volver sano é ileso, — díjole el platero

saliéndole á recibir al dintel de la puerta. — Cada día os hemos rezado al señor San Jorge, patrón de la gentil caballería, para que en su protección, en tan descomunales batallas, os tuviese. — Y dicho esto fizo que se sentase él con el su escudero, éle contó de cómo se había casado, mas non le dijo que fuese con judía conversa. É también añadió que tenían un tierno infante de pocos meses, presente con el cual el señor Dios les había favorecido. — Dicho lo cual le indicó el arca por si quería recoger el caballero el su cofre que allí depositado en confianza había.

É aquéste, sacando la llave de la su escarcela é metiéndola en el cerrojo, abrió el arcón é recogió el pequeño cofre, que halló en el lugar que dejado lo había, dándoselo á llevar al escudero, é entregando un medallón de gran valor al platero su amigo, le dijo :

— Aquí tenedes una rica presea, que tomé en buena lid á un caballero que rendí cerca de Irueste; tomadlo como recuerdo de haber sido vos mi fiel depositario.

É aquesta vegada el platero devolvióle el medio collar de plata que el caballero dado le había, é se despidieron con todas las formas leales de buena cortesía é de amistad perfecta.

\*  
\* \*

Mas aconteció que, en llegando el caballero, con el escudero á la su morada, abrió don Gualtero el cofre, hallándolo lleno de piedras ferrizas é de guijarros. Entonces, ciñendo la su espada, se fué á encontrar al platero del diablo para hacer en él ejemplar escarmiento de malandrines é fellones. Mas el platero, que en la sazón estaba en una ventana, viéndole venir tan desafortado seguido del su escudero que también traía cara de vinagre, huyó por el huerto é fuése á refugiarse en sagrado á la abadía. Informado que se hubo el caballero de que allí había refugiado, fuése á encontrar al abad para que le entregase el falsario malandrín, contándole todo lo acontecido. El abad, hombre asaz prudente é conmedido, rogóle al buen caballero que se calmara é que esperase á que él hubiese hablado con el platero, que refugiado en la su iglesia se había. Esperó el buen caballero, é el abad volvió con lo que dicho le había el taimado, é es que aquesto, milagro había de ser por algún pecado del caballero, que partido había en guerra

contra cristianos, é que además legaba lo del cofre á una su amiga con la cual non le unía el santo matrimonio, sinon deseo de fembra é feo vicio de fornicación; é añadió que, al recibir del caballero el tal cofre, éste non le dijo sino que de piedras lleno estaba, como oído lo habían los mancebos de la platería. É el buen abad le dijo que non podían negarse los milagros, con lo cual el caballero se fué contristado é pensativo, jurando por Dios é sus benditos apóstoles, que el tal judío de salir no había del templo que él non lo descabezara.

E ya estaban fuera de la abadía, señor é criado, caminando contristados hacia la villa cuando vieron venir al lego que en pos de ellos corría para conseguirles, el cual, después de saludar cortésmente á don Gualtero, le dijo:

Non tenga tanta pena vuestra merced, que si me lo permite, con la ayuda de vuestro escudero, milagro tal hemos de facer que de recordar há lo que el judío del platero le ha robado. — É rogóle de mandar le el escudero, con el cofre de las piedras, antes del anochecer. É de ir el siguiente día á ver al abad, después del rectorio. É ansy lo fizo.

É durante la noche, mientras el platero permanecía en la iglesia, el escudero, acompañado

del lego, con un cachorro que cogido habían, envuelto en paños como si fuera criatura cristiana, se fueron á asaltar la casa del platero por la parte del huerto, é penetrando en un cuarto bajo en que dormía el infante en una cuna, lo sacaron é pusieron el cachorro, llevándose el niño escondido al convento, donde ya le tenían preparada una cuna, é cerca de ella una cabra para que lo amanantara. É al marcharse dejaron el cofre abierto con las piedras ferrizas á los pies de la cuna en que el perro habían puesto.

Por la mañana el platero volvióse á su casa, y cuál non fué su espanto al encontrarse su mujer desesperada, llorando é gimiendo, é exclamaba: — ¡ Ay de mí! ¿ qué pecado habedes cometido, que el diablo transformado nos há en perro el mío fijo de mis entrañas? É el platero saltó hacia atrás al ver aullar en la cuna aquella bestia horrible. É, al saltar, tropezó con el cofre de las piedras. É ya non le cupo más duda de que aquello había sido un milagro que Don Dios había fecho para castigar la su gran culpa; é fuése llorando al convento á pedir confesión al santo abad, el cual se la otorgó en seguida, enterado que estaba por el lego é el escudero de la farsa que le habían tramado aquella noche; é le dijo el abad,

en cuanto el malvado le confesara el hurto : — Non hay duda que la Divina Gracia ha permitido aquesto que os pasa por vuestros pecados ; pero, faced acto de contrición, volved á casa, traedme el cofre con las piedras finas que le quitasteis, más la presea que el bueno de vuestro amigo os diera. É de pasar habéis la noche arrodillado en la iglesia haciendo penitencia, é la vuestra mujer alojada será aquesta noche en celda sola. É ansy se fizo quedando encargado el lego de dar aquesto é de la su vigilancia.

— É al amanecer, volved á casa — les dijo el lego — que el infante habrá recobrado ya su natural semblanza é figura.

É cuando Don Gualtero volvió, el abad díjole : — Aquí tenedes las vuestras piedras, non las viles, sino las preciosas.

É aqueste, abriendo el cofre, abrazó al abad é le dijo :

— ¿ Cómo fué un tal milagro, que junto ha convertido los guijarros en perlas y los pedruscos en esmeraldas, topacios é rubíes ? — É el abad le contestó :

— La astucia del lego con la traversura del vuestro escudero, que aquesta noche han fecho cada uno aún mayor milagro.

É durante la noche, el escudero devolvió el in-

fante á la su cuna é se llevó el perro. É el platero con su mujer, al llegar á la su casa, después de haber pasado la noche en el convento, él en penitencia, é su mujer en cama, hallaron con gran plascer al su hijo en su verdadera é natural forma.

É el caballero regaló la presea al convento ; además muchas perlas para la corona del Cristo, dando buenos escudos al lego é al escudero.

\*  
\* \*

É á partir de un día tal, tanto el platero como la su mujer al convento se iban con gran frecuencia ; é aquesta más.

É Nuestro Señor quiso que cuando nueve meses pasados de aquesto fuesen, tuviesen otro fijo varón que hubiese igual mirar bendito é piadoso que el buen lego que les ficiera confesar é absolver su gran pecado, é mucho á él se asemejase.

É Don Gualtero que tal vió dijo al Abad : « En verdad, que aquesta vegada non se puede negar milagro ».

## DON JUAN EN EL INFIERNO

LEYENDA FANTASTICA ANDALUZA

**D**IZ que cuando Don Juan Tenorio fué muerto por Centellas en desafío, ni menos lo sintió. Se le figuró como si hubiese despertado de una borrachera cogida en una de aquellas *noches tan puras* en que él iba de parranda. Lo único que notó fué que estaba al lado de un apuesto caballero magníficamente vestido con una capa roja y pluma de gallo en el sombrero, el cual le decía sonriendo con perfecto acento andaluz : « Vamos, Juaniyo ? » — Y le mostraba dos soberbios caballos ensillados y enjaezados á la jerezana que tenía cerca. Don Juan se figuró que sería algún mayorazgo con quien la habría corrido el día anterior, y maquinalmente le dijo — ¡Vamos! — Y montó su alazán, al tiempo que el otro montaba también el suyo.

Y en seguida empezaron una carrera vertiginosa.

Ya al cabo de mucho rato, viendo que después de una puesta de sol encendida como un horno oscurecía, y no se veía ni la menor luz, ni una estrella tan siquiera, y que los caballos continuaban velozmente en el seno de las tinieblas, don Juan quiso parar el suyo; pero ¡cá! el caballo continuó á escape al lado del otro. Entonces, dirigiéndose al misterioso caballero acompañante, le preguntó :

— ¿ Dónde vamos ?

— Pues al infierno — le respondió el otro, como la cosa más natural del mundo, y añadió :

— Tú estás muerto.

— ¿ Muerto yo ? — exclamó don Juan admirado.

— Sí; *el capitán te mató — á la puerta de tu casa.* Y amigo, te me llevo, porque soy un diablo muy amigo tuyo, el que te ha inspirado todas tus empresas y te ha ayudado á salir airoso de ellas. Estoy encargado por maese Satanás de la sección sevillana, y por tanto he estado á tus órdenes durante toda tu vida, sin que tú me vieras. Ahora, chico, ya no hay remedio. Ven conmigo y verás qué recepción vas á tener entre los hombres *de buten* y las buenas mozas de la Historia.

Y en esto empezaron á ver ya en el horizonte una luz rojiza vaga. Por fin fué determinándose más y apareció á la vista de don Juan, atónito, en una llanura baja, como una ciudad inmensa, toda luminosa con una muralla interminable, brillante cual un ascua.

Descendiendo una pendiente rápida, llegaron á las puertas que estaban cerradas, y el diablo le dijo á don Juan.

— Pie á tierra, que ya hemos llegado.

Y apenas había dicho esto, que ya se encontraron desmontados y sin los caballos.

El buen diablo llamó á la puerta, ésta se abrió de par en par, y se vió una avenida llena de gentes de todas las épocas que estaban allí, como esperando.

— Entremos — le dijo á Tenorio su diabólico compañero.

Don Juan no se atrevía; pues, según la idea que él tenía del infierno, aquello le parecía una encerrona.

— ¿ Tienes miedo ? — le dijo su acompañante.

— ¿ Quién dijo miedo ? — exclamó don Juan altivo, Y... *Caló el chapeo — requirió la espada — Miró al soslayo — y... luego... nada!* Atusándose el bigote, entró con aire de matón en los dominos infernales. Mas cuál no sería su

sorpresa al oír gritar á toda aquella multitud de personajes, cada cual en su idioma, por su puesto.

— ¡Hurraa! ¡ya está aquí! ¡Viva don Juan! y un estrepitoso aplauso que duró medio siglo atronó sus oídos. Él no salía de su asombro. Su amigo, el diablo sevillano, no se separaba de su lado, y le iba indicando quiénes eran todos los personajes que encontraban.

— Este es Nabucodonosor — le decía al pasar cerca de uno todo lleno de flecos, que llevaba una tiara de oro, y la barba rizada, y teñida de azul, el cual les saludó con gran ceremonia.

— Este es Alcibiades — le dijo de otro que estaba hablando con un buen mozo que llevaba un casco de oro repujado con la cimera encarnada.

— Su interlocutor es Alejandro Magno.

— ¡Viva la gracia de Grecia! exclamó, echando el sombrero al suelo el buen diablo andaluz al ver pasar una gran mujer de formas esculturales, que envió un beso á don Juan.

— Esa es Aspasia. Siempre que quieras la tendrás ¡tunante! añadió guiñándole el ojo á su protegido.

— ¿Y aquella que viene con tanta majestad, acompañada de un guerrero romano?

— Es Cleopatra, y él, Marco Antonio. Y ya verás cómo deja al Marco por tu preciosa estampa, cuando tú te decidas á echarle un pipero.

Don Juan no volvía en sí de su asombro. Le parecía imposible todo aquello.

— No hay como ver y viajar, — exclamó — pero ningún país me ha resultado tan diferente como este. Mientras al fin y al cabo esto no esté preparado así para después hacerme sufrir más — suspiró temeroso.

Y empezaron á ver todo lo más selecto de la Historia. Allí estaban Salomón, Zoroastro, Confucio, un enjambre de Faraones, toda la *Escuela Jónica*, y la *Eleática*, los sofistas, Pitágoras, Platón, Aristóteles, los Gnósticos, Abelardo con su Eloisa, los Arabes españoles: Averroes, Al-Kindi, Abul Faradaj, Almanzor con todo su harén; Mahoma había arrojado el Korán al fuego y repiqueteaba unas sevillanas con la princesa Zoraida. Allí todos los Hérésiarcas estaban de jolgorio: Juan Huss bailaba una zarabanda con unas monjas, Lutero con su abadesa había tirado la Biblia y danzaba una habanera, lo mismo que Juan de Leyden con una diaconisa.

Benvenuto Cellini, León X, Juan XXII y Julio II estaban bebiendo espumante d'Asti,

Miguel Angel cantaba una tarantela de contento al ver pasar á don Juan y le prometió hacerle su estatua en oro. Los Médicis jaleaban, mientras varios músicos venecianos tocaban en una góndola anclada en un canal cercano. Bocaccio leía cuentos verdes y un sin fin de Abadesas se reían como unas locas. Todas las grandes mujeres y cortesanas de los pasados tiempos estaban allí presentes. Herodías, Salomé, la Cava buscando á su don Rodrigo, Margarita de Borgoña, las dos Lucrecias, la romana y la Borgia, Hipatia, Mesalina, la Reina Berenice, Isabel de Baviera, Clemencia Isaura, Eleonora de Guyena, María de Médicis. En fin, que *tout l'éternel féminin*, como dicen los franceses, estaba allí presente, sonriendo al primero de los amantes profesionales.

Don Juan andaba de sorpresa en sorpresa, buscaba eso del fuego eterno, y no hallaba más que el fuego de los ojos de esas grandes condenadas, creía encontrar gemidos y sólo hallaba risas. En lugar de antros fuliginosos con calderas, veía espléndidos *boulevares* con palacios; en vez de una bóveda seca y requemada, sólo veía una atmósfera luminosa, embriagadora.

Y no se daba cuenta de ello, no podía creer lo que veía.

— Mira — le dijo su acompañante — todo

lo que ves está á tu disposición por completo. Tendrás palacios, góndolas, caballos, carruajes criados, músicos, etc., etc. Si apeteces conquistas puedes escoger entre todas las grandes peccadoras de todos los tiempos. Si quieres juego, lo hallarás á tu placer. Joyas, oro, ricos manjares, vinos exquisitos, todo es para ti.

— Pero... — repuso don Juan.

— Sí, ya sé lo que quieres. Ahora para reposar de la fatiga del viaje, tomaremos unas copitas juntos. ¡ Eh! — y gritó :

— ¡ Jerez á los sevillanos !

Y, como por encanto, apareció una mesa y un par de sillas, y dos camareros diabólicos sirviéronles en copas de cristal de Venecia las mejores marcas andaluzas.

— ¿ Un poquito de pescadilla ? ¿ Qué te parece ?

— ¡ Psé ! — murmuró don Juan.

Y al momento otro camarero infernal les presentó una azafata de plata repujada llena de finísima pescadilla frita mordiéndose la cola.

— La imagen de la eternidad — exclamó el guasón del diablo — ¡ Qué sabrosa es así frita !

Don Juan ya no podía contenerse pues nada comprendía de todo aquello, y por fin, tuvo que decirle á su comensal que le ofrecía copa tras copa.

— Bueno, pero... y el tormento ¿ cuándo llega ?

— ¡ Pero qué tormento ni qué ocho cuartos !

— ¿ No estoy condenado ?

— Sí, á eso, — le contestó señalándole los manjares y la bebida.

— Pero... ¡ infierno sin tormentos ?

— Pues ahí verá usted, exclamó el maligno apurando una copa de amontillado.

— En fin, te lo suplico, explícame, ¡ por Satanás !...

— ¡ Ah, ya ! Bueno, amigo Tenorio, ahora que ya estás entre nosotros y que no se lo dirás á nadie, te voy á revelar el gran secreto.

A don Juan todo se le volvían oídos.

— Pues, — continuó el buen diablo sevillano — aquí no hay tormentos, ni sufrimiento, ni nada de eso. Mira, hace pocos días no quisimos dejar entrar á un yanqui que venía con la pretensión de poner maquinaria eléctrica para atormentar á la gente. ¡ No ! nada de eso. Aquí el sufrimiento está abolido. Todo es jaleo, jolgorio y broma. Sólo que eso de los tormentos y las calderas y el fuego y los diablos asquerosos con cola y cuernos, que pinchan, rajan y apabullan, lo hacemos correr nosotros por la tierra, inspirando todas esas barbaridades á ciertos predicadores, á fin de que se lo crean los

memos, y esto no se nos llene de imbéciles. ¿ Entiendes ? ¡ Figúrate tú si no fuera por eso, cómo nos íbamos á fastidiar con tanta gente sosa como anda por el mundo ! ¡ Qué aburrimiento, amigo !

\*  
\* \*

Tal es la leyenda, como un Folk-lorista inglés me la contó hace ya tiempo.

## LOS TRES GUERRILLEROS

LEYENDA PIRENAICA DEL SIGLO XVII

ÉRANSE tres guerrilleros de una de las varias patuleas que recorrían el Pirineo catalán á fines del año 1670, en que aun duraba la guerra que empezara en 1640 con el terrible Corpus de sangre.

De los tres, uno era muy bravo, el otro muy buen tirador y el tercero muy astuto; y los tres se habían jurado amistad y ayuda y repartirse lealmente por partes iguales el botín que pillaran en los combates.

Un día la banda de la cual formaban parte, dió el asalto por sorpresa á una población contraria, en la cual había una guarnición muy escasa. Los habitantes habían huído abandonando sus casas al saber la proximidad de aquellas terribles tropas irregulares enemigas. Así es que con poquísima resistencia pudieron

apoderarse de la villa, que hallaron desierta, y entregarse libremente al saqueo.

Los tres guerrilleros amigos se destacaron del grupo principal y anduvieron recorriendo calles y más calles.

En todas encontraban compañeros suyos, que se habían apoderado de las viviendas al parecer más acomodadas, y que las estaban vaciando de cuanto bueno había en ellas.

Andando, andando, llegaron á un barrio aristocrático lleno de jardines en el que había algunas casas que aún humeaban. Al parecer sus dueños antes de abandonarlas les habían pegado fuego salvando todo lo que de valor tenían en ellas. Entre estas casas quemadas se levantaba una que parecía un palacio y que no había sido incendiada. Tenía todo el aspecto señorial de una casa solariega, mansión de una familia de alta alcurnia. Nuestros aventureros se pararon ante ella.

— Al fin encontramos dónde pescar algo — dijo uno de ellos.

— Efectivamente, respondió otro. — Si algo queda debe de estar aquí, pues esta casa no ha sido ni quemada ni saqueada aún, ya que sus puertas y sus ventanas están completamente cerradas.

— Pero tal vez aquí nos esperan dentro armados y bien pertrechados sus dueños y sus

servidores, ó puede que hayan combinado algo para que al entrar caigamos en un pozo profundo, á fin de que nos aplaste un peso enorme que nos caiga encima, ó bien nos espera una voladura que nos mande á todos por el aire, — replicó el más astuto y que por tanto, era también el más malicioso.

— ¡ Ah, no, lo que es yo no entro ! Esto de haber sido quemadas las demás casas, y ésta estar ilesa, me huele á encerrona. Aquí hay algo preparado en contra nuestra. ¡ No, no ! Lo que es yo no entro — dijo el buen tirador.

— ¡ Cobardes ! — exclamó el más bravo de los tres. — Guardadme los espaldas, quedaos á la puerta, y si tenéis miedo, vigilad desde aquella esquina que no vengan otros de los nuestros á estorbarnos ó á compartir el botín, y yo entraré solo.

Y esto diciendo descargó una de sus largas pistolas sobre la cerradura de la puerta, la que saltó al suelo, y en seguida empezó á culatazos con su mosquete hasta que la puerta se abrió de par en par.

Y el bravo miguelete entró triunfalmente en el patio . Una vez estuvo dentro empezó á mirar... y nada... todo estaba en la paz que deja la ausencia de los habitantes en un alcázar. Subió una escalera señorial y encontróse ante la esculpida puerta del primer piso, la que abrió

de un tremendo culatazo de su mosquete. Entró en las habitaciones y vió una serie de aposentos regios, con cuadros magníficos, tapices flamencos y muebles de talla. Los personajes de las vidrieras de los ventanales y los de los retratos de los antepasados de los dueños de aquella mansión, parecían mirarle impasibles, como si contemplaran sorprendidos el atrevimiento de aquel soldado aventurero.

Y él siguió adelante, recorriendo estancias, pero todo aquel mueblaje, aquellos cuadros, aquellos tapices, él no podía llevárselos consigo. Era preciso, pues, buscar dónde estaban las joyas y el dinero de la casa, si es que los dueños no se lo habían llevado, en una palabra, el tesoro. Recorriendo estancias llegó á una en que había una librería de nogal tallado con columnas salomónicas. Evidentemente era el cuarto de estudio. Las paredes estaban cubiertas con grandes tapices representando escenas alegóricas. Nuestro miguelete fué inspeccionando y empezó á levantar todos los tapices. Debajo de uno de ellos, creyó divisar una rendija; sacó su daga, introdujo parte de la hoja y haciendo un esfuerzo con movimiento de palanca abrió una puerta secreta.

Penetró por ella y se halló en una pequeña estancia, al fondo de la cual había un armario. La estancia recibía la luz zenital por un tragaluz

que le venía del tejado. Descerrajó el armario y... efectivamente, allí estaba como esperándole el botín tan deseado. Varios montones de escudos, en medio de legajos de pergaminos y documentos que poco le importaban; tres pilones de ducados de oro, y un cofrecito que, abierto con la punta de la daga, resultó estar lleno de preseas, de ricas joyas y de pedrería. ¡Qué alegría la suya al ver brillantes gruesos como avallanas, esmeraldas como almendras, perlas irisadas del grosor de los granos de las uvas, y entre ellas una negra!

Presuroso cerró el cofre lo mejor que pudo, con la cinta que quitó á un legajo de papeles.

Llenóse la escarcela de escudos y de ducados de oro, embutiólos en todos sus bolsillos, y no bastándole con esto, colocó algunos puñados en sus botas, y con el mosquete al hombro y el cofrecito debajo del brazo pasando por aquellos corredores y estancias solitarias, volvióse á unir con sus compañeros, bajando la escalera principal dando gritos de alegría.

— ¡Vengo lleno de oro!; Traigo perlas, esmeraldas, diamantes! — les gritaba.

Una vez se reunió á ellos en la calle, les contó todo lo que había encontrado mostrándoles un puñado de oro.

— ¡Y ahora en marcha! — les dijo, — vamos al llano de los cuatro pinos que está cerca de

Francia. Allí nos partimos el botín como hermanos, y luego, cada cual por su lado, por que si volvíamos con los de la banda, nos desbaliarían. ¡ Seguidme !

Y echó á andar con paso apresurado hacia el campo. Los demás le siguieron á corta distancia, el mosquete al hombro, con la mano izquierda apoyada en el pomo de la espada.

Y llegaron á un bosque, y como el más bravo era más fuerte y andaba más de prisa, un momento lo perdieron de vista.

Entonces los dos que iban detrás se juntaron, y el más astuto dijo al que era el mejor tirador :

— Es una lástima que éste se nos lleve una parte del botín, que sin duda será la mejor, porque al fin y al cabo ¿ qué ha hecho ? Entrar en una casa abandonada, mientras nosotros le guardábamos las espaldas pudiendo ser muertos de un arcabuzazo tirado á mansalva desde las ruinas ó desde las casas de las cercanías ¿ No es triste, pues, que él nos reparta lo que él quiera ? :

— ... ¿ Mas, qué hacer ? — dijo el otro.

— Mira, nos adelantamos, y al subir él el cerrillo que hay antes del llano de los cuatro pinos, tú que tienes buena puntería le tiras.

— ¿ Y si no le doy ?

— ¡ Vaya si le darás ; si donde pones el ojo pones la bala ! Y si tú no le das, le tiraré yo, y en

último resultado, caeremos encima de él con muestras espadas. Una vez muerto nos partiremos por mitad todo lo que lleva encima, que debe de ser mucho, y pasaremos la frontera. Animo pues, y apunta bien. ¡ A ver cómo te luces !

Y, efectivamente, avanzaron por el bosque y al salir de él vieron que su bravo camarada su- bía ya el cerrillo. Entonces el tirador, echán- dose el mosquete á la cara, apretó el gatillo, sonó una detonación y cayó muerto el más bravo de los tres guerrilleros rodando cuesta abajo con su cofre. Mas apenas había dispa- rado el buen tirador, el otro, más astuto, pe- gándole un tiro en la nuca por detrás, lo dejó tendido y sin vida.

Y hallándose solo y dueño del campo por com- plete, avanzó, apoderóse del cofrecillo que en- contró en el suelo, registró el cadáver del más bravo, llenóse los bolsillos de oro, la escarcela y las botas, cogiéndole el mosquete aún cargado, tiró al suelo el suyo, y se fué con el del otro al hombro camino de Francia.

Y atravesó la frontera.

Y llegó á una población grande, y con el oro que llevaba fué muy bien recibido.

Y se fincó ; y vivió muchos años feliz y bien considerado y lleno de honores.

Y diz que fué de todos muy respetado y muy bien querido, y murió en gracia de Dios, con to-

dos los sacramentos, á una edad propecta, y todo lo más notable de la ciudad asistió á su entierro, y hasta fué cuestión de ponerle una lápida conmemorativa de su estancia en dicha población.

Y un abate que predicó en el *oficio de requiem* de su entierro, aseguró que había alcanzado la gloria eterna por sus sentimientos caritativos y sus grandes virtudes cristianas.

\*  
\* \*

De este apólogo se desprenden tres grandes enseñanzas: Primera. — Que en la guerra y en la lucha por la vida en general, el que triunfa no es ni el más bravo, ni el más apto ó el más técnico, sino el más astuto y de mayor mala fe.

Segunda: — Que el dinero, — desgraciada é injustamente, — lo legitima todo, delante del común de las gentes y es origen de bienestar, y de alta consideración, hasta por parte de aquellos que solo debieran considerar la virtud.

Y tercera: — Y es la más moral, que la amistad sólo en el bien puede existir, pues que en el mal, cada uno pensando en el mayor provecho propio, sólo en daño ajeno arguye.

Y quien dijere lo contrario, miente.

## XI

### ESCLAVOS DE LA VERDAD

#### CUENTO HOLANDÉS

**E**L bergantin *Mercurius* de la casa Van der Voos de Amsterdam, que hacía el viaje de carga de Holanda á la Isla de Java, tenía por capitán un marino inglés, John Wrigt hombre muy serio y formal, esclavo de la verdad, reformado observante, afiliado á la Sociedad de la Templanza, un puritano austero en toda la extensión de la palabra.

El piloto del propio buque, era un holandés llamado Lucas Schrutter, buen marino y cumplidor con su obligación, pero muy despreocupado y *bon vivant*, que se reía abiertamente de todas las *prácticas observantes* del capitán Wrigt.

— Bastantes limitaciones y contrariedades tenemos en la vida para que tengamos que im-

ponernos aún otras, — le contestaba á éste, cuando le reñía por su afición á la mesa. — El *comercio* y el *bebercio* son los dos auxilios más poderosos que la Humanidad tiene —le decía, y se echaba á reir como un loco, cargando la pipa, mientras el capitán se marchaba re-funfuñando.

Los días de calma, John Wrigt se los pasaba leyendo la Biblia, mientras que el alegre piloto leía libros humorísticos, fumaba su pipa y bebía su ginebra ó su brandy de marca, cuando no se permitía en la comida destapar una botella de champagne, con gran escándalo del capitán. Entonces se ponía decidor, y sentado á proa sobre un gran rollo de cuerdas, pun-teaba una mandolina y entonaba canciones alegres, que en su juventud aprendiera en los puertos de España y de Italia.

A cada nueva reprensión del capitán, él contestaba :

— ¿Es que faltó al servicio? ¿No ejecuto bien todas las órdenes que me dáis?

Y el capitán tenía que reconocer que cumplía como buen marino, aunque á él le hubiese gustado más que cumpliera como buen protestante.

Un día que se paseaba por el puente, observó que el amigo Lucas le estaba dando

fondo á una botella de Curaçao, y no pudiendo ya contenerse, le gritó :

— Maestro Schrutter, el día que os vuelva á ver bebiendo de esta manera, lo consignaré en el *Diario de á bordo* para que al llegar á Amsterdam el gerente de la compañía lo sepa y se os aplique el consiguiente castigo.

El piloto se encogió de hombros, se levantó y fué á esconderse la botella á su camarote, no pudiendo aguantar la risa al ver al capitán malhumorado.

Pasaron varios días, y ya había olvidado aquella advertencia tan seria, cuando Schrutter vió, hojeando el calendario, que era el seis de Abril, día de su cumpleaños. El cielo estaba sereno, la mar apacible, el buque marchaba lentamente como por una balsa de aceite, y todo invitaba á celebrar la fiesta.

Convidó, pues, al capitán y este rehusó, previendo ya de la manera cómo el piloto celebraría sus días. Luego se fué á convidar á varios amigos de la tripulación y al sobrecargo, y le contestaron que el capitán les había prohibido que aceptaran el festejo de su fiesta. Entonces se decidió á comer solo, y se puso á la mesa, teniendo por única compañía una botella de buen Burdeos, otra de champagne y una de rom *kingston* para los postres y el café.

Acabado de comer se fué á popa más alegre que unas Pascuas, y con una copa en la mano empezó á echar brindis solo, á la salud de todos sus amigos, los cuales se reían, sin atreverse á comunicarse con él.

El capitán lo vió y no dijo nada, pero entrando en la *caseta del puente*, tomó el *Diario de á bordo*, y anotó : — « Abril, día 6, el piloto Lucas Schrutter ha bebido. »

Al día siguiente después del almuerzo, antes de darle ordenes, sacó el *Diario* y mostrándoselo, le dijo :

— Hé aquí lo que os ha valido vuestra falta de templanza.

El buen Lucas leyó, se puso mohino, le suplicó que lo borrara ó enmendara, pues en su larga carrera de marino, nunca había tenido una nota mala. El capitán se negó.

— Así pasó, y mi deber es el de consignarlo así, pues yo soy esclavo de la verdad.

El pobre Schrutter se marchó triste á cumplir con sus obligaciones de á bordo.

Pasó algún tiempo, y ya al veloz bergantín le faltaba poco para entrar en aguas de Holanda, cuando un día el capitán sintiéndose indispuerto, tuvo el piloto que encargarse del mando del buque.

Una de las primeras cosas que le encargó

fué que en el *Diario de á bordo* consignara la verdad estricta de todo lo que ocurriese.

A los dos días el capitán restablecido volvió á tomar el mando del buque.

Su primer cuidado fué el de ir á ver el *Diario*. Cuál no sería su sorpresa, al leer después de las varias observaciones anotadas sobre el tiempo, etc., etc. :

« Mayo 5. El capitán, hoy, no ha bebido. El capitán está enfermo. »

Furioso llamó al piloto y enseñándole el *Diario* le dijo :

— ¿ Pero qué habéis puesto aquí ?

— La verdad, capitán, — respondió imposible Schrutter.

El 5 no bebisteis, y el 5 estabais enfermo.

— Pero es que el gerente de la compañía al leer esto, podrá suponer que todos los demás días del viaje en que no he estado enfermo, me dedicaba á la bebida.

— Yo nada tengo que ver con las interpretaciones. Así pasó en tal día, y mi deber era el de consignarlo, pues vos me dijisteis que fuera *esclavo de la verdad*.

## EL DOCTOR STUMPER

DIALOGO MÉDICO HUMORÍSTICO FILOSÓFICO

**E**STE diálogo, á pesar de que parezca sólo una humorada tiene un gran fondo de verdad.

Los dos personajes de la clase médica que en él figuran aunque sean simbólicos, el uno del médico farsante que hace fortuna, y el otro del médico sabio, que toma su profesión como un sacerdocio, son reales. Yo los he tenido por discípulos ; han estudiado medicina en París conmigo. Sólo he cambiado los nombres, la naturaleza y ciertos detalles que pudieran darlos á conocer personalmente. Uno de ellos es hoy día un sabio profesor, una de las glorias de la medicina francesa. El otro vive millonario en una gran ciudad del continente americano,

Todo lo demás, incluso la acción, es invención mía para dar relieve á los tipos y sacar la consecuencia.

\* \* \*

En la Facultad de Medicina de París seguían los cursos dos jóvenes amigos. El uno era parisién, huérfano y sin más medios que los que le proporcionaba una hermana suya casada, de una posición muy modesta, en cuya casa vivía; pero si bien contaba con pocos recursos, poseía un gran talento y mayor aplicación. Ganó por oposición un premio, que le permitió seguir estudiando con mayor desahogo y el Gobierno le hizo gracia de las matrículas. Por fin, por oposición rigurosa también ganó los derechos del doctorado. Y una vez hubo tomado su título de doctor, se le ofreció un puesto de profesor clínico en un Hospital de Beneficencia. El acabar la carrera para Augusto Dupré, que así se llamaba, no fué sino la señal para empezar á dedicarse á grandes estudios clínicos y de laboratorio.

Su amigo y discípulo, Marius Patachón era un marsellés, hablador, haragán é ignorante; de nada sabía, aun que hablaba siempre

de todo Iba á clase lo menos que podía. No abría nunca los libros. Seguía la carrera gracias á una pensión que le pasaba un pariente suyo bastante acomodado. Pero acaeció que poco después de haber obtenido el título de médico, casi por favor, murió dicho pariente y se acabó la pensión.

Marius Patachón después del consiguiente disgusto desapareció y nadie, ni su amigo Augusto, supo adónde se había marchado.

\* \* \*

Pasaron más de veinte años.

Augusto Dupré cada día tenía menos clientes, pues era tal el cuidado que ponía en el tratamiento de sus enfermos, que entre el estudio y el cumplimiento de su deber en los Hospitales, apenas si podía asistir á cuatro ó cinco.

Un día el Gobierno francés le dió, á proposición de la Academia de Medicina, el encargo de ir á estudiar una enfermedad que se presentaba en la raza bovina del Norte América y que se temía pudiera contagiarse á la especie humana; y nuestro doctor se embarcó en el Havre para Nueva York.

Al siguiente día de su llegada, estando ya en

el *Smoking Room* del hotel oyó que se hablaba con gran elogio de un célebre médico alsaciano, del cual contaban prodigios. Preguntó por su nombre y dirección, pues creyó que un gran doctor que estuviera allí al corriente de los últimos adelantos científicos podría serle útil en su estancia en América.

Le dijeron que dicho sabio doctor se llamaba Hans Stumper, y que habitaba un hotel particular de la 5a Avenida.

Aguijoneado por la curiosidad, por la tarde tomó un auto y se hizo conducir al hotel del célebre doctor alsaciano. En cuanto llegó vió á la puerta de un magnífico palacio, una infinidad de coches que estaban esperando. Bajó de su vehículo, y un criado dió al *chauffer* un número de orden para que se alineara. Subió por una escalera suntuosa, y ya en la puerta del principal, un mayordomo de rigurosa etiqueta le recibió preguntándole :

— ¿ El señor tiene hora señalada ?

— No, respondió Augusto, — pero soy un comprofesor de París, y pásele usted esta tarjeta. — Y le dió la suya.

El mayordomo la tomó, y á los dos minutos volvió, diciéndole.

— Venga usted conmigo.

Y le condujo á una habitación reservada con-

tigua al despacho del doctor, atravesando varias salas llenas de gente que estaba esperando.

Al cabo de algunos minutos se abrió la puerta de comunicación, y Augusto entró en un gran despacho aparatoso, amueblado con gran lujo y lleno de una infinidad de instrumentos extraños que le sorprendieron. Vitrinas con frasquitos pequeños, otras con aparatos de cirugía; barómetros, termómetros, higrómetros, electrómetros etc... llenaban los huecos de las entapizadas paredes, que dejaban libres los grandes armarios llenos de libros. Además, por las mesas, encima de las sillas, y hasta á montones en taburetes, había libros, revistas, y grabados científicos, todo esparcido como si fueran material de trabajo que se acabara de consultar.

En una gran mesa, detrás de la cual había un gran sillón, se veía una lámpara y varios lentes como destinados á examinar la laringe ó la retina. En un ángulo de la estancia se hallaba un esqueleto articulado, cerca de un aparato extraño en forma de báscula, el cual terminaba con una columna que sostenía un cuadrante extraño de una sola aguja.

Y destacándose sobre el cuadro de esta decoración científico-fantástica, se presentó á la

vista de Augusto la figura de un *sabioide* grueso, todo afeitado con una gran calva y el cabello escaso cortado á nivel de la nuca y recogido detrás de las orejas. Llevaba gafas de oro, cuello alto, corbata y chaleco blanco, y una larga levita negra con forros de raso, abierta, luciendo en la pechera de la camisa un grueso brillante, y en el chaleco una gran cadena de oro con un medallón lleno de pedrería.

Al verle, Augusto, preguntó :

— ¿ El Doctor Stumper ?

Y cual no fué su sorpresa al ver que éste cerraba la puerta y dirigiéndose á él le decía :

— ¡ Augusto ! ¿ No me conoces ? ¡ Soy yo, yo, tu antiguo amigo y condiscípulo ! ¡ Sí, Marius Patachón !

Augusto se puso los lentes, le miró fijamente un rato, y por fin exclamó :

— ¡ Tú ! ¡ Parece mentira ! ¡ Pero si eres tan diferente ! Es verdad que ya hace más de veinte años que no te había visto... No obstante, — añadió examinándole atentamente como para convencerse. Sí, los ojos son los mismos ; ¡ pero cómo has cambiado ! Y dime, ¿ qué has hecho para llegar á ser tan sabio, tú, tan... tan ?..

— Sí, ya puedes decirlo — le interrumpió Marius — ¡ tan tarambana y tan gaudul ! Pero

siéntate y cuéntame qué rediablitos te trae por aquí, á Nueva York, tú que en París tienes una posición envidiable, académico, Director de un laboratorio de Química biológica y ¡ qué se yo ! Por los periódicos siempre he ido sabiendo noticias tuyas.

— Ya verás — le respondió Augusto. — El Gobierno, á instancias de la Facultad de Medicina, me ha encargado de una misión científica. Según parece, en este país de la Unión Americana se ha presentado una enfermedad extraña en la raza bovina, y se teme que pueda contagiarse en ciertas circunstancias á la especie humana. Y yo vengo delegado para estudiarla detenidamente.

— ¿ Y cómo te las has arreglado para encontrarme ? Tal vez has sabido que...

— Al llegar al Hotel, después de aposentarme en el piso 24, bajé con el ascensor al restaurant para almorzar, y allí oí á unos señores que comían en la mesa hacer grandes elogios del Doctor Stumper, un médico alsaciano, muy sabio, que había estudiado en París, en Viena en Berlín, y se contaron de él cosas maravillosas.

— ¿ A ver, qué dijeron ? — preguntóle Marius curioso.

— Que el tal Doctor conocía todos los procesos de las fermentaciones, los últimos descu-

brimientos en histología y micro-biología, que trabajaba en lo de los metales coloides y que aplicaba la radioterapia, y aún todos esos rayos, que en Europa casi no hemos hecho más que vislumbrarlos.

Marius le escuchaba sonriendo.

— En fin, tan grandes elogios hicieron del sapientísimo Doctor, que les pedí su dirección, creyendo que podía servirme de mucho en mi estancia en América. Y hoy he venido á tu suntuoso hotel, y ¡figúrate mi sorpresa al encontrarme con que aquel gran sabio alsaciano era, ni más ni menos que mi antiguo camarada, el sempiterno bromista, el marsellés alocado Marius Patachón !

— ¡ El mismo, chico, el mismo ! Ya verás, á nuevos países todo nuevo, hasta el nombre y la figura. Aquí soy otro personaje. Aquel truhán de Marius, desapareció al atravesar el Océano para metamorfosearse en el gran Doctor Hans Stumpter. ¿ Verdad que para un gran médico, este nombre es de más buen efecto ?

— ¡ Oh, y el vestido que te me has puesto ! — exclamó Augusto mirándole y echándose á reír.

— ¡ Verás, todo tiene que ir de acuerdo ! ¡ A nombre grave, vestido solemne !

— ¡ Y qué levitón más imponente ! ¡ Y qué cadena ! ¡ Si parece la de amarrar un buque !

¿ Y las sortijas ? ¡ Si se te cae á los pies una de esas piedras lo menos vas á cojear una quincena !

— ¡ Vaya ! — le contestó Marius, — ahora que yo me he vuelto serio el guasón eres tú. Pues, ¿ qué querías ? ¿ Que me presentara como cuando era estudiante en París, con aquella americana de veludillo, que de tan corta casi era deshonestá ; pantalones de pata de elefante, el peinado á lo Capoul, un proyecto de bigote á la borgoñona, y aquel hongo gris que parecía un bollo ? ¡ Pues ya habría estado aviado ! Todo el mundo me hubiera tomado por un zascandil, y hubiesen tenido razón.

— Pero, dime — le preguntó Augusto — Aquí debes haber estudiado mucho, para...

— ¡ Nada !... Pero hablemos de nuestros buenos tiempos, de cuando éramos estudiantes. ¡ Háblame de aquel París tan hermoso ! Yo después ya te contaré cómo he adquirido mi gran reputación. ¿ Qué tal París ? ¿ Ha cambiado mucho ?

— Bastante — díjole Augusto. Empieza á parecerse á esto. Todo se americaniza. Por todas partes no ves más que automóviles, autobuses, *voiturettes*, motocicletas que pasan como un rayo. Los fiacres han desaparecido ante los *taxímetros*. Aeroplanos y dirigibles rivalizan en concursos como antes los caballos de las carre-

ras. Por todas partes focos eléctricos, mucha luz. Y músicas de zingaros en los restaurants y grandes tabernas; bares, cervecerías alemanas, todo lujosísimo, y champagne á todas horas que es una locura. Pero ha desaparecido aquel buen gusto, aquel *chic* de entonces. Ya no se ven aquellos carruajes tan elegantes con aquellos briosos caballos y criados de gran librea en el paseo del bosque de Bolonia, ni aquellas *toilettes*... nada, ¡ que todo ha cambiado!

— ¿ Todo? — demandó Marius extrañado.

— Es decir, todo lo exterior, todo lo que admira á los forasteros. Mas por lo que toca á aquel París serio é íntimo de los hombres de ciencia y de los artistas, este continúa siendo el mismo, y tal vez se prepare á ser más grande.

— ¿ Y nuestro Barrio Latino?

— También ha cambiado algo, pero no tanto.

— ¿ Tienes muchos clientes? — le preguntó Marius.

— Pocos — contestó Augusto. Ocupado como estoy con el laboratorio y la cátedra, no es posible. Además, que un médico de conciencia, no puede tener muchos enfermos, si quiere estudiar como es debido sus dolencias.

— Pues yo tengo más que quiero.

— Pues no sé cómo puedes hacerlo, — dijo Augusto extrañado.

— Pues — paso redoblado, como los soldados. No me rompo la cabeza. La cuestión son los *dollares*. ¿ Ves? Yo soy millonario y de seguro que tú debes tener muy poco dinero en el Banco de Francia.

— ¡ Ninguno! Gano para cubrir mis necesidades y es lo suficiente. Siempre he trabajado para el progreso de la Ciencia y en pro de la Humanidad — contestó Augusto.

— ¡ Bah! — dijo Marius, meneando la cabeza.

— Nuestro deber es combatir el dolor allí donde se presente, — continuó el doctor parisiense — hacer desaparecer el mal, disminuir el sufrimiento. Somos soldados de la vida sobre la tierra, y con las armas, cada día más perfectas, de la Ciencia, debemos hacer retroceder la muerte y el mal, tanto cuanto podamos y siempre curar al prójimo sin ninguna mira egoísta. Mira, los clientes si están acomodados, ya me pagan lo que pueden; si son pobres yo tengo una verdadera alegría en curarlos de balde, y aún á veces les doy dinero para que puedan alimentarse y restablecerse. Así tengo gente agradecida que me quiere con delirio. ¡ Ya ves si estoy bien pagado!

— ¿ Y continúas soltero? — le preguntó su amigo.

— Sí; vivo con una hermana que enviudó.

Mis sobrinos me hacen el efecto de hijos. Yo les formo la inteligencia y el corazón.

— Pues yo, ahora que soy rico, voy á casarme — le dijo Marius, — con una chica más bonita que una rosa. No tiene más que veintidós abriles; luego dejaré la consulta y nos iremos á viajar.

— ¿Sabes aquellos versos de aquella opereta bufa española?

No te cases con niña hermosa  
Que es cosa  
Para viejos muy peligrosa.

— Tú á todo le encuentras peros, — respondió Marius algo amoscado. — No hay cuidado que uno pueda echar una cana al aire, siguiendo tus consejos.

— ¿Pero no sabes — le dijo su amigo — que los hijos de los viejos heredan la fatiga fisiológica de estos y resultan unos degenerados? ¡Qué tremenda responsabilidad para los que los han puesto en el mundo!

— ¡Ay, ay, ay! — exclamó Marius mohino. ¡Hé aquí lo que tiene el ser demasiado sabio! Y después, que yo no soy viejo. Mira qué tieso estoy, qué firme ando! Y dió unos pasos por la habitación, irguiéndose y pisando fuerte. — Y continuó:

— Sufrimientos no he tenido, porque nunca me he impresionado por nada.

— Bueno; dejémoslo, si te incomoda. Pero aún no me has contado cómo te las has compuesto para adquirir la fortuna que tienes, ni para llegar á ser tan sabio como dicen.

— Sí, ya lo has dicho bien... *Como dicen*, por que aquí, para entre nosotros, yo sabio no lo soy ni poco ni mucho. *Guita*, tanta como quieras. ¡Ciencia ninguna!

— Ya me lo figuraba, — replicó Augusto sonriendo.

— Ya verás, — continuó Marius. — Cuando falleció mi tío Antonio, que estaba en Argel, y me pasaba la pensión que me permitía estudiar, quiero decir, cursar, en París, habiendo concluido la carrera de cualquier modo, me fuí á Marsella. Un amigo de mi tío, que era administrador de los trasatlánticos, me proporcionó un pasaje gratis para Méjico, como practicante del médico de abordó, y así llegué á Veracruz. Sólo llevaba conmigo el estuche de cirugía; libro ninguno. Los pocos que tenía los vendí antes de embarcarme. Al llegar allí me puse á sacar muelas, haciendo de dentista por las plazas públicas. Luego me fuí á poblaciones del interior, donde casi todos eran indios. ¡Una vez por poco me desuellan vivo!

— ¿Y eso? — interrogó Augusto.

— Nada, que á uno de aquellos morenos, en vez de arrancarle una muela, casi le arranqué la mandíbula. ¡ Suerte que tomé las de Villadiego, y no paré hasta San Francisco! Una vez en California, hice de médico de los mineros; ¡Y gané algún cuarto! ¡Como que les daba por el gusto! Para refrescar, un vaso de aguardiente con unas gotas de agua; para purgar, aguardiente con jalapa. Cogían un constipado, aguardiente caliente. ¿Tenían las fiebres? Aguardiente con quina, y en la convalecencia aguardiente solo.

— Pues di que tú todo lo curabas con aguardiente — objetó su condiscípulo sonriendo.

— ¡Ah, no! A veces les hacía tomar una cucharada por la mañana y otra por la tarde...

— ¿De qué?

— ¡Qué sé yo!.. de cualquier cosa. Luego me vine aquí y una vez aquí ¡aquello fué ganar dinero!

— Pero yo no comprendo cómo aquí...

— Es muy sencillo. Así como tú te has pasado el tiempo estudiando al hombre sano y al hombre enfermo, y la manera de curarlo, yo yendo por esos mundos, me he dedicado á estudiar el hombre ignorante, el hombre bestia, y la manera de explotarlo, ¿entiendes?

Y añadió sentenciosamente:

— *Numerus stultorum infinitus est*, — dice el Evangelic.

— ¡No, el Evangelio no, hombre! — objetó Augusto.

— Pues cualquier otro librote antiguo, por el estilo, — añadió Marius. El mundo está lleno de estupidez. Créeme, Augusto; para los demás, uno no es lo que es, sino lo que parece. La gran cuestión está en pasar por sabio, no en serlo. Demasiado trabajo, y luego tienes anemia cerebral y neurastenia, y nunca tienes un cuarto. ¡Nada, chico! parecer es mucho más sencillo, y sobre todo más productivo. La apariencia es la realidad de la mayoría. Por eso al venir á establecerme aquí, me transformé en un Doctor grave, muy bien vestido, siempre serio. Joyas de valor, ó que lo parecieran, pues de un médico rico nadie sospecha que alargue las visitas. Esta calva que ves, — y señalóse la cabeza — se debe á un depilatorio. Tenía el cabello más negro que el tuyo.

— Verdad, — exclamó Augusto, recordando.

— Luego con agua oxigenada me lo volví de un color rubio de oro, que da la hora. Así paso por hombre del Norte, que á un sabio le va mejor que el ser de Marsella. Éstas anti-parras que uso son de vidrio de balcón, por que

tengo una vista que no se la envidio á nadie. Pero un sabio debe de ser corto de vista, ó tenerla cansada de tanto leer, ¿ entiendes ?

— ¿ Y no has estudiado nada? — demandóle Augusto.

— ¡ Nada! Mira, esta biblioteca, — dijo señalándole los armarios, — todos estos volúmenes ¿ ves ? no son más que cajas de cartón con lomos de grandes obras científicas. Por ahí encima de los muebles, siempre tengo libretos abiertos que no leo nunca y revistas médicas que ni siquiera las hojeo. Pero la gente se figura que las estudio.

— Pero... ¿ y todos estos instrumentos, máquinas y aparatos?... yo no comprendo...

— Pues yo tampoco — contestó el marsellés. — ¿ Sabes para qué sirven ? Para sacar dinero, dando á entender á los clientes que soy más sabio que... que tú, por ejemplo. ¿ Ves estos frasquitos que parecen contener sustancias muy raras ? — Y señaló los de las vitrinas.

Augusto los examinó con los lentes diciendo.

— Sí, sales de Vanadio, de Iridio, de Urano, de Torio, de Cerio.

— Así lo dicen las etiquetas — objetó su amigo — pero sólo contienen sal de cocina, hollín, cardenillo, almazarrón, yeso ó vidrio

en polvo... y no los uso nunca. ¿ Ves esa máquina de la cual salen dos cadenas ?

Y le mostró una.

— Es una máquina cualquiera, pero hago creer que produce rayos N. y de todas las letras que te dé la gana. Esta otra que parece para fotografiar, digo que es para sacar fotografías internas del organismo, con la luz negra y con la ultravioleta y esto deja hecho un lila al más pintado. Aquí, esta caja de plomo, tan reservada, digo que contiene Radio, encargando que no se acerquen á ella, pues podría pasarles alguna desgracia ; pero lo que contiene en realidad, son diámetros. — Y abriéndola sacó un largo tabaco de la Habana que ofreció á su amigo, añadiendo.

— Toma, fúmate uno. Todos estos tubitos están llenos de globulillos de azúcar, pero yo les bautizo con nombres retumbantes de plantas imaginarias. *Azafranatus dissolutus*. *Sonsus calmosus*. *Patatiferus magníficus*. *Garbansiferius vitalis*. *Matinalis espavilatus*. Hé aquí todo.

— ¿ Y no se te descubre tanto embuste ? preguntóle Augusto admirado.

— ¡ Qué ha de descubrirseme! — exclamó el marsellés. — Si la gente es más tonta de lo que te figuras. — Y continuó diciendo.

— Por la noche, mientras duermo, dejo siempre aquí en mi estudio la lámpara encendida y los transparentes tirados.

Y señaló la lámpara de la mesa.

— Y la gente que pasa por la Avenida, dice : « Ahora el Doctor estudia. Siempre en vela. » — Y yo en mi cama roncando hasta el mediodía.

— ¡ Todo fingido ! — murmuró Augusto.

— Y cuando viene un enfermo, ó uno que se figura estarlo, le recibo muy serio, haciéndole antes esperar mucho tiempo. Luego le hago desnudar y que se tienda en aquella silla.

Y le enseñó la de hacer operaciones.

— Le escucho el corazón y los pulmones, le golpeo la espalda, el pecho y el vientre ; le miro los ojos con un lente muy grande que lo deslumbre, le hago ver que le saco una imagen interna con los rayos ultraquímicos, en fin, con una aguja de platino le saco una gotita de sangre, que empapo en un terrón de azucar ; diciéndole. « Mañana le analizaré á usted la sangre con el microscopio y con los reactivos de la química del espacio, para venir en pleno conocimiento del origen de su estado patológico. Vuelva usted pasado mañana, ó mejor mande alguno de la familia, por que el caso es complicado. » — Y en cuanto vienen á saber el resultado, les digo que desde hace tiempo se le es-

taba preparando una enfermedad gravísima ; que el caso es de diagnóstico reservado. Y le doy unos globulillos de azúcar, ó tintura de regaliz, con un nombre bien retumbante, y le hago volver cada dos días para aplicarle cualquier máquina de esas ; y si cura, todos exclaman : — « ¡ Qué gran Doctor ! Nos lo ha librado de la muerte. » Y si se muere : — « Ya nos los dijo el primer día que el caso era desesperado. » — Y así siempre quedo bien, y vengan cuentas. ¡ Ah ! si se cura, entonces aprieto fuerte en lo de la cuenta, que con el agradecimiento de la curación, no les duele.

— ¡ Pero tú no tienes conciencia ! — exclamó Augusto escandalizado.

— ¡ Sí, ya verás ! — Párate en barras — respondióle su amigo — jamás tendrás ni tres pesetas juntas. Con cada libra esterlina se tienen cinco dollars de libertad y veinte chelines de acción. El dinero no se caza más que con trampa ; y por lo que tú dices que yo no tengo conciencia, he de advertirte que yo no hago mal á nadie, como ciertos médicos que medican y se equivocan. Yo no me equivoco nunca, pues no doy nada. La Naturaleza sola con un buen régimen higiénico y una alimentación sana, ya cura muchos males. Y luego, si se mueren, no soy yo quien los mata sino ella. ¡ Ah ! de eso sí

que no tengo remordimiento alguno. Jamás he dado más que substancias inofensivas, como agua, azúcar, extracto de regaliz ; ¡ nada de química ! ni cocaína, ni morfina, ni atropina, ni siquiera albúmina. En cuanto á alcaloides prefiero hacerles tomar gallina, sardina ó harina.

Y los coches esperan á la puerta y mi antesala siempre está llena de clientes que han tomado número con días de anticipación.

En esto el criado llamó á la puerta, y luego entró con permiso del Doctor Stumper, que le preguntó :

— ¿ Qué hay ?

— Está esperando aquel señor tan rico de Chicago — respondióle el criado ; — aquel tratante en embutidos. Ya hace tiempo que está en la antesala y se impacienta, pues dice que debe de volverse á Chicago en el último tren, y antes desearía que usted le visitara.

— Bueno, respondió Stumper, — dile que ahora estoy de consulta con un sabio profesor de la Facultad de París, y que en cuanto concluya, yo mismo le llamaré y le haré pasar. — ¡ Ah ! despide á los demás que estén esperando y diles que por estar consultando con este Doctor, no podré recibirles hoy ; que me hagan el favor de volver mañana.

El criado cerró la puerta y se fué. Cuando se hubo ido Marius dijo á su amigo :

— Ya lo ves, ni me dejan tranquilo para hablar contigo un rato. Bueno, contigo ya tendré ocasión de hablar largo y tendido estos días, cuando te lleve á recorrer mis fincas. Ahora déjame visitar á ese imbécil de tratante en cerdos y verás cómo yo lo arreglo. Es el rey del tocino. Un animal que no entiende más que de cerdos.

— Es natural, cada cual por tonto que sea, conoce á los suyos.

— Está lleno de manías y de dinero, — continuó Marius — siempre se le figura estar enfermo, y es que come como cuatro, y bebe como seis, y coge unas *curdas* que no puede con su alma.

— ¿ Quieres que salga ? — preguntó Augusto.

— No, al contrario, quiero que presencias la visita, pero que no se te escape la risa, pues me comprometerías. Después, ya nos reiremos juntos. Tú serio, ¿ eh ? Vas á ver.

Y levantándose describió el portier, abrió la puerta y dijo :

— ¡ Mister Kroking ! puede pasar.

Augusto se sentó á un lado, algo lejos, y vió entrar un tipo alto, gordo, con la nariz y los mofletes colorados.

— Siéntese usted, mister Kroking — le dijo el doctor farsante presentándole una silla.

— ¡Ay, Doctor! — exclamó el tocintero millonario. Hace ya algún tiempo que creo haber cogido otra enfermedad.

— Explíquese usted; precisamente este señor es el primer sabio de la Facultad de Medicina de París — dijo señalando á Augusto. — Es el gran profesor doctor Augusto Dupré, que ha llegado con una misión científica de alta importancia; y ya que la casualidad nos favorece celebraríamos *incontinenti* una consulta si fuese necesario.

— A ver si ahora este badulaque va á comprometerme con una guasa de las suyas — se dijo Augusto para sus adentros.

— Diga ¿qué le duele? ¿Qué se siente usted? Qué le aqueja? — preguntó el falso sabio alsaciano al yanki.

— Verá usted, cada vez que como, luego pierdo el apetito — respondióle éste.

— ¿Es decir que en habiendo comido, ya no tiene usted más ganas de comer? ¿Verdad? — preguntó gravemente Marius. — A lo cual su cliente hizo un signo afirmativo con la cabeza.

— ¡Oh! esto es serio — exclamó con formalidad afectada el marsellés.

Augusto hacía esfuerzos para contener la risa tanto, tuvo que ponerse el pañuelo en la boca y volverse de espalda.

— ¿Y no tiene usted más ganas de comer, hasta cuando? preguntó Marius á su cliente.

— ¡Psé! hasta al cabo de tres ó cuatro horas — respondióle éste — y si entonces vuelvo á comer, me pasa lo mismo. Y luego en concluyendo de comer, un calor...

— ¿Y qué come usted?

— Poca cosa. Sopa de tortuga, ó *oxtail supo*, unas cuantas rebanadas de jamón de York y galantina, un pollo con pimientos de Cayena, *rostbeef* con mostaza y manteca, salmón, ensalada de ostras y apio, queso Chester, *ploomb pudding*, y alguna friolera más...

— ¡Ya es grave! — murmuró Marius siempre serio. — Y cuando bebe ¿qué le pasa á usted?

— Que después ya no tengo sed — contestó su cliente.

— ¡Gravísimo!

— ¡Y un ardor! — continuó mister Krokking, Y, á veces me parece que la cabeza se me va, y todo gira en torno mío.

— ¡Gravísimo, gravísimo! — ¿Y qué acostumbra usted á beber?

— Rom Kingston, Brandy y Gin alguna vez, pero por lo regular lo que bebo cuando tengo sed, es whisky.

— ¿ A vasos ? — demandó el falso sabio.

— ¡Claro! — respondió el yanke — y á veces toda una botella, lo cual es la ración de toda persona decente. ¡Oh! mezclo un chorrito de agua de Seltz para que sea más ligero. Pero como si tal cosa ; también me acalora y á veces hasta me parece que mi cabeza no es la mía, y no sé cómo andar. Mire usted, ayer hasta tuvieron que acompañarme á mi casa. Solo, no la habría encontrado.

— A ver el pulso—dijole Marius tomádoselo, exclamando al cabo de un rato de fingir atención — ¡ La cosa se pone grave, sí, señor, grave ! Pero antes de darle á usted un tratamiento, empezaremos por aplicarle el *radiómetro vital*. Un aparato maravilloso, que nos indicará si en su organismo hay la suficiente energía viva para resistir el tratamiento y curar de su dolencia.

Y diciendo esto, se levantó, cogió el anillo de una de las cadenas de la máquina que terminaba en un cuadrante, se lo dió á mister Kroking, y luego cogió el otro y se lo ató á la mano del esqueleto.

— ¿ Ve usted ? — dijo á su cliente. Este anillo que usted tiene en la mano, representa el polo vital positivo ; el esqueleto es el polo negativo, la muerte ; y por eso le doy la cadena opuesta.

Estése usted bien quieto, que voy á soltar la corriente. ¡ Uno... dos... tres... va !

Y tocó un resorte, y la punta de la aguja del cuadrante se inclinó visiblemente del lado del esqueleto.

— ¡ Cáspita ! — exclamó Marius, fingiendo asustarse. No me figuraba que estuviera usted tan próximo á la muerte.

A Mister Kroking, al oír esto, se le escapó de la mano el anillo, dejando caer la cadena.

— No se asuste usted por eso, que aún le quedan algunos granos de vida, y ahora veremos si suministrándole fuerzas con un medicamento heroico, la *heroína* mezclada con la solución acuosa del *refurzatus vitalis*, podrá usted resistir el tratamiento y quedar bueno y sano.

Y cogió unos globulillos de un tubito, los puso en un vaso lleno de agua pura, y le dijo :

— Tome usted y beba. ¡ Serenidad en el peligro !

Mr. Kroking apuró el vaso de un sorbo.

— ¿ Qué tal ? ¿ Va mejor, verdad ? — le preguntó Marius al cabo de un rato.

— Me parece que sí — respondió este sugestionado.

— Vuelva usted á coger el anillo positivo, que ahora ya, preparado usted con estas substancias heroicas, veremos el resultado.

El yanki tomó la cadena.

— ¡Uno... dos... tres... va! — gritó Marius tocando el resorte.

La aguja osciló, y luego se movió poco á poco, hasta inclinarse completamente del lado de Kroking.

— ¿Ve usted? ¡Magnífico! Tiene cura, si señor, ¡curación segura! — dijo Marius fingiendo entusiasmo. Mister Kroking dejó la cadena y respirando fuerte exclamó:

— ¡Ah, gracias! ¡Ya respiro!

Pero ha de ser por medio de una medicación lenta y continuada — añadió Marius — pues la aguja se ha ido moviendo con gran lentitud, Cada tres horas tomará usted tres gotas de esto.

Y le dió un frasquito.

— Excepto cuando duerma; y vendrá usted á verme cada tres días. Pero tiene usted que seguir un régimen higiénico que ha de durar mucho tiempo. Coma usted vegetales, huevos y un poquito de pescado cocido, y poca cosa más, á no ser que sea fruta fresca. Nada de embutidos, ni de carne de cerdo, ni de *rostbeef* ni mucho menos picantes y salsas relevantes. Para la bebida, agua de Seltz, aguas minerales alcalinas, ó leche. Y nada más; y pásese usted siete horas lo menos de comida á comida. Lo de usted es grave, más no es mortal, pero hay

que cuidarlo. Y para que vea usted que estoy en lo cierto, voy á consultarlo ahora con el señor, que es la primera eminencia médica de Europa, ¿qué digo de Europa? ¡del mundo! — ¿Verdad, Doctor, que no comiendo lo que hasta aquí ha comido, no tomando condimentos inflamatorios y no bebiendo ni ron, ni aguardiente, ni gin, ni wisky, ni otro alcohol alguno, el señor no tendrá esas perturbaciones de la cabeza, y podrá andar bien y hasta hallar solo su casa ó el punto al cual se dirija?

— Verdad — contestó Augusto.

— Ya lo ve usted. Este gran sabio opina lo mismo que yo. ¡Ah! me olvidaba de decirle que dentro de tres días le aplicaré á usted un líquido prodigioso, especialmente para casos como el de usted. Es una especie de vitriolo.

— ¡Pero si el aceite de vitriolo quema! — exclamó el tocintero asustado.

— Eso es el aceite de vitriolo común, respondió con aplomo Marius — el aceite mineral que se vende en las droguerías. Pero el que voy á ordenarle á usted es el aceite vitrioloso orgánico, que se extrae del tocino, y ese no quema, sino que, al contrario, reconstituye: *Vitriolus tocinensis*. Lo que á usted le ha hecho más daño es el comer mucho tocino, ¡pues la esencia vitriolosa del tocino le curará! *Similia similibus*

*curantur*. El único inconveniente que tiene este gran medicamento, es que cuesta á treinta dollars el gramo.

— Si ha de curarme, aunque fuera á mucho más, exclamó el millonario.

— ¡ Ah! si á usted no le importan unos cuantos dolares mas ó menos, podríamos aplicarle un vitriolo orgánico, quintaesenciado, que se extrae de los lomos del jabalí. Ya sabrá usted que es un cerdo salvaje. Este es tres veces más energético pero también cuesta tres veces más : noventa dolares el gramo.

— ¡ Pues ése, sí señor! — respondió decidido Kroking.

— Entendidos. Vuelva usted dentro de tres días y ya se lo tendré preparado.

— ¿ Cuánto le debo por la consulta ? preguntó el tocinerero.

— Basta que se trate de usted, solamente el doble de una sencilla visita. Cuarenta dollars.

El acaudalado yanki sacó de una cartera un paquete de billetes y le dió dos al Doctor Stumper.

— Ahora no se olvide usted de venir de aquí tres días — díjole éste.

— No faltaré — respondióle Kroking convencido. Y se fué.

En cuanto se cerró la puerta y Marius hubo

corrido el portier, Augusto, que ya no podía contenerse, se echó á reir como un loco.

— ¿ Sabes que tienes un tupé monumental ? — le dijo á Marius, al cabo de un rato — ¡ Dios mío, y qué aplomo !

Pues ya lo ves, le respondió éste. A ese animal si le hubiese dicho que lo que le pasaba todos los días era que se atiborraba demasiado, y que por añadidura empizarraba las *curdas*, no habría vuelto más ; y ahora mira : cuarenta dolares, noventa luego, y los que irán cayendo.

— ¡ Bueno ! Este porque es un salvaje — objetó Augusto — pero...

— Y los demás porque son tontos, ó lilas, ó están guillados, ó son ignorantes. Poco más, poco menos, todos son lo mismo, — respondióle su antiguo condiscípulo.

— Pero — objetó Augusto, — á pesar de todo no me explico aún tu inmensa fortuna. La gente, al fin y al cabo, ha de comprender...

— ¡ Qué ha de comprender ! ¡ Si la gente no comprende nada ! ¿ Sabes lo que decía un sabio latino ?

— ¿ Qué ?

— *Vulgus vult decipi*. El vulgo quiere que se le engañe.

— Mas, en esta populosa ciudad — replicó

Augusto, — hay una gran cultura, hay...

Entonces Marius levantándose y abriendo un gran balcón que daba sobre la Avenida, toda llena de transeúntes que circulaban en varias direcciones, le dijo á Augusto llevándole para que se asomara.

— Ven. ¿ Cuántas personas te parece que pasan por esta calle durante el día ?

— Unas ocho mil.

— ¡ Más ! Diez mil por lo menos. Y de éstas, ¿ cuántas crees tú que son verdaderamente inteligentes en materia de medicina, es decir, que saben lo suficiente para comprenderte á ti, por ejemplo ?

— Tal vez sólo unas diez.

— Pues esos diez representan tus clientes y los nueve mil novecientos noventa restantes, los míos. ¿ Te explicas ahora por qué tú eres tan pobre, y yo tan rico ?

## XIII

## EL DIARIO DE MISS SHARPE

## CUENTO INGLÉS

Miss Sharpe era la viuda de un rico armador de Londres, la cual por su distinción y su belleza severa, era admitida en casa de las principales familias de la aristocracia inglesa. Era joven y de costumbres irreprochables. Pertenecía á varias sociedades de Beneficencia Evangélica y el clero anglicano la citaba siempre como modelo de altas virtudes. Como era joven y sin hijos y se aburría en su viudez, le había dado por viajar.

Al llegar la primavera cada año se embarcaba para un sitio diferente.

Había recorrido toda Italia, Grecia, Constantinopla, Jerusalén ; había estado en Egipto, viajado por el Nilo y visitado las Pirámides.

En uno de sus viajes se había llegado hasta la India y el Japón.

Es inútil decir que conocía toda Europa y la América del Norte. Y siempre viajaba sola, pues, como ella decía, la mejor guarda de la mujer debe ser ella misma.

En uno de sus viajes y en un transbordo en la América del Norte, se le extravió un saquito de mano. Y un curioso que lo halló, lo abrió, y entre unos pañuelos, una cajita de polvos y varias fruslerías, encontró un elegante carnet encuadrado en piel de Rusia, lleno de apuntes, ordenados por días. Era su diario de aquel viaje, y hé aquí las apuntes de las cuales el curioso sacó nota antes de entregar el saquito al jefe del tren para que lo remitiera á su propietaria.

*Diario del viaje al Norte América.*

Día 1. — A las 8 de la mañana: llego al Havre procedente de París. ¡ París ! ¡ Qué impresión más agradable en mi espíritu ! ¡ Aquél *Bois de Boulogne*, los días de *courses* á *Long-champs* ! ¡ Aquélla Exposición de *printemps* en el *Gran Palais* y la de Artes decorativas en el *Petit Palais* ! ¡ La Opera, los boulevares con sus cafés, aquélla multitud bulliciosa y alegre ! demasiado alegre. Los infinitos automóviles, los

*sportmen* ! — ¡ Oh ! París es maravilloso en primavera.

A las 9 tomo un té completo en el *Hotel de la Marina* y después de haber recorrido todo el Havre en coche, paso á embarcarme en el *Steamer Britania* de la casa *Harrys.Sons and Co*, que parte para New-York.

A las 11 : Me instalo á bordo. El Capitán que es un *very gentleman*, me asigna uno de los primeros puestos en la mesa poniéndome á su derecha, y yo acepto, cual corresponde á una señora de mi clase.

A las 12 : El buque leva anclas y sale del puerto. La mar está magnífica, tranquila, viento S. E., aire tibio, cielo despejado.

Día 2. — Andamos á toda marcha. Cielo con cirrus, viento E. Estamos ya en alta mar. El capitán *very gentleman* me obsequia durante el almuerzo, de una manera muy fina, y yo admito sus atenciones como corresponde á una señora de mi clase.

Día 3. — Tiempo húmedo, cielo algo nublado, viento N. E. El capitán ha continuado con sus atenciones durante el almuerzo, pero para conmigo sola. Y he notado que no hacía lo mismo con las demás señoras de la mesa.

A la comida ha empezado á mirarme con demasiada insistencia y yo he permanecido seria,

como corresponde á una señora de mi clase.

Día 4. — Cielo con cúmulus, viento fresco N. O. A la hora del almuerzo el capitán parecía preocupado. Yo nada le he preguntado, como corresponde á una señora de mi clase.

Día 5. — Empieza á hacer calor ; el cielo está despejado desde la salida del sol, que ha sido magnífica. Nubes doradas en el horizonte ; viento Sud.

El capitán, durante el almuerzo, empieza á aproximarse y me toca con el pie. ¡ *Shoking!* Yo retiro el mío, como corresponde á una señora de mi clase.

Por la tarde comida con champagne, puesta de sol espléndida. Todos miran la puesta de sol, menos el capitán que me mira á mí. Al oído me dice que me ama. ¡ *Shoking!* Yo contesto como corresponde á una señora de mi clase.

Día 6. — Cielo con cúmulus, continúa el calor, viento tibio Sudeste. Estamos en aguas de América. Se organiza gran fiesta á bordo. Baile, flores, frutas, champagne en abundancia. El capitán me invita á bailar un wals. Durante el baile me estrecha demasiado. Me dice que está locamente enamorado de mí. Solicita una entrevista en mi camarote. Yo rechazo la proposición, como corresponde á una señora de mi clase.

Día 7. — Tiempo caluroso, el cielo está algo nublado, viento Sudeste. El mar ligeramente movido. Para evitar el asedio del Capitán me encierro en mi camarote. Mando decir que me traigan el almuerzo.

A las once, sorpresa. El capitán se presenta vestido de camarero á servirme el almuerzo, ignoro con qué fin. Yo lo pongo á la puerta, como corresponde á una señora de mi clase.

A la hora de la comida llamo á la camarera. Le encargo que ella sólo me lo traiga todo. Cierro la puerta. Estando acabando de comer, encerrada en el camarote, veo una tarjeta que asoma por debajo de la puerta. La tomo. Es del capitán, que me dice que si no dejo la puerta entornada, por la noche, en su desesperación pegará fuego á dos cajas de productos explosivos que van en la cala y volará el buque.

Yo no contesto, echo la tarjeta al mar, como corresponde á una señora de mi clase.

Día 8. — A las tres de la madrugada : cielo despejado, luna llena, aire tibio Sud ; vamos á llegar dentro de unas horas á Nueva-York. Acabo de salvar el paquebot *Britania* de la *Casa Harrys Sons and Co de Liverpool*, con la tripulación y ciento veinte pasajeros, como corresponde á una señora de mi clase.

## EL THEOLOGICAL PALACE

FANTASÍA FUTURISTA

Montados en la Máquina de explorar el tiempo, del gran humorista Wells, habíamos graduado el resorte del empuje hacia adelante con tal fuerza y de tal manera, que en un momento nos hallamos en el siglo **xxii**.

Todo había cambiado por completo. Había habido una revolución sideral de todos los habitantes de los planetas habitados. Cansados de desastres cósmicos habían destituido al Padre Eterno retirándolo con una pensión de mil dólares diarios, y nube propia. Los habitantes de Marte, que habían tomado la iniciativa de la gran revolución, habían convocado á todos los de los demás mundos habitados reunidos, y

se había constituido una República Universal, encargándose á una comisión de la cons-  
telación de Orión el que dirigiera la maqui-  
naria del Universo. Unos hábiles ingenieros  
siderales habían quitado las manchas del sol  
con unos cuantas fricciones de materia cósmica  
incandescente disuelta en éter, y habían remen-  
dado el anillo de Saturno que estaba á punto  
de romperse. Se había dado la orden severísi-  
ma á los cometas de que no pasaran cerca de  
las planetas habitados, y para ello se habían  
llamado unos gitanos sevillanos trasquiladores  
para que les cortaran las colas, y estuvieran á  
punto de volvérselas á cortar en cuanto les  
volvieran á crecer. Se había hecho un gran  
parque de verano en la Luna, para los habi-  
tantes de los países y planetas cálidos; y en  
el Universo marchaba ya todo regularmente,  
como en un buen reloj de Ginebra.

En nuestro planeta se habían implantado  
tales cosas, que jamás hubieran sido creídas.

Se había descubierto la mixtura de larga vida  
y ya nadie se moría hasta que le daba la  
gana. Si uno se cansaba un momento de vivir,  
alquilaba una máquina de vivir por otro, y  
dormía, hasta que la tal máquina, acabando la  
cuerda, le llamaba otra vez á la vida. Había pa-  
sado ya el período socialista en que los hombres

eran todos, iguales diferenciándoles tan solo un  
número. Al período comunista, que vino detrás  
había sucedido la Anarquía más radical y orde-  
nada, pero cierto día el anarquista de mas tupé  
y empuje dió un golpe de Estado proclamán-  
dose *Supremo Anarca*. La tiranía de éste, que  
ordenaba imperativamente que cada cual  
fuera él mismo, aun á aquellos que no les gus-  
taba ó que no podían tener personalidad al-  
guna, produjo tal irritación, que todos se su-  
blevaron contra él proclamando el *Totarquismo*,  
que era la última de las teorías sociológicas  
de la época. Durante este período, todos man-  
daban y nadie obedecía. Y el Mundo era una  
delicia.

Al acabar este período, y en el de la *Organi-  
zación dinámica*, nosotros llegamos en pleno  
siglo XXII.

Todo iba por lo mejor, en el mejor de los  
mundos imaginables. Se curaban ya todas las  
enfermedades al acto. Se fabricaban corazones  
de recambio, de goma elástica dinamizada á  
prueba de pasión por mujer cruel. Gracias á  
la cuarta dimensión del espacio, y sirviéndose  
de la super-radio-actividad, había trenes que  
llegaban antes de salir. Se fabricaba un papel  
tan delgado que solo tenía una cara, y sobre  
él se imprimían los periódicos sin máquina al-

guna, con sólo la intención de los periodistas. La atmósfera estaba llena de unos aereo-crono-planos, que en pocos instantes lo trasladaban á uno al país y al tiempo que uno quería. Los pisos de las casas estaban colocados al revés, según aquella profecía evangélica que dice : *los primeros serán los últimos.*

Así, se podía almorzar un arroz en Milán ó en Valencia, ir á tomar café á Puerto-Rico, hacer la copa en la Jamaica y darse luego un paseo por París en el *Bois de Boulogne*. Hacer un *lunch* de *roastbeef* en Londres, beber el champagne en Reims, y cenar y acostarse en Viena ó en Barcelona, habiendo ido antes de paso á discutir Política ó Música en alguna cervecería de Munich ó en algún café de Madrid. Y todo eso por el estilo, acá en la tierra como en el Cielo.

¡Qué diversión y qué tranquilidad en eso del vivir !; Ya nadie creía en nada, ni en el correo ! Lo del amor..., se hacía á máquina y ¡fuera emociones ni disgustos ! Todos practicaban estrictamente lo de la *Alimentación integral gratuita y obligatoria*. Y ya no existía eso del matrimonio, ni lo del patrimonio, ni había patrias, ni patrones, ni Rey, ni Roque.

\*  
\*  
\*

Después de haber habido algunos Papatoscas, varios Papanatas, y no pocos Papadineros, un Papa muy barbián, y al uso de los tiempos, había hecho el Trust de todos las religiones monoteistas, aboliendo las demás, por medio de los rayos PP y W que eran los de mayor fuerza, ya que la cosa era de fuerza mayor. El Catolicismo, el Protestantismo, el Cisma griego, el Judaísmo, el Islamismo, el Deísmo, el Budhismo, el Brahamanismo, el Mormonismo muchos otros ismos, entraron en el trust, aunque no pudieron entrar el ismo de Panamá por estar quebrado, ni el de Corinto por no tener ya valores cotizables.

El Papa en cuestión era el presidente indiscutible. Una compañía norteamericana había tomado por arriendo eso del otro mundo y de la salvación del alma y por todas partes había colocado unas básculas que tirando en ellas varios dolares, proporcionaban la salvación eterna. Dicha compañía tenía su centro y sus fábricas en Nueva York, que, en aquel entonces era ya una población de 26 millones de habitantes, que estaban alojados los unos encima de

los otros. Allí se fabricaban y exportaban productos religiosos al por mayor. Al por menor, se expendían en el *Theological Palace*, que se levantaba en el centro de las *usines*, edificio colosal de 500 pisos y 50 ascensores movidos por la radioactividad. En los bajos se vendían máquinas de decir misa, que echando unos dólares en ellas, las disparaban al purgatorio con tal puntería que siempre hacían blanco en eso de extraer almas, menos cuando el alma era la de un negro. Unas monjas muy aseadas vendían en unos grandes mostradores molinitos eléctricos de pasar el rosario, púlpitos que se desplegaban y se acomodaban sobre los automóviles para predicar á los ciclistas todo andando, latas de plegarias comprimidas para los viajeros, extracto de agua del Jordán aromatizada con esencia de rosas de Jericó, que producía la conversión instantánea de los incrédulos con unas inyecciones de oro en el chaleco ó una cataplasma de billetes de Banco en el bolsillo, frascos de Agua Bendita de Lourdes dinamizada que producía milagros tales, que hasta pone el *recibi* á las facturas que se inmergían en ella, globulillos dosimétricos de oraciones selectas, películas para cines, de los cielos de cada una de las religiones de *trust*, tomadas del natural; las de Mahoma,

eran para hombres solos, santos de todas las razas, incluso negros, chinos, y cobrizos.

Pero lo más colosal era el *Transmundial-telephon* situado en la cúpula del *Theological Palace*. Gracias á unas nuevas ondulaciones se había logrado la comunicación de la tierra con los diversos cielos de los varias religiones conglomeradas, por medio de un teléfono sin hilos.

\*  
\* \*

Al poco de inaugurado dicho teléfono en el *Theological Palace*, llegaba de Londres en aeroplano propio de lujo, la joven viuda del Mayor de los guandias Escoceses sir Harrys Mac-Crooll, al cual, habiendo sido nombrado gobernador de una provincia del Indostán, se lo almorzó un tigre, una mañanita que salió de paseo á tomar el fresco. Apenas hacía un año que se habían casado, y ella, que estaba locamente enamorada de su difunto esposo, que ya formaba parte de la potente personalidad del tigre, al saber que en el *Theological Palace* funcionaba ese teléfono maravilloso, deseando ponerse nuevamente en comunicación con su esposo, (de palabra, por supuesto) pidió una

carta al arzobispo de Canterbury para que la recomendara al director del *Palace*, y partió por los aires con su máquina, llegando con toda pausa en tres minutos. Inmediatamente al llegar, se fué al dicho edificio y pidió por el director. Salió á recibirla un joven y elegante *clergiman*, que al presentarle ella la carta le dijo: —«El director está ocupadísimo con una comisión de los grandes sacerdotes del budhismo javanés, pero me ha encargado á mí que la recibiera y le hiciera los honores de la casa, pues ya sabía que iba á llegar, pues se lo telefonó el arzobispo de Canterbury. Haga V. el favor de darme el brazo, y vamos al ascensor 35.»

Y ofreciéndole una bombonera de pastillas de chocolate místico aromatizado con esencia de serafines, condujo del brazo á la hermosa viuda al indicado ascensor. Apenas entrados en él, y sentados en un suntuoso diván, el joven *clergiman* tocó el botón, y en seguida se encontraron delante de un espacioso corredor, al fondo del cual había un suntuoso gabinete telefónico debajo de una inmensa cúpula decorada con mosaico y cristales.

« Aplíquese V. esto al oído, — le dijo el joven pastor entregándole una especie de trompetilla de esmalte. — Y hable bajito encima de este pequeño tambor; pero antes heche V. diez

dollares, ó sean dos libras esterlinas, en esta cajita; — y le señaló una que había allado — en cuanto la comunicación esté establecida ya oirá V. una música celestial y en acabando pida V. por el *querabín* de servicio que él ya avisará á su esposo.

Y diciendo esto se retiró á una honesta distancia, tocando unos registros, y dando tres vueltas á una *manivela*, en cuanto la viuda hubo hechado las dos li bras.

Oyóse una musica dulcísima; y luego se oyó que la viuda decía:

— Deseo ponerme en comunicación con Lord Mac Crooll... Sí... que le devoró un tigre... en la... India inglesa... Sí... gobernador... el 6 de Septiembre... de laño pasado... ¡Sí! A las 6 de la mañana.

El querubín de servicio no tardó en volver y decirle:

— Ya está aquí. Puede V. hablarle. Y se entabló entre ambos esposos el siguiente diálogo.

LORD. — ¿Quién me llama?

VIUDA. — ¿Eres tú, mi Harrys?

LORD. — Sí, Nely adorada.

VIUDA. — ¿Y qué tal te va por ahí?

LORD. — Muy bien; y tú ¿qué haces?

VIUDA. — ¡Llorar siempre, no pudiendo consolarme de tu pérdida!

LORD. — No llores, tranquilízate, y en espera de venir lo más tarde posible búscate otro marido que te quiera como yo... ¿Qué te parece mi ayudante Thomas? Es muy buen mozo, no se emborracha, es inteligente, te miraba con buenos ojos. Y con los millones que te he dejado, podréis ser felices... ¡Ah!... encárgale que no vaya á la India.

VIUDA. — No me parece mal, pero como tú nadie.

LORD. — ¿Y tú qué sabes?... Mira cástate con él, y después ya volverás á contármelo. Y por mí no pases cuidado alguno, que estoy mejor de lo que quiero.

VIUDA. — Dime, pues ¿comes bien?

LORD. — Inmensamente mejor que comer.

VIUDA. — ¿Y bebes bien?... Porque á ti te gustaba mucho el Wisky Blake Withe.

LORD. — ¡Uy!... Mucho mejor.

VIUDA. — ¿Y qué tal duermes?

LORD. — Si aquí no hoy necesidad de dormir. Como no nos fatigamos...

VIUDA. — ¿Y por ahí... amáis?

LORD. — Mucho mejor que amar.

VIUDA. — ¡Ay!... ¿pero qué hacéis?... ¿Y aquellos instantes que pasabas en mis brazos y que al besarme apasionadamente me decías que eras feliz, completamente feliz?...

LORD. — Pues inmensamente más lo soy ahora...

VIUDA. — ¿Pero, qué hacéis? ¡expícate!

LORD. — Si no hay palabras en ninguna lengua humana conocida para explicarlo eso... ni en inglés, ni en francés, ni en español, ni en italiano, ni en ninguna de las lenguas de la Tierra puede expresarse.

VIUDA. — Pero al menos, Harrys mío, dime como está eso del Cielo.

LORD. — ¡Pero si no estoy en el Cielo!

Y aquí el resorte hizo *Catacruuuck* parándose la comunicación á que daban derecho los diez dollars, dejando á la hermosa viuda estupefacta.

FIN

## INDICE

DEDICATORIA .....	7
PRÓLOGO .....	9

### PRIMERA PARTE

#### NARRACIONES DRAMATICAS

I. — De cómo llegó á serlo el último sacerdote de Nemi ( <i>Historia antigua</i> ) ..	13
II. — La Balada de Djuidí y Zégal ( <i>Cuento persa del siglo VIII</i> ).....	27
III. — La gran proeza del Conde Berenguer de Barcelona ( <i>Leyenda catalana medioeval</i> ). .....	39
IV. — María de Vilajolú (1640-1643).....	49
V. — Luisa de Folville ( <i>Anécdota parisién del gran mundo</i> ).....	69
VI. — Historia dramática ( <i>que parece un cuento</i> ) .....	87
VII. — Un cuento ( <i>que resulta una historia</i> )..	95
VIII. — El adiós de la condesa ( <i>Historia telepática</i> ) .....	107
IX. — La coronada villa tentacular ( <i>Pesadilla apocalíptica</i> ) .....	115
X. — El sueño del Diablo ( <i>Fantasia filosófica</i> ) .....	125

## SEGUNDA PARTE

## HUMORADAS

I. — Apología del buen humor ( <i>Introducción á lo que sigue</i> ) . . . . .	151
II. — El consejo del ermitaño de Siva ( <i>Leyenda indica</i> ) . . . . .	167
III. — De cómo la humildad vino á ser la gran virtud ( <i>Apólogo helénico</i> ) . . . . .	173
IV. — La fidelidad de una viuda ( <i>Cuento japonés</i> ) . . . . .	175
V. — Firdusy y su balada de año nuevo ( <i>Historia perso-islamita</i> ) . . . . .	183
VI. — El rapaz indiscreto ( <i>Crónica castellana antigua</i> ) . . . . .	193
VII. — De cómo hubo nombre la cibdad de Li6n 6 cierto golfo así llamado ( <i>Cuento provenzal del siglo XII</i> ) . . . . .	195
VIII. — El milagro ( <i>Leyenda del Reino de Aragón</i> ) . . . . .	203
IX. — Don Juan en el Infierno ( <i>Leyenda fantástica andaluza</i> ) . . . . .	213
X. — Los tres guerrilleros ( <i>Leyenda pirenaica del siglo XVII</i> ) . . . . .	225
XI. — Esclavos de la verdad ( <i>Cuento holandés</i> ) . . . . .	233
XII. — El doctor Stumper ( <i>Diálogo médico-humorístico-filos6fico</i> ) . . . . .	239
XIII. — El diario de Miss Sharpe ( <i>Cuento inglés</i> ) . . . . .	269
XIV. — El Theological Palace ( <i>Fantasia futurista</i> ) . . . . .	275